

# ODISEA

HOMERO



Presentación de  
Juan Villoro  
Prólogo de  
Gabriela Trejo Valencia

Clásicos UG

A decorative laurel wreath is positioned below the text "Clásicos UG". It consists of a series of leaves and branches, rendered in a dark brown color, curving around the bottom of the text.

II



*Odisea*

II

Clásicos UG





HOMERO

*Odisea*

II

Presentación de  
JUAN VILLORO

Prólogo de  
GABRIELA TREJO VALENCIA

Notas de  
FEDERICO BARÁIBAR  
Y ZUMÁRRAGA

UNIVERSIDAD DE  
GUANAJUATO



*Odisea*, II  
Primera edición, 2018

Notas: Federico Baráibar y Zumárraga

D.R. © Universidad de Guanajuato  
Lascuráin de Retana núm. 5, Centro  
Guanajuato, Gto., México  
C.P. 36000

Producción:  
Editorial de la Universidad de Guanajuato  
Mesón de San Antonio  
Alonso núm. 12, Centro  
Guanajuato, Gto.  
C.P. 36000  
editorial@ugto.mx

Formación: Jorge Alberto León Soto  
Diseño de forros: Jaime Romero Baltazar  
Corrección: Edgar Magaña Guzmán

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción o transmisión parcial o total de esta obra bajo cualquiera de sus formas, electrónica o mecánica, sin el consentimiento previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

ISBN PDF: 978-607-441-555-1

Impreso y hecho en México  
*Printed and made in Mexico*

## ÍNDICE

Presentación	
La invención del futuro . . . . .	9
<i>Juan Villoro</i>	
Prólogo	
Una bitácora para el viaje más famoso de la historia . . . . .	15
<i>Gabriela Trejo Valencia</i>	

## ODISEA

### II

Rapsodia decimatercera . . . . .	27
Notas, 41	
Rapsodia decimacuarta . . . . .	43
Notas, 60	
Rapsodia decimaquinta . . . . .	63
Notas, 81	
Rapsodia decimasexta . . . . .	83
Notas, 98	

Rapsodia decimaséptima . . . . .	99
Notas, 118	
Rapsodia decimoctava . . . . .	119
Notas, 133	
Rapsodia decimanovena . . . . .	135
Notas, 154	
Rapsodia vigésima . . . . .	157
Notas, 170	
Rapsodia vigesimaprimerá . . . . .	171
Notas, 185	
Rapsodia vigesimasegunda . . . . .	187
Notas, 203	
Rapsodia vigesimatercera . . . . .	205
Notas, 217	
Rapsodia vigesimacuarta . . . . .	219
Notas, 237	
Explicación de algunos nombres propios . . . . .	239



PRESENTACIÓN

LA INVENCION DEL FUTURO

Juan Villoro

UN LIBRO CERRADO NO ES UNA OBRA DE ARTE; ES LA POSIBILIDAD de una obra de arte: solo se convierte en hecho estético al ser leído. Su destino depende de quienes se asoman a sus páginas o, en tiempos más recientes, de quienes reciben su mensaje de luz en una pantalla.

Ningún libro inicia sus días como un clásico. No hay manera de anticipar desde un principio si perdurará en el gusto de la gente. Son los lectores los que deciden salvarlo del fuego y el olvido. En forma asombrosa, ese fervor puede durar lo suficiente para que un filósofo o un poeta sobreviva a la civilización que le dio origen. Desde el siglo VIII antes de Cristo, Homero —o los muchos recitadores que asociamos con ese nombre— no ha perdido vigencia. Su lengua se convirtió en otra y el mundo que vio antes de quedarse ciego dejó de existir, pero el desafío de Ulises sigue siendo el nuestro: en una época de exilios y desplazados, donde las grandes ciudades nos desconciertan con sus laberintos, ningún recorrido supera al de volver a casa.

“El amor es eterno mientras dura”, escribió el poeta y letrista de *bossa nova* Vinicius de Moraes. Lo mismo sucede con los clásicos. Hay obras que cautivan a varias generaciones y

más tarde son relegadas al rincón de las bibliotecas que solo disfrutaban los ratones.

Resulta imposible saber durante cuánto tiempo un clásico estará vigente o en qué momento alcanzará ese rango. Ciertas historias comienzan sus días como muestras de ingenio y entretenimiento, pero están destinadas a fundar una tradición todavía futura. El caso más evidente es el *Quijote*. El gran cervantista Francisco Rico ha llamado la atención sobre un hecho singular: durante un par de siglos, los avatares del Caballero de la Triste Figura fueron apreciados como un arte mayor en Francia, Inglaterra y Alemania y solo más tarde adquirieron el mismo prestigio en España, donde la novela de Cervantes había sido leída como un divertimento popular.

Ningún escritor decide la forma en que perdura su trabajo. Esa magia le corresponde a los lectores. Defoe no pensó que sería recordado por *Robinson Crusoe* y apostó a que la posteridad leyera algunos de sus versos, del mismo modo en que Cervantes creyó sellar su pacto con la gloria con su última obra, *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, menos leída que el *Quijote*. Ni Defoe ni Cervantes podían prever los gustos del porvenir. Nadie es contemporáneo de su futuro. Por eso Oscar Wilde pudo decir con ironía: “Hasta ahora, la posteridad no ha hecho nada por nosotros”.

Algunos autores han desarrollado brillantes estrategias para definir la forma en que deben ser leídos, pero eso solo atañe a su presente. Pessoa juzgó que la tradición lírica portuguesa era demasiado pobre y decidió inventar a sus precursores a través de las biografías imaginarias y las variadas obras de Alberto Caeiro, Bernardo Soares, Ricardo Reis, Álvaro de Campos y otros heterónimos destinados a dotarlo de una genealogía.

Si el poeta portugués se adjudicó un linaje literario, Borges transformó su contexto cultural para insertarse en él de manera conveniente. En una de sus clases de literatura, Ricardo Piglia afirmó: “Borges construye una tradición con sus lecturas [...] No quiere ser leído desde una tradición narrativa en el interior de la cual sus textos no valgan nada. Si Borges es leído desde Dostoievsky o desde Proust, no queda nada de él. Como no quedó nada durante años porque era, se decía, ‘algebraico’, ‘cerebral’, en sus textos no había ‘vida’. Esto quiere decir que Borges hizo y construyó toda una red de lecturas —alguna vez habrá que hacer un seminario sobre él como crítico— hasta terminar por imponer el contexto dentro del cual sus textos fueran leídos”.

Tanto Borges como Pessoa influyen en la valoración que de ellos hacen sus contemporáneos; crean un modo propicio para ser entendidos y valorados. Pero no aseguran su futuro. Eso les corresponde a los desconocidos que los seguirán leyendo o no. Consciente de esto, Borges señala que un clásico no es otra cosa que un libro “que los hombres no han dejado morir”.

La historia de la cultura incluye la historia de su destrucción. Esquilo escribió 82 obras de las que se conservan siete; se estima que Sófocles concluyó 123 piezas y también en su caso solo disponemos de siete; conocemos 18 obras de las 92 que compuso Eurípides (o 19, si se acepta su autoría de *Reso*). La incesante labor de las termitas, la humedad, los incendios, los tiranos, las mudanzas, los robos y los fanatismos han acabado con buena parte del acervo cultural. Pero nada es tan frágil como el gusto.

Y pese a todo, Esopo, Virgilio, Apuleyo, Aristóteles, Horacio, Arquímedes y otros autores resistentes llegan a noso-

tros. Ninguno de ellos estuvo conforme con su tiempo. Si los seguimos leyendo es porque no han dejado de manifestar su rebeldía o, mejor aún, porque la seguimos necesitando y no permitimos que desaparezca. Desde el presente, garantizamos su porvenir.

Los libros son más significativos que los autores. Con el tiempo, dicen cosas que pueden llegar a contradecir a quienes los concibieron. Esto se debe a la cambiante manera en que son leídos. Dostoievsky escribió *Crimen y castigo* para criticar a los anarquistas que tomaban el destino en sus manos y no reconocían otro tribunal ético que su libre albedrío: “Si Dios no existe, todo está permitido”, opina Raskolnikov, el inconforme que protagoniza la novela. Dostoievsky cuestiona el individualismo que puede llevar al crimen en aras de ideales “superiores”. Leída muchos años después, en los cafés humeantes de París donde se fundaba el existencialismo, la misma historia adquirió un valor distinto. Jean-Paul Sartre encontró en ella un desafío para la elección individual. Raskolnikov piensa que el ser libre no debe rendirle cuentas a Dios; Sartre está de acuerdo con él, pero agrega que no por ello todo está permitido. La ética existencial consiste en actuar correctamente sin una coacción externa. La actitud de Raskolnikov, que para Dostoievsky solo se redime a través de un castigo, representa para Sartre el inquietante reto de elegir.

La escritura no existiría sin una noción de futuro. Toda historia se dirige hacia un desenlace: algo que no ha ocurrido, ocurrirá. Ese horizonte determina la aventura de Ulises. A lo largo de veinte años se somete a tentaciones que podrían desviar su travesía. Oye el seductor canto de las sirenas y pide que lo amarren al mástil de su embarcación para no abando-

nar la ruta; rechaza el paraíso artificial de los lotos alucinógenos; repudia la poción de Circe, fantástica hechicera; llega al Hades y dialoga con el profeta Tiresias; puede obtener la vida eterna, pero prefiere seguir su inalterable destino. ¿Por qué se resiste a estos prodigios? Cuando enfrenta a los lotófagos, teme que la droga borre sus recuerdos. Desea atesorar lo ocurrido para contarlo al volver a Ítaca, la isla de la que partió. Su auténtica misión es el *nóstos*, el regreso. Italo Calvino comenta que Ulises no tiene miedo de olvidar el pasado, sino el futuro, la historia que vive en tiempo real y que deberá contar. Se arriesga en el presente para que su historia posterior exista.

Siglos más tarde, ante el mismo mar, Platón dirá que el conocimiento es una forma del recuerdo. Etimológicamente, “recordar” significa “volver a pasar por el corazón”. Ulises se somete a sus tareas para que eso emocione después.

Cada escritor vive su propia odisea. Emprende un viaje que lo devolverá al punto de partida y espera, como el esforzado Ulises (que los griegos llamaron Odiseo), que sus peripecias tengan sentido en otro tiempo: “La memoria solo cuenta verdaderamente —para los individuos, las colectividades, las civilizaciones— si reúne la impronta del pasado y el proyecto del futuro”, escribe Calvino.

Los autores que hemos convertido en clásicos proponen un singular modo de leer que no se limita a sus libros, sino que abarca la realidad circundante. Al levantar la vista de la página, el mundo puede parecer kafkiano o quijotesco. La literatura expande su efecto hacia el entorno y modifica a quien la lee. El máximo personaje de Platón es el lector platónico.

Hemos sido inventados por los clásicos y los defendemos para que no olviden su futuro. ~\$



## PRÓLOGO

### UNA BITÁCORA PARA EL VIAJE MÁS FAMOSO DE LA HISTORIA

Gabriela Trejo Valencia

**S**IN MALABARES RETÓRICOS Y SOLO PARA ABRIR BOCA, BASTA decir que los clásicos no caducan. Siguen sorprendiéndonos historias creadas hace miles de años en circunstancias que distan mucho de ser las nuestras porque, debido a la maestría de su concepción, se alzan como fantásticas alegorías de la naturaleza humana, en cuya base los conflictos y deseos son similares —o idénticos— a los nuestros. En medio de otra clase de escenarios y reyertas también nosotros buscamos la forma de volver a casa, tal como el célebre Odiseo, protagonista de la trama de aventuras más famosa de todas, la *Odisea*, magna epopeya acuñada aproximadamente en el siglo VIII a. C. y atribuida al rapsoda Homero.

Amén de la oportunidad de (re)conocernos en las andanzas de aquellos legendarios personajes, descubriremos que la genealogía del mundo conocido ha sido configurada en las páginas de libros como la *Odisea*, no en vano sus palabras aún nos comunican algo acerca de nosotros mismos, por ejemplo, que la añoranza por recuperar el pasado es uno de los generadores más fuertes en el ser y el quehacer de los seres humanos.

La *Odisea* es un extenso poema épico que de manera grandilocuente le canta a un pueblo acerca de las hazañas de sus

personajes referenciales. A esta forma se le conoce como epopeya, poema canónico conformado por el verso épico tradicional, el hexámetro.<sup>1</sup> Las obras homéricas fueron hechas para ser expresadas por diestros aedos o cantores que a partir de la memoria y la repetición de fórmulas (epítetos, reiteraciones o secuencia similar de acontecimientos) reunían a un auditorio ávido de escuchar las glorias de sus héroes.

A diferencia de nuestra época, donde leemos los textos y con ello podemos volver sobre las palabras escritas y someterlas a un análisis más concienzudo, en la antigua Grecia el hecho literario descansaba en la oralidad, y para procesar la información recibida solo de oídas eran necesarios recursos como la entonación, la memorización, el ritmo y la viveza del cantor en sus improvisaciones. Hecha para ser escuchada, la *Odisea* conlleva una serie de repeticiones originalmente diseñadas como valiosos recursos mnemotécnicos que a fuerza de su regularidad se erigían como estribillos<sup>2</sup> útiles tanto al cantor como al escucha, quienes así se situaban con mayor facilidad en el devenir de la epopeya; estos estribillos no solo funcionaban como guiños para la memoria, además imprimían carácter a los personajes al recalcar sus rasgos principales: Odiseo, el hombre de las mil astucias, Zeus, el que amonтона las nubes, o Calipso, la divina entre los dioses.

El poema narrativo odiseico se compone de doce mil versos y tiene como hilo conductor a una familia que busca la forma de reencontrarse, sin embargo, como la obra polisémica

---

<sup>1</sup> “Se le llama hexámetro porque cada verso consta de seis pies; de ellos uno está formado por dos sílabas largas llamadas espondeo, y otro por tres, una larga y dos breves, que se llama dáctilo” (Plutarco, 1989, p. 50).

<sup>2</sup> Según el diccionario electrónico de la Real Academia Española, el estribillo se define como la voz o frase que por hábito vicioso se dice con frecuencia.



que es, plantea tanto el regreso de su protagonista luego de dos décadas como el curso irremediable de la trayectoria espiritual de otros personajes, a saber: el viaje de formación de Telémaco, y el devenir emocional de Penélope. Claro que a pesar de la trascendencia del texto homérico, regresar al mismo no es un asunto menor; por momentos pareciera que las mismísimas Caribdis y Escila se interponen en la lectura, por tanto, se podría pensar que aventurarse a leer la *Odisea* emula al título del texto, haciendo de nuestra experiencia un trayecto fatigoso y desfavorable. Nada más falso. Leer la *Odisea* sí implica un viaje, pero uno por demás fructífero.

De viraje en viraje nos toparemos con Telémaco, un joven que habrá de conocer a su padre, Odiseo, a través de las palabras de aquellos que lo vieron salvaguardar a los suyos y luchar en Troya. Telémaco comienza a buscar respuestas en Pilos y Esparta y, conforme avanzamos en la lectura, junto con él comprendemos a Odiseo como una constante presencia que se distingue por su ausencia. Siguiendo la metáfora del viaje, en el recorrido de la *Odisea* los diferentes cantos se erigen como paraderos en un camino por demás serpenteado; estos paraderos son puntos de ubicación para contemplar el panorama general de la historia narrada, volver sobre nuestros pasos para aclarar la mirada o avanzar sin dilación en la narración dividida en tres ejes rectores: la introducción a la figura de Odiseo, los problemas que ha debido sortear en su regreso y la resolución de los conflictos una vez en Ítaca.

Claro está, este viaje hacia el pasado no significa un trayecto anticuado, la solvencia actual de la epopeya descansa en la modernidad de su trazado y en la accesibilidad que le plantea al lector del siglo XXI. Su actualidad no solo radica en los tintes de novela de aventuras o en los recursos narrativos que do-

tan de plasticidad y dinamismo a las acciones,<sup>3</sup> su modernidad está además en el espíritu de su protagonista, un héroe a ras de piso en cuyos episodios concurren todo tipo de lealtades y traiciones. Lo mismo astuto y arrojado que en desgracia, resulta fácil empatizar con él y padecer sus penas, como también es factible demandarle cuando equivoca el camino.<sup>4</sup> De hecho, resulta significativo que la primera vez que vemos a Odiseo en el presente de la historia narrada sea mientras está abatido en la isla de Calipso, justo cuando se revela en su faz más humanizada.

Participando de esta caracterización vivaz de la *Odisea* es fácil concebir que la obra encaja en los intereses del lector actual, quien gusta de historias donde constantemente pasen cosas y se mantengan las emociones. Nada mejor para eso que ver a Odiseo enfrentar a sus célebres antagonistas: los animosos cicones, los lestrigones, el grotesco Polifemo, Poseidón, la testarudez de algunos de los hombres a su mando, la maga Circe, las enigmáticas sirenas, el paso entre Escila y Caribdis, la divina Calipso, Feacia, el viaje al mundo de los muertos, los sirvientes infieles y los pretendientes de Penélope.

Aunque capaz de presentarse por sí misma como pilar de las letras universales, quizá la *Odisea* requiera de determinado acento para destacar directrices útiles en la exploración personal del texto, de ahí las siguientes acotaciones.

---

<sup>3</sup> Es necesario enfatizar que los acontecimientos no se narran en el orden en el que sucedieron, primera gran diferencia con la linealidad esquemática de la *Iliada*. La trama comienza cuando Odiseo se halla en la isla de Calipso, pero en el orden del texto leído esta parte se conoce después de que en los cantos iniciales Telémaco vuelve con los protagonistas de la *Iliada* para saber por qué Odiseo no ha podido regresar a su patria. Una vez en el entendido de las situaciones previas, volveremos al presente de Odiseo y la ninfa.

<sup>4</sup> Basta recordar su soberbia después de huir del ciclope, monstruo vencido que no habría significado más problemas de no ser por un último arranque de engreimiento, para enfado de Poseidón.

### *La cuestión homérica*

El lector de la *Odisea* haría bien en renunciar a encontrar en la figura del autor un machote de respuestas claras a cuestionamientos como el cómo y el porqué de su creación, de hecho, pensar si Homero en su juventud formuló la *Ilíada* y en su madurez configuró la *Odisea*,<sup>5</sup> o si el apelativo se aplica a un puñado de escritores, entraña muchas más dudas que respuestas.

Aunque no se trata aquí de echar por tierra todo debate acerca de la existencia del autor o de eludir la discusión de si la *Ilíada* y la *Odisea* fueron dictadas por la misma boca, me propongo más bien delimitar los avances hacia la epopeya en el terreno de sus características intrínsecas; sin embargo, prejuicios míos aparte y solo para trazar una guía para quien decida aproximarse a la *Odisea* desde el perfil de su productor, debe resaltarse que la controversia alrededor de la autoría de Homero termina desenvolviéndose básicamente en los siguientes puntos: el rapsoda como figura histórica, el apelativo de Homero para referir a un colectivo de autores, o la epopeya como obra oral generada a partir del legado de incontables generaciones autorales con sus respectivas contribuciones.<sup>6</sup>

Debido a la densidad estructural de la *Odisea*, y, por consiguiente, a la variedad de tópicos en los que puede apoyarse un estudio introductorio, no es este el lugar para indagar de

---

<sup>5</sup> A este respecto será Longino quien advertirá en *De lo sublime* que “La *Ilíada* fue escrita cuando su inspiración [de Homero] estaba en la cúspide, ella está llena de acción y de lucha, mientras que la *Odisea* es predominantemente narrativa, lo que es propio de la vejez. Por eso en la *Odisea* se podría comparar a Homero con el sol poniente: es aun igualmente grande, pero menos intenso” (2005, pp. 40-41).

<sup>6</sup> Para quien busque ahondar en esta milenaria interrogante puede servirse de la oposición entre analistas y unitarios, estos últimos afirman que ambas epopeyas son obra de un único poeta y no una instancia múltiple donde intervinieron diferentes mentes.

forma detallada en esta controversia, para ello primero tendría que hablar a profundidad de la *Ilíada* —la primera gran epopeya griega— y las coyunturas entre este libro fuente y el que, sin ser una segunda parte, alude a una continuidad insoslayable. Ya bastantes directrices marca en sí misma la *Odisea* como para problematizar en nociones ajenas a la técnica narrativa en la que soporta su columna vertebral, por consiguiente, centrémonos en algunos pormenores de la misma y dejemos la cuestión homérica para otro momento.

### *Estructura de la Odisea*

Los griegos definían la técnica como el “saber hacer” y a los poetas como artesanos de la palabra. Fueron estos quienes habrían de nombrar y sistematizar las características del lenguaje literario con las que todavía valoramos al oficio escritural. Expertos en pulir el arte verbal sabían que mantener la atención del auditorio no solo radicaba en el qué se contaba, sino sobre todo, en el cómo se contaba, es decir, en la forma de lo dicho y no en el dicho mismo. A propósito de la *Odisea* este *qué se cuenta* obedece a un esquema más bien simple donde resaltan los atributos en cuando a su presentación o al menos así lo reconocería Aristóteles en su *Poética*. Con el objetivo de articular el argumento a partir de una amena pero dilatada narratividad (el cómo), la epopeya homérica presenta diferentes episodios para enmarcar el viaje de Odiseo. Estos episodios se concretan en 24 cantos, tal como una novela se dividiría en capítulos. A su vez, esos cantos suelen clasificarse bajo tres criterios fundamentales:

*Telemaquía*: del canto I al IV. Telémaco es el común denominador de los apartados iniciales. Intentando formar la imagen

de su padre y con instrucciones precisas de Atenea, el muchacho contactará con varios protagonistas en Troya (Menelao, Néstor o Helena) y como si de una continuación de la *Iliada* se tratase, esta primera parte del texto va contextualizando acerca del fin de la larguísima guerra, la ausencia de Odiseo y la ríspida situación actual en Ítaca, donde reina el desgobernio debido a los impetuosos pretendientes de Penélope. Esta parte de la epopeya es, en pocas palabras, la del no estar físico de Odiseo, figura que para ese momento habremos de caracterizar solo a partir de testimonios.

Estos primeros cantos funcionan sobre todo en dos sentidos; por un lado, establecen un punto de partida para una trama que deviene de una larga historia previa, y por el otro, facilitan comprender el porqué de un regreso (im)posible a casa.

*Aventuras marinas*: del canto V al XIII. Aquí se da cuenta del accidentado trayecto de Odiseo, quien solo entonces tomará la palabra para contar los desencuentros con todos aquellos que obstaculizaron su camino y las soluciones que halló para salir más o menos bien librado. Narrado en primera persona, estos cantos son de suma importancia porque se presentan como la oportunidad de conocer de cerca el carácter del héroe que antes avizorábamos a través de las opiniones de otros.

Que sean estos los cantos más conocidos de la *Odisea* es consecuencia del tono emocional del héroe en la narración de sus propias aventuras, nadie mejor para contarnos el itinerario de viaje que el mismo viajero. No exento de embustes, Odiseo dará cuenta de las peripecias y pericias en pos de la patria. A la peripecia, es decir, al accidente que cambia el ritmo de la situación o en palabras de Aristóteles, “la inversión de las cosas en sentido contrario” (2000, p. 146) casi siempre responde con sabiduría y así habrá de resaltarlo ante la corte del rey Alcínoo.

*Regreso a casa:* del canto XIV al XXIV.<sup>7</sup> El escenario es el decadente palacio de Odiseo en Ítaca. Este está repleto de pretendientes que a como dé lugar quieren desposar a Penélope para convertirse en reyes. Hartos de las artimañas de la reina que para esperar a Odiseo los mantuvo en vilo durante años con el pretexto de tejer la mortaja de Laertes, la cual, tejía de día y destejía de noche, los pretendientes han amenazado la vida de Telémaco y la poca tranquilidad de Penélope.<sup>8</sup> El regreso de Odiseo se verá aderezado por la anagnórisis, es decir, por el reencuentro y reconocimiento de parte de los suyos y una vez en palacio, la habilidad del héroe (irreconocible en ese momento gracias a la ayuda divina de Atenea) pondrá cada cosa en su lugar.

Sin escatimar en ardides, Odiseo, su primogénito y sus leales sirvientes irán forjando el plan para castigar a los infieles y a su vez, vencer a los hombres que osan ocupar su lugar. Mientras anuda las estrategias, Odiseo retarda el momento de presentarse ante Penélope, y experto como es en el arte del ocultamiento, disfrazará sus intenciones hasta el último instante, cuando por fin su proverbial astucia lo ponga en el final de un largo recorrido.

---

<sup>7</sup> Mucho se duda de la autenticidad del canto XXIV, tal parece fue un añadido que no corresponde a su concepción original y sí a una contribución muy posterior. Entendido como un epílogo, el canto permite cerrar los conflictos y dar solidez al final feliz de la saga de Odiseo.

<sup>8</sup> Valdría la pena subrayar el papel femenino en la epopeya: “En la *Odisea* se presenta un mundo femenino como algo desdoblado, acogedor y peligroso a la vez” (Vidal-Naquet, 2001, p. 53). Son ellas quienes se muestran en un rol preponderante para el desarrollo de la trama, como en las intervenciones divinas de Atenea, la isla de Calipso convertida en el escenario de vida de Odiseo durante ocho años, la diosa maga Circe que hará ver su destino al mítico héroe, Nausícaa como la esperanza encarnada, la vieja aya Euriclea ayudando a su rey, y Penélope demostrando que domina por igual las argucias de su marido.

Una vez bosquejada la base estructural de la epopeya, resulta más comprensible reconocer que muchos de los sucesos narrados en los cuatro primeros cantos ya han sucedido en el tiempo y nos son relatados por testigos que recuperan el pasado, en parte para contextualizarnos, en parte para crear otros motores generadores a la historia contada. Pero incluso sin reconocer estas formalidades del esquema narrativo queda en la epopeya la fuerza de una temática enraizada en la colectividad, como una especie de precomprensión propia de los textos consagrados con hechura de mito que conocemos incluso sin haberlos leído. Por eso podemos no saber sobre la presentación de los hechos pero sí conocer acerca de la ira de Aquiles, de la locura del Quijote, del amor imposible de Romeo y Julieta y claro, del viaje infortunado de Odiseo o Ulises (en la versión romana del nombre griego).

### *Un último apunte*

Los orígenes de la literatura occidental van, nunca mejor dicho, de la mano de Odiseo, no en vano recursos trascendentales y conceptos claves del lenguaje literario se representan en sus cantos: la anagnórisis, la peripecia o la complejidad secuencial, pero de entre todas sobresale el concepto griego de *nóstos*. El término refiere el regreso, en este caso, el de un hombre *nostálgico* que añora Ítaca no solo como espacio geográfico sino como espacio cultural, pues es ahí donde está su pasado, sus deudos, su origen y su futuro. En una muestra de que la relación entre el espacio físico y la identidad es una directiva para la conformación afectiva de los personajes, Odiseo ve en aquella porción de tierra rodeada de mar el signo de su lugar en el mundo, su única patria.

Esta ligazón sentimental de Ítaca con Odiseo sirve para entender la urgencia del anhelado regreso y, al mismo tiempo, para exponer la maestría con la que está contada la epopeya, pues va más allá de la historia de un hombre que cierra el ciclo del viaje al llegar a su destino. El trayecto de Odiseo no traza la simple forma circular del retorno sino un poliedro, es decir, la comodina circularidad de un héroe que vuelve a su tierra es sustituida por un ambicioso entramado donde cada cara trae consigo una historia propia con espacialidades, protagonistas, metas y peripecias particulares.

A razón de la falsa suposición de que los clásicos no dicen nada nuevo se fragua una enorme distancia respecto de ellos. Allanar esos caminos es una labor que atañe a instituciones académicas, pero sobre todo a los lectores, cuya promesa del texto se cumple de manera auténtica cuando un interés personal y no un deber escolar incentiva a conocer a personajes inmortales que, aunque delineados en el imaginario colectivo no cesan de asombrarnos. Y es que la dificultad de emprender la lectura de los clásicos sin tener ideas preconcebidas se compensa cuando la experiencia termina por depararnos varias volteretas en relación con la imagen preexistente, en el entendido de que siempre vale la pena regresar a los clásicos porque ahí se halla el criterio fundacional de todo cuanto se ha escrito y se escribirá. Dejémonos entonces sorprender por todo lo que este entramado épico tiene todavía para decirnos.

No queda más que agregar que como todo estudio introductorio, este tampoco ha logrado poner sobre la mesa todas y cada una de las aristas de una obra maestra. El móvil estaba claro desde el inicio, servir de acompañamiento al lector que una vez frente a Odiseo y sin más intermediarios en la ecuación, encontrará en los arquetipos, estructura y personajes de la epopeya, principios y referencias para las letras universa-



les. Sírvase el lector tomar una de las líneas que la epopeya misma va trazando para su comprensión y que el encuentro con Odiseo y compañía le sea tan grato como a los últimos cientos de generaciones.

### Referencias

- Aristóteles (2000), *La poética*, (J. García Bacca, trad.), México: Editores Mexicanos Unidos.
- Estribillo (2018), en *Diccionario de la lengua española* [en línea], Madrid: Real Academia Española, disponible en <http://dle.rae.es/?id=GzV3CkN>
- Finley, M.I. (1984), *El mundo de Odiseo*, (M. Hernández Barroso, trad.), México: Fondo de Cultura Económica.
- Homero (2016), *Odisea*, (C. García Gual, trad.), Madrid: Alianza Editorial.
- Longino, Pseudo (2005), *De lo sublime*, (E. Molina y P. Oyarzun, trads.), Chile: Ediciones Metales Pesados.
- Plutarco, Pseudo (1989), *Sobre la vida y poesía de Homero*, (E. Ramos Jurado, trad.), España: Gredos.
- Vidal-Naquet, P. (2001), *El mundo de Homero*, (D. Zdunaisky, trad.), México: Fondo de Cultura Económica.



## ODISEA

### II

#### Rapsodia decimatercera

**T**AL FUE LO QUE ODISEO CONTÓ. ENMUDECIERON LOS OYENTES y, arrobados por el placer de escucharle, se quedaron silenciosos en el obscuro palacio. Mas Alcínoo le respondió diciendo:

“¡Oh, Odiseo! Pues llegaste a mi mansión de pavimento de bronce y elevada techumbre, creo que tornarás a tu patria sin tener que vagar más, aunque sean en tan gran número los males que hasta ahora has padecido. Y dirigiéndome a vosotros todos, los que siempre bebéis en mi palacio el negro vino de honor y oís al aedo, he aquí lo que os encargo: ya tiene el huésped en pulimentada arca las vestiduras y oro labrado y los demás presentes que los consejeros feacios le han traído; ea, démosle sendos trípodés y grandes calderos, y reunámonos después para hacer una colecta por la población, porque nos sería difícil a cada uno de nosotros obsequiarle con tal regalo valiéndonos exclusivamente de nuestros recursos.”

De tal suerte los exhortó Alcínoo, y a todos les plugo cuanto dijo. Salieron entonces para acostarse en sus respectivas casas; y así que se descubrió la hija de la mañana, Eos, de ro-

sáceos dedos, encamináronse diligentemente hacia la nave, llevando a ella el varonil bronce. La sacra potestad de Alcínoo fue también, y él mismo colocó los presentes debajo de los bancos, no fuera que se dañara alguno de los hombres cuando, para mover la embarcación, se curvasen sobre los remos. En seguida trasladáronse al palacio de Alcínoo y se ocuparon en aparejar el banquete.

En medio de ellos, la sacra potestad de Alcínoo sacrificó un buey al Cronida Zeus, el dios de las sombrías nubes, que reina sobre todos. Quemados los muslos, celebraron un espléndido festín, y cantó el divinal aedo, Demódoco, tan honrado por el pueblo. Mas Odiseo volvía a menudo la cabeza hacia Helios resplandeciente, con gran afán de que se pusiera, pues ya anhelaba irse a su patria. Como el labrador, que apetece la cena después de pasar el día rompiendo con la yunta de negros bueyes y el sólido arado, una tierra noval se le pone el sol muy a su gusto para ir a comer y, al andar, siente el cansancio en las rodilas, así, tan agradablemente, vio Odiseo que se ponía Helios. Y al momento, dirigiéndose a los feacios, amantes de manejar los remos, y especialmente Alcínoo, les habló de esta manera:

“¡Rey Alcínoo, el más esclarecido de todos los ciudadanos! Ofreced las libaciones, despedidme sano y salvo, y vosotros quedad con alegría. Ya se ha cumplido cuanto mi ánimo deseaba: mi conducción y las amistosas dádivas; hagan los dioses que estas sean para mi dicha y que halle en mi palacio a mi irreprochable consorte e incólumes a los amigos. Y vosotros, que os quedáis, sed el gozo de vuestras legítimas mujeres y de vuestros hijos; los dioses os concedan toda clase de bienes, y jamás a esta población le sobrevenga mal alguno.”

Así se expresó. Todos aplaudieron sus palabras y aconsejaron que se llevase al huésped a su patria, puesto que hablaba

razonablemente. Y entonces, la potestad de Alcínoo dijo al heraldo:

“¡Pontónoo! Mezcla vino en la cratera y distribúyelo a cuantos se hallan en la sala, a fin de que después de orar al padre Zeus, enviemos al huésped a su patria tierra.”

Así habló. Pontónoo mezcló el vino, dulce como la miel, y lo sirvió a todos, ofreciéndoselos sucesivamente: ellos lo libaban, desde sus mismos asientos, a los bienaventurados dioses que poseen el anchuroso Uranos; y el divino Odiseo, levantándose, puso en las manos de Arete una copa doble, mientras le decía estas aladas palabras:

“Sé constantemente dichosa, oh reina, hasta que vengan la senectud y la muerte, de las cuales no se libran los humanos. Yo me voy. Tú continúa holgándote en esta casa con tus hijos, el pueblo y el rey Alcínoo.”

Dicho esto, el divino Odiseo traspuso el umbral. La potestad de Alcínoo le hizo acompañar por un heraldo, que lo condujese a la velera nave, a la orilla del mar. Y Arete le envió también algunas esclavas: cuál le llevaba un manto muy limpio y una túnica, cuál una sólida arca; y cuál otra, pan y rojo vino.

Cuando hubieron llegado a la nave y al mar, los ilustres marineros, tomando tales cosas, juntamente con la bebida y los víveres, lo colocaron todo en la cóncava embarcación y tendieron una colcha y una tela de lino sobre las tablas de la popa, a fin de que Odiseo pudiese dormir profundamente. Subió este, y acostóse en silencio. Los otros se sentaron por orden en sus bancos, desataron de la piedra agujereada la amarra del barco e, inclinándose, azotaron el mar con los remos, mientras caía en los párpados de Odiseo un sueño profundo, suave, dulcísimo, muy semejante a la muerte. Del modo que los caballos de una cuadriga se lanzan a correr en un campo, a los golpes del látigo y, levantándose sobre sus pies, terminan

prontamente la carrera, así se alzaba la popa del navío y dejaba tras sí muy agitadas las olas purpúreas del estruendoso mar. Corría el bajel con un andar tan seguro e igual, que ni el gavilán, que es el ave más ligera, lo hubiese acompañado: así, corriendo con tal rapidez, cortaba las olas del mar y llevaba un varón que en el consejo se parecía a los dioses, el cual tuvo el ánimo acongojado muchas veces, ya combatiendo con los hombres, ya surcando las temibles ondas, pero entonces dormía plácidamente, olvidado de cuanto padeciera.

Cuando salía la más rutilante estrella, la que de modo especial anuncia la luz de Eos, hija de la mañana, entonces la nave, surcadora del ponto, llegó a la isla.

Hay en el país de Ítaca el puerto de Forcis,<sup>1</sup> el anciano del mar, formado por dos orillas prominentes y escarpadas que convergen hacia las puntas y protegen exteriormente de las grandes olas y los vientos, de funesto soplo; y en el interior, las corvas naves, de muchos bancos, permanecen sin amarras así que llegan al fondeadero. Al cabo del puerto, está un olivo de largas hojas y, muy cerca, una gruta agradable, sombría, consagrada a las ninfas, que Náyades se llaman.<sup>2</sup> Allí existen cráteres y ánforas de piedra, donde las abejas fabrican los panales. Allí pueden verse unos telares también de piedra, muy largos, donde tejen las ninfas mantos de color de púrpura. Allí el agua constantemente nace. Dos puertas tiene el antro: la una mira al Bóreas y es accesible a los hombres; la otra, situada frente al Noto, es más divina, pues por ella no entran los humanos, siendo el camino de los Inmortales.

A este sitio, que ya con anterioridad conocían, fueron a llegar; y la embarcación andaba velozmente, y varó en la playa, saliendo del agua hasta la mitad. ¡Tales eran los remeros, por cuyas manos fue conducida! Apenas hubieron saltado de la nave, de hermosos bancos, en tierra firme, comenzaron

por sacar del cóncavo bajel a Odiseo, con la colcha espléndida y la tela de lino, y lo pusieron en la arena, entregado todavía al sueño; y seguidamente, desembarcando las riquezas que los feacios le habían dado al volver a su patria, gracias a la magnánima Palas Atenea, las amontonaron todas al pie del olivo, algo apartadas del camino: no fuera que algún viandante se acercara a las mismas, en tanto que Odiseo dormía, y le hurtara algo. Después de esto, volviéronse los feacios a su país. Pero Poseidón, que sacude la tierra, no olvidó las amenazas que desde un principio le hiciera a Odiseo, semejante a un dios, y quiso explorar la voluntad de Zeus:

“¡Padre Zeus! Ya no seré honrado nunca entre los inmortales dioses, puesto que no me honran en lo más mínimo, ni tan siquiera los mortales, los feacios, que son de mi propia estirpe. No dejaba de figurarme que Odiseo tornaría a su patria, aunque padeciendo multitud de infortunios, pues nunca le quité del todo que volviese, por considerar que, con tu asentimiento, se lo habías prometido; mas los feacios, llevándole por el ponto en velera nave, lo han dejado en Ítaca, dormido, después de hacerle innumerables regalos: bronce, oro en abundancia, vestiduras tejidas y tantas cosas como nunca sacara de Troya si volviese indemne y habiendo obtenido la parte que del botín le correspondiera.”

Respondióle Zeus, que amontona las nubes: “¡Ah, poderoso dios!, que bates la tierra! ¡Qué dijiste! No te desprecian los dioses, que sería difícil herir con el desprecio al más antiguo y más ilustre. Pero si deja de honrarte alguno de los hombres, por confiar en sus fuerzas y en su poder, está en tu mano tomar venganza. Obra, pues, como quieras y a tu ánimo le agrade.”

Contestóle Poseidón, que sacude la tierra: “Ya hubiera obrado como me lo aconsejas, oh dios de las sombrías nubes, pero me espanta tu cólera, y procuro evitarla. Ahora quiero

hacer naufragar en el obscuro ponto la bellísima nave de los feacios, que vuelve de conducir aquel — con el fin de que en adelante se abstengan y cesen de llevar a los hombres— y cubrir luego la vista de la ciudad con una gran montaña.”

Repuso Zeus, que amontona las nubes: “¡Oh querido! Tengo para mí que lo mejor será que, cuando todos los ciudadanos estén mirando desde la población cómo el barco llega, lo tornes en peñasco, junto a la costa, de suerte que guarde la semejanza de una velera nave, para que todos los hombres se maravillen, y cubras luego la vista de la ciudad con una gran montaña.”

Apenas lo oyó Poseidón, que sacude la tierra, fuese a Esqueria, donde viven los feacios, y allí se detuvo. La nave, surcadora del ponto, se acercó con rápido impulso, y el dios, que sacude la tierra, saliéndole al encuentro, la tornó en peñasco y con un golpe de su mano inclinada hizo que echara raíces en el suelo, después de lo cual fuese a otra parte.

Mientras tanto, los feacios, que usan largos remos y son ilustres navegantes, hablaban entre sí con aladas palabras. Y uno de ellos se expresó de esta suerte, dirigiéndose a su vecino:

“¡Ay! ¿Quién encadenó en el ponto la velera nave, que tornaba a la patria y ya se descubría toda?”

Tales fueron sus palabras, pues ignoraba lo que había pasado. Entonces Alcínoo les arengó de esta manera:

“¡Oh dioses! Cumpliéronse las antiguas predicciones de mi padre, el cual decía que Poseidón nos miraba con malos ojos porque conducíamos, sin recibir daño, a todos los hombres; y aseguraba que el dios haría naufragar en el obscuro ponto una hermosísima nave de los feacios, al volver de llevar a alguien, y cubriría la vista de la ciudad con una gran montaña. Así lo afirmaba el anciano, y ahora todo se va cumpliendo. Ea, hagamos lo que voy a decir: absteneos de conducir a los mor-



tales que lleguen a nuestra población y sacrifiquemos doce toros escogidos a Poseidón, para ver si se apiada de nosotros y no nos cubre la vista de la ciudad con la enorme montaña.”

Así habló. Entróles el miedo y aparejaron los toros. Y mientras los caudillos y príncipes del pueblo feacio oraban al soberano Poseidón, permaneciendo de pie en torno de su altar, Odiseo despertó de su sueño en la tierra patria, de la cual había estado ausente mucho tiempo, y no pudo reconocerla, porque una diosa —Palas Atenea, la hija de Zeus— le cercó de una nube, con el fin de hacerle incognocible y enterarle de todo: no fuese que su esposa, los ciudadanos y los amigos lo reconocieran antes que los pretendientes pagaran por completo sus excesos. Por esta causa, todo se le presentaba al rey en otra forma, así los largos caminos como los puertos cómodos para fondear, las rocas escarpadas y los árboles florecientes. El héroe se puso en pie y contempló la patria tierra, pero en seguida gimió y, bajando los brazos, golpeóse los muslos, mientras suspiraba y decía de esta suerte:

“¡Ay de mí! ¿Qué hombres deben de habitar esta tierra a que he llegado? ¿Serán violentos, salvajes e injustos, u hospitalarios y temerosos de los dioses? ¿Adónde podré llevar tantas riquezas? ¿Adónde iré perdido? Ojalá me hubiese quedado allí, con los feacios, pues entonces me llegara a otro de los magnánimos reyes, que, recibíendome amistosamente, me hubiera enviado a mi patria. Ahora no sé dónde poner estas cosas, ni he de dejarlas aquí: no vayan a ser presa de otros hombres. ¡Oh dioses! No eran, pues, enteramente sensatos ni justos los caudillos y príncipes feacios, ya que me traen a estotra tierra; dijeron que me conducirían a Ítaca, que se ve de lejos, y no lo han cumplido. Castígueles Zeus, el dios de los suplicantes, que vigila a los hombres e impone castigos a

cuantos pecan. Mas, ea, contaré y examinaré estas riquezas: no se hayan llevado alguna cosa en la cóncava nave cuando de aquí partieron.”

Hablando así, contó los bellísimos trípodas, los calderos, el oro y las hermosas vestiduras tejidas; y, aunque nada echó de menos, lloraba por su patria tierra, arrastrándose en la orilla del estruendoso mar y suspirando mucho. Acercóse entonces Palas Atenea en figura de un joven pastor de ovejas, tan delicado como el hijo de un rey; llevaba en los hombros un manto doble,<sup>3</sup> hermosamente hecho; en los nítidos pies, sandalias; y en la mano, una jabalina. Odiseo se holgó de verle, salió a encontrarle y le dijo estas aladas palabras:

“¡Amigo! Ya que eres el primer hombre a quien encuentro en este lugar, ¡salud!, y ojalá no vengas con mala intención para conmigo; antes bien, salva estas cosas y sálvame a mí mismo, que yo te lo ruego como a un dios y me postro a tus rodillas. Mas, dime con verdad, para que yo me entere: ¿Qué tierra es esta? ¿Qué pueblo? ¿Qué hombres hay en la comarca? ¿Estoy en una isla que se ve a distancia, o en la ribera de un fértil continente que hacia el mar se inclina?”

Palas Atenea, la deidad de los brillantes ojos, le respondió diciendo: “¡Forastero! Eres un simple, o vienes de lejos, cuando me preguntas por esta tierra, cuyo nombre no es tan obscuro, ya que la conocen muchísimos, así de los que viven hacia el lado por donde salen Eos y Helios, como de los que moran en la otra parte, hacia el tenebroso Ocaso. Es, en verdad, áspera e impropia para la equitación, pero no completamente estéril, aunque pequeña, pues produce trigo en abundancia y también vino; nunca le falta ni la lluvia ni el fecundo rocío; es muy a propósito para apacentar cabras y bueyes; cría bosques de todas clases, y tiene abrevaderos que jamás se agotan. Por

lo cual, oh forastero, el nombre de Ítaca llegó hasta Troya, que, según dicen, está muy apartada de la tierra aquiva.”

De esta suerte habló. Alegróse el paciente divinal Odiseo, holgándose de su patria, que le nombraba Palas Atenea, hija de Zeus, que lleva la égida; y pronunció en seguida estas aladas palabras, ocultándole la verdad con hacerle un relato fingido, pues siempre revolvía en su pecho ideas muy astutas:

“Oí hablar de Ítaca allá en la espaciosa Troya, muy lejos al otro lado del ponto, y he llegado ahora con estas riquezas. Otras tantas dejé a mis hijos, y voy huyendo, porque mató al hijo querido de Idomeneo, a Orsíloco, el de los raudos pies, que aventajaba con su ligereza en el correr a los hombres industriosos de la vasta Creta, el cual deseó privarme del botín de Troya, por el que tantas fatigas padeciera, ya combatiendo con los hombres, ya surcando las temibles ondas, a causa de no haberme prestado a complacer a su padre sirviéndole en el pueblo de los troyanos, donde yo era caudillo de otros compañeros. Como en cierta ocasión aquel tornara del campo, envaséle la broncínea lanza, habiéndole acechado con un amigo junto a la senda: obscurísima noche cubría el cielo, ningún hombre fijó su atención en nosotros, y así quedó oculto que le hubiese dado muerte. Después que lo mató con el agudo bronce, fuimos hacia la nave de unos ilustres fenicios, a quienes supliqué y pedí, dándoles buena parte del botín, que me llevasen a Pilos o a la divina Elide, donde ejercen su dominio los epeos. Mas la fuerza del viento extraviólos, mal de su grado, pues no querían engañarme, y errabundos, llegamos acá por la noche. Con mucha fatiga pudimos entrar en el puerto, a fuerza de remos, y aunque muy necesitados de tomar alimento, nadie pensó en la cena; desembarcamos todos y nos echamos en la playa. Entonces me vino a mí, que estaba

cansadísimo, un dulce sueño; sacaron aquellos de la cóncava nave mis riquezas, las dejaron en la arena donde me hallaba tendido y volvieron a embarcarse para ir a la populosa Sidón; y yo me quedé aquí, con el corazón triste.”

Así se expresó. Sonrióse Palas Atenea, la deidad de los brillantes ojos, lo halagó con la mano y, transfigurándose en una mujer hermosa, alta y diestra en eximias labores, le dijo estas aladas palabras:

“Astuto y falaz habría de ser quien te aventajara en cualquier clase de engaños, aunque fuese un dios el que te saliera al encuentro. ¡Temerario, invencionero, incansable en el dolo! ¿Ni aun en tu patria habías de renunciar a los fraudes y a las palabras engañosas, que siempre fueron de tu gusto? Mas, ea, no se hable más de ello, que ambos somos peritos en las astucias, pues si tú sobresaes mucho entre los hombres por tu consejo y tus palabras, yo soy celebrada entre todas las deidades por mi prudencia y mis astucias. ¿Pero aún no has reconocido en mí a Palas Atenea, hija de Zeus, que siempre te asisto y protejo en tus cuitas, e hice que les fueras agradable a todos los feacios? Vengo ahora a forjar contigo algún plan, a esconder cuantas riquezas te dieron los ilustres feacios por mi voluntad e inspiración, cuando viniste a la patria, y a revelarte todos los trabajos que has de soportar fatalmente en tu morada bien construida; toléralos, ya que es preciso, y no digas a ninguno de los hombres ni de las mujeres que llegaste peregrinando; antes bien, sufre en silencio los muchos pesares y aguanta las violencias que te hicieren los hombres.”

Respondióle el ingenioso Odiseo: “Difícil es, oh diosa, que un mortal, al encontrarse contigo, logre conocerte, aunque fuere muy sabio, porque tomas la figura que te place. Bien sé que me fuiste propicia mientras los aqueos peleamos en Troya, pero después de que arruinamos la excelsa ciudad de

Príamo, partimos en las naves y un dios dispersó a los aqueos, nunca te he visto, oh, hija de Zeus, ni he advertido que subieras en mi bajel para ahorrarme ningún pesar. Por el contrario, anduve errante constantemente, teniendo en mi pecho el corazón atravesado de dolor, hasta que los dioses me libraron del infortunio; y tú, en el rico pueblo de los feacios, me confortaste con tus palabras y me condujiste a la población. Ahora, por tu padre, te lo suplico —pues no creo haber arribado a Ítaca, que se ve de lejos, sino que estoy en otra tierra y que hablas de burlas para engañarme—: dime si en verdad he llegado a mi querida tierra.”

Contestóle Palas Atenea, la deidad de los claros ojos: “Siempre guardas en tu pecho la misma cordura, y no puedo desampararte en la desgracia, porque eres afable, perspicaz y sensato. Cualquiera que volviese después de vagar tanto, deseara ver en su palacio a los hijos y a la esposa; mas a ti no te place saber de ellos, ni preguntar por los mismos, hasta que hayas probado a tu mujer, la cual permanece en tu morada y consume los días y las noches tristemente, pues de continuo está llorando. Yo jamás puse en duda, pues me constaba con certeza, que volverías a tu patria, después de perder todos los compañeros; mas no quise luchar con Poseidón, mi tío paterno, cuyo ánimo se encolerizó e irritó contigo, porque le cegaste su caro hijo. Pero, ea, voy a mostrarte el suelo de Ítaca, para que te convenzas. Este es el puerto de Forcis, el anciano del mar; aquel, el olivo de largas hojas, que existe al cabo del puerto; cerca del mismo se halla la gruta deliciosa, sombría, consagrada a las ninfas que Náyades se llaman; aquí tienes la abovedada cueva, donde sacrificabas a las ninfas gran número de perfectas hecatombes; y allá puedes ver el Nérito, el frondoso monte.”

Cuando así hubo hablado, la deidad disipó la nube, apareció el país y el paciente divinal Odiseo se alegró, holgándose

de su tierra, y besó el fértil suelo. Y acto continuo, oró a las ninfas, con las manos levantadas:

¡Ninfas Náyades, hijas de Zeus! Ya me figuraba que no os vería más. Ahora os saludo con dulces votos y os haremos ofrendas, como antes, si la hija de Zeus, la que impera en las batallas, permite benévola que yo viva y vea crecer a mi hijo.”

Díjole entonces Palas Atenea, la deidad de los ojos zarcos: “Cobra ánimo y no te preocupes por esto. Pero metamos ahora mismo las riquezas en lo más hondo del divino antro, a fin de que las tengas seguras, y deliberemos para que todo se haga de la mejor manera.”

Cuando así hubo hablado, penetró la diosa en la sombría cueva y fue en busca de los escondrijos; y Odiseo le llevó todas las cosas —el oro, el duro bronce y las vestiduras bien hechas— que le regalaran los feacios. Así que estuvieron colocadas del modo más conveniente, Palas Atenea, hija de Zeus, que llevaba la égida, obstruyó la entrada con una piedra. Sentáronse después en las raíces del sagrado olivo, y deliberaron acerca del exterminio de los orgullosos pretendientes. Palas Atenea, la deidad de los brillantes ojos, fue quien rompió el silencio, pronunciando estas palabras:

“¡Laertíada, de linaje divino! ¡Odiseo, fecundo en recursos! Piensa cómo pondrás las manos en los desvergonzados pretendientes, que tres años ha que mandan en tu palacio y solicitan a tu divinal consorte, a la que ofrecen regalos de boda; mas ella, suspirando en su ánimo por tu regreso, si bien a todos les da esperanzas y a cada uno le hace promesas, enviándole mensajes, revuelve en su espíritu muy distintos pensamientos.”

El ingenioso Odiseo le respondió diciendo: “¡Oh números! Sin duda iba a perecer en el palacio, con el mismo hado funesto de Agamenón atrida, si tú, oh diosa, no me hubieses instruido convenientemente acerca de estas cosas. Mas, ea,

traza un plan para que los castigue, y ponte a mi lado, infundiéndome fortaleza y audacia, como en aquel tiempo en que destruíamos las lucientes almenas de la ciudad de Troya. Si con el mismo ardor de entonces me acompañares, oh deidad de los brillantes ojos, yo combatiría solo hasta contra trescientos guerreros, pero con tu ayuda, veneranda diosa, siempre que benévola me socorrieres.”

Contestóle Palas Atenea, la deidad de los ojos claros: “Te asistiré ciertamente, sin que me pases inadvertido cuando en tales cosas nos ocupemos, y creo que alguno de los pretendientes que devoran tus bienes manchará con su sangre y sus sesos el extensísimo pavimento. Mas, ea, voy a hacerte incognoscible para todos los mortales: arrugaré el hermoso cutis de tus ágiles miembros, raeré de tu cabeza los blondos cabellos, te pondré unos harapos que causen horror al que te vea, y haré sarnosos tus ojos, ahora tan bellos, para que les parezcas un ser despreciable a todos los pretendientes y a la esposa y al hijo que dejaste en tu palacio. Llégate ante todo al porquerizo, al guardián de tus puercos, que te quiere bien, y adora a tu hijo y a la prudente Penélope. Lo hallarás sentado entre los puercos, los cuales pacen junto a la roca del Cuervo,<sup>4</sup> en la fuente de Aretusa, comiendo abundantes bellotas y bebiendo aguas turbias, cosas ambas que hacen crecer en los mismos la floreciente grosura. Quédate allí de asiento e interrógale sobre cuanto desearas, mientras yo voy a Esparta, la de hermosas mujeres, y llamo a Telémaco, tu hijo, oh Odiseo, que se fue junto a Menelao, en la vasta Lacedemonia, para saber por la fama, si aún estabas vivo en alguna parte.”

Respondióle el ingenioso Odiseo: “¿Y por qué no se lo dijiste, ya que tu mente todo lo sabía? ¿Acaso para que también pase trabajos, errante por el estéril ponto, y los demás se le coman los bienes?”

Contestóle Palas Atenea, la deidad de los brillantes ojos: “Muy poco has de inquietarte por él. Yo misma lo llevé para que, con ir allá, adquiriese ilustre fama; y no sufre trabajo alguno, sino que se está tranquilo en el palacio del atrida, teniendo todo en gran abundancia. Cierto que los jóvenes le acechan, embarcados en negro bajel, y quieren matarle cuando vuelva al patrio suelo, pero me parece que no sucederá así y que antes la tierra tendrá en su seno a alguno de los pretendientes que devoran lo tuyo.”

Dicho esto, tocóle Palas Atenea con una varita. La diosa le arrugó el hermoso cutis en los ágiles miembros, le rayó de la cabeza los blondos cabellos, púsole la piel de todo el cuerpo de tal forma que parecía la de un anciano, hízole sarnosos los ojos, antes tan bellos; vistióle unos harapos y una túnica, que estaban rotos, sucios y manchados feamente por el humo; le echó encima el cuero grande, sin pelambre ya, de una veloz cierva, y le entregó un palo y un astroso zurrón lleno de agujeros, con su correa retorcida.

Después de deliberar así, se separaron, yéndose Palas Atenea a la divinal Lacedemonia, donde se hallaba el hijo de Odiseo.





## Notas

- <sup>1</sup> Forcis era hijo del Océano y de la Tierra. El puerto de Ítaca, que le estaba consagrado, existía, sin duda, en tiempo de Homero. Hoy ha desaparecido.
- <sup>2</sup> Porfirio ha hallado en la sencilla descripción de esta gruta de las ninfas una intencionada y profunda alegoría de este mundo. El antro es oscuro, porque fue hecho de una manera tenebrosa e informe; agradable, porque así ha llegado a ser, merced al orden por Dios establecido; consagrado a las ninfas, es decir, para habitación de las almas que nacen. Las urnas y las hermosas piedras son los cuerpos amasados de tierra; las abejas que en ellas fabrican sus panales son las almas que en ellos viven, animándolos y evitando su corrupción y su podredumbre; los tejidos admirables de las ninfas aluden a la red de venas, arterias y músculos que cubren nuestros huesos; las fuentes que riegan la gruta son los mares, los ríos, los lagos y las lagunas; y las dos puertas, los dos polos, una la del Septentrión, abierta a las almas que bajan a la vida, otra la del Sur, a estas mismas almas que regresan al cielo.
- <sup>3</sup> Hesiquio explica esta palabra: “Manto doble es un manto muy grande, que se puede llevar doblado”. Compruébase esto con un verso del libro XXII de la *Iliada*, en que Andrómaca trabaja en el telar un manto doble y brillante.
- <sup>4</sup> El nombre de esta peña, según una tradición, quizá posterior a Homero, venía de haber muerto en ella despeñado un joven llamado *Corax* (Cuervo). Su madre Aretusa, desesperada, se arrojó a una fuente inmediata, a la cual dio su nombre. Los jurisconsultos romanos, dando una insigne muestra de respeto al autor de la *Odisea*, acudían a este pasaje para demostrar que los cerdos pueden formar rebaños.



## Rapsodia decimacuarta

**O**DISEO, DEJANDO EL PUERTO, EMPEZÓ ÁSPERO CAMINO, POR lugares selvosos, entre unas eminencias hacia donde le indicara Palas Atenea que hallaría al porquerizo, el cual era, entre todos los criados adquiridos por el divino Odiseo, quien con mayor solicitud le cuidaba los bienes.

Hallóle sentado en el vestíbulo de la majada excelsa, hermosa y grande, construida en lugar descubierto, que se andaba toda ella en rededor, la cual labrara el porquerizo para los cerdos del ausente rey, sin ayuda de su señora ni del anciano Laertes, empleando piedras de acarreo y cercándola con un seto espinoso. Puso fuera de la majada, acá y allá, una larga serie de espesas estacas, que había cortado del corazón de unas encinas, y construyó dentro doce pocilgas muy juntas, en que se echaban los puercos. En cada una tenía encerradas cincuenta hembras paridas, de puercos, que se acuestan en el suelo; y los machos pasaban la noche fuera, siendo su número mucho menor, porque los pretendientes, iguales a los dioses, los disminuían, comiéndose siempre el mejor de los puercos grasos, que les enviaba el porquerizo. Eran los cerdos trescientos sesenta. Junto a los mismos hallábanse constantemente cuatro perros, semejantes a fieras, que había creado el porquerizo, mayoral de los pastores. Este cortaba entonces un cuero de buey, de color vivo, y hacía unas sandalias, ajustándolas a sus pies; y de los otros pastores, tres se habían

encaminado a diferentes lugares, con las pias de los cerdos, y el cuarto había sido enviado a la ciudad por Eumeo, a llevarles a los orgullosos pretendientes el obligado puerco, que inmolarían para saciar con la carne su apetito.

De súbito los perros ladrones<sup>1</sup> vieron a Odiseo y, ladrando, corrieron a encontrarlo; mas el héroe se sentó astutamente y dejó caer el báculo que llevaba en la mano. Entonces quizá hubiera padecido vergonzoso infortunio, cabe sus propios establos, pero el porquerizo siguió en seguida y con ágil pie a los canes y, atravesando apresuradamente el umbral, donde se le cayó de la mano aquel cuero, les dio voces, los echó a pedradas a cada uno por su lado, y habló al rey de esta manera:

“¡Oh, anciano! Poco faltó para que los perros te despedazaran súbitamente, con lo cual me habrías causado gran oprobio. Ya los dioses me tienen dolorido y me hacen gemir por una causa bien distinta, pues mientras lloro y me angustio, pensando en mi señor, igual a un dios, he de criar estos puercos grasos para que otros se los coman; y quizás él esté hambriento y ande peregrino por pueblos y ciudades de gente de extraño lenguaje, y si aún vive y contempla la lumbre de Helios. Pero ven, anciano, sígueme a la cabaña, para que, después de saciarte de manjares y de vino, conforme a tu deseo, me digas dónde naciste y cuántos infortunios has sufrido.”

Diciendo así, el divinal porquerizo<sup>2</sup> guiólo a la cabaña, introdujole en ella e hizolo sentar, después de esparcir por el suelo muchas ramas secas, las cuales cubrió con la piel de una cabra montés, grande, vellosa y tupida, que le servía de lecho. Holgóse Odiseo del recibimiento que le hacía Eumeo, y le habló de esta suerte:

“¡Zeus y los inmortales dioses te concedan, oh huésped, lo que más anheles, ya que con tal benevolencia me has acogido!”

Y tú lo contestaste así, porquerizo Eumeo: “¡Oh forastero! No me es lícito despreciar al huésped que se presente, aunque sea más miserable que tú, pues todos los forasteros y pobres son de Zeus. Cualquier donación nuestra les es grata, no embargante que haya de ser exigua, que así suelen hacerlas los siervos, siempre temerosos, cuando mandan amos jóvenes. Pues las deidades atajaron sin duda la vuelta del mío, el cual, amándome sobre todo extremo, me hubiese proporcionado una posición, una causa, un peculio y una mujer hermosa, todo lo cual da un amo benévolo a su siervo cuando ha trabajado mucho para él y las deidades hacen prosperar su obra, como hicieron prosperar esta en que me ocupo. Grandemente me ayudara mi señor si aquí envejeciese, pero murió ya: ¡Así hubiera perecido completamente la estirpe de Helena, por la cual a tantos hombres les quebraron las rodillas! Que aquel fue a Ilión, la de hermosos corceles, para honrar a Agamenón, combatiendo contra los teucros.”

Diciendo así, en un instante se sujetó la túnica con el cinturón, se fue a las pocilgas donde estaban las pjaras de los puercos, volvió con dos, y a entrambos los sacrificó, los chamuscó y, después de descuartizarlos, los espetó en los asadores. Cuando la carne estuvo asada, se la llevó a Odiseo, caliente aún y en los mismos asadores, polvoreándola de blanca harina; echó en una copa de hiedra vino, dulce como la miel, sentóse en frente de Odiseo, e invitándole, hablóle de esta suerte:

“Come, oh huésped, esta carne de puerco, que es la que está a la disposición de los esclavos, pues los pretendientes devoran los cerdos más gordos, sin pensar en la venganza de las deidades, ni sentir piedad alguna. Pero los bienaventurados númenes no se agradan de las obras perversas, sino que honran la justicia y las acciones sensatas de los varones. Y aun

los varones malévolos y enemigos que invaden el país ajeno y, permitiéndoles Zeus que recojan botín, vuelven a la patria con las naves repletas; aun estos sienten que un fuerte temor de la venganza divina les oprime el corazón. Mas los pretendientes algo deben de saber de la deplorable muerte de aquel, por la voz de alguna deidad que han oído, cuando no quieren pedir de justo modo el casamiento,<sup>3</sup> ni restituirse a sus casas; antes, muy tranquilos, consumen los bienes orgullosa e inmoderadamente. En ninguno de los días ni de las noches, que proceden de Zeus, se contentan con sacrificar una víctima, ni dos tan solo, y agotan el vino, bebiéndolo sin tasa alguna. Pues la hacienda de mi amo era cuantiosísima, tanto como la de ninguno de los héroes que viven en el negro continente o en la propia Ítaca, y ni juntando veinte hombres la suya pudieran igualarla. Te la voy a especificar. Doce vacadas hay en el continente, y otras tantas greyes de ovejas, otras tantas piaras de cerdos, y otras tantas copiosas manadas de cabras apacientan allá sus pastores y gente asalariada. Aquí pacen once hatos numerosos de cabras, en la extremidad del campo, y los vigilan buenos pastores, cada uno de los cuales lleva todos los días a los pretendientes una res, aquella de las bien nutridas cabras que le parece mejor. Y yo guardo y protejo estas piaras y, separando siempre el mejor de los puercos, se los envió también.”

Así habló. Odiseo, sin desplegar los labios, se apresuraba a comer la vianda y bebía vino con avidez, maquinando males contra los pretendientes. Después que hubo cenado y repuesto el ánimo con la comida, dióle Eumeo la copa que usaba para beber, llena de vino. Aceptóla el héroe y, alegrándose en su corazón, pronunció estas aladas palabras:

“¡Oh, amigo! ¿Quién fue el que te compró con sus bienes y era tan opulento y poderoso, según cuentas? ¿Decías que pereció por causa de la honra de Agamenón? Nómbramelo,

por si en alguna parte hubiese conocido a tal hombre. Zeus y los dioses inmortales saben si lo he visto y podré darte alguna nueva, pues anduve perdido por muchos pueblos.”

Respondióle el porquerizo, mayoral de los pastores: “¡Oh, viejo! A ningún vagabundo que llegue con noticias de mi amo le darán crédito ni la mujer de este ni su hijo, pues los que van errantes y necesitan socorro mienten sin reparo y se niegan a hablar sinceramente. Todo aquel que, peregrinando, llega al pueblo de Ítaca, va a referirle patrañas a mi señora, y esta le acoje amistosamente, le hace preguntas sobre cada punto, y al momento solloza y destila lágrimas de sus párpados, como es costumbre de la mujer cuyo marido ha muerto en otra tierra. Tú mismo, oh anciano, inventarías muy pronto cualquier relación si te diesen un manto y una túnica con qué vestirte. Mas ya los perros y las veloces aves han debido de separar la piel de los huesos y el alma lo habrá dejado; o quizás los peces lo devoraron en el ponto y sus huesos yacen en la playa, dentro de un gran montón de arena. De tal suerte murió aquel y nos ha dejado pesares a todos sus amigos y especialmente a mí, que ya no hallaré un amo tan benévolo en ningún lugar a que me encamino, ni aun si me fuere a la casa de mi padre y de mi madre, donde nació y ellos me criaron. Lloro no tanto por los mismos, aunque deseara verlos con mis ojos en la patria tierra, como porque me aqueja el deseo del ausente Odiseo, a quien, oh huésped, temo nombrar, hallándose ausente, pues me amaba mucho y se preocupaba por mí en su corazón, y yo le llamo hermano del alma por más que esté lejos.”

Hablóle entonces el paciente divinal Odiseo: “¡Oh amigo! Ya que a todo te niegas, asegurando que aquel no ha de volver, y tu ánimo permanece incrédulo, no solo quiero repetirte, sino hasta jurarte, que Odiseo volverá. Por albricias de la buena nueva, revestidme de un manto y una túnica, que sean

hermosas vestiduras, tan presto como aquel llegue a su palacio, pues antes nada aceptaría, no obstante la gran necesidad en que me encuentro. Me es tan odioso, como las puertas del Hades, aquel que, cediendo a la miseria, refiere embustes. Sean testigos primeramente Zeus entre los dioses y luego la mesa hospitalaria y el hogar del irreprochable Odiseo, a que he llegado, de que todo se cumplirá como lo digo: Odiseo vendrá aquí este mismo año; al terminar el corriente mes y comenzar el otro<sup>4</sup> volverá a su casa, y se vengará de quien ultraje a su mujer y a su preclaro hijo.”

Y tú le contestaste así, porquerizo Eumeo: “¡Oh anciano! Ni tendré que pagar albricias por la buena nueva, ni Odiseo tornará a su casa; pero bebe tranquilo, cambiemos de conversación y no me traigas tal asunto a la memoria, que el ánimo se me aflige en el pecho cada vez que oigo mentar a mi venerable señor. Prescindamos, pues, del juramento y preséntese Odiseo, como yo quisiera, y también Penélope, el anciano Laertes y Telémaco, semejante a los dioses. Por este niño me lamento ahora sin cesar, por Telémaco, a quien engendró Odiseo; como las deidades lo criaran lo mismo que un pimpollo, pensó que más adelante no sería entre los hombres inferior a su padre, sino tan digno de admiración por su cuerpo y su gentileza; mas habiéndole trastornado alguno de los Inmortales o de los hombres el buen juicio de que disfrutaba, se ha ido a la divina Pilos, en busca de noticias de su progenitor, y los ilustres pretendientes le preparan asechanzas para cuando torne, a fin de que desaparezca de Ítaca, sin gloria alguna, el linaje de Arcesio, semejante a los dioses. Pero dejémoslo, ora sea capturado, ora logre escapar, porque el Cronida extiende su brazo encima del mismo. Ea, anciano, refiéreme tus cuitas, y dime la verdad de esto, para que yo me entere: ¿Quién eres y de qué país procedes? ¿Dónde se ha-



llan tu ciudad y tus padres? ¿En cuál embarcación llegaste? ¿Cómo los marineros te trajeron a Ítaca? ¿Quiénes se precian de ser? Pues no me figuro que hayas venido andando.”

Respondióle el ingenioso Odiseo: “De todo esto voy a informarte circunstanciadamente. Si tuviéramos comida y dulce vino para mucho tiempo, y nos quedásemos a celebrar festines en esta cabaña, mientras los demás fueran al trabajo, no me sería fácil referirte en todo el año cuántos pesares ha sufrido mi espíritu, por la voluntad de los dioses.

”Por mi linaje, me precio de ser natural de la espaciosa Creta, donde tuve por padre un varón opulento. Otros muchos hijos le nacieron también y se criaron en el palacio, todos legítimos, de su esposa, mientras que a mí me parió una mujer comprada, que fue su concubina;<sup>5</sup> pero guardábame igual consideración que a sus hijos legítimos, Cástor Hilácida, cuyo vástago me glorio de ser, y a quien honraban los cretenses como a un dios, por su felicidad, por sus riquezas y por su gloriosa prole. Cuando las Keres de la muerte se lo llevaron a la morada de Hades, y sus hijos magnánimos partieron entre sí las riquezas, echando suertes sobre las mismas, me dieron muy poco, asignándome una casa. Tomé una mujer, de gente muy rica, por solo mi valor; que no era yo despreciable, ni tímido en la guerra. Ahora, ya todo lo he perdido; esto no obstante, viendo la paja conocerás la mies, aunque me tiene abrumado un gran infortunio. Diéronme Ares y Palas Atenea audacia y valor para destruir las huestes de los contrarios, y en ninguna de las veces que hube de elegir los hombres de más bríos y llevarlos a una emboscada, maquinando males contra los enemigos, mi ánimo generoso me puso la muerte ante los ojos; sino que, arrojándome a la lucha mucho antes que nadie, era quien primero mataba con la lanza al enemigo que no me aventajase en la ligereza de sus pies. De tal modo

me conducía en la guerra. No me gustaban las labores campestres, ni el cuidado de la casa que cría hijos ilustres, sino tan solamente las naves con sus remos, los combates, los pulidos dardos y las saetas; cosas tristes y horrendas para los demás y gratas para mí por haberme dado algún dios tal inclinación, que no todos hallamos deleite en las mismas acciones. Ya antes que los aqueos pusieran el pie en Troya, había capitaneado nueve veces hombres y navíos de ligero andar, contra extranjeras gentes, y todas las cosas llegaban a mis manos en gran abundancia. De ellas me reservaba las más agradables y luego me tocaban muchas por suerte, de manera que, creciendo mi casa con rapidez, fui poderoso y respetado entre los cretenses. Mas cuando dispuso el longividente Zeus aquella expedición odiosa, en la cual a tantos varones les quebraron las rodillas, se me mandó a mí y al perínclito Idomeneo que fuéramos capitanes de los bajeles que iban a Ilión, y no hubo medio de negarse, por el temor de adquirir mala fama entre el pueblo. Allá peleamos los aqueos nueve años y al décimo, asolada por nosotros la ciudad de Príamo, partimos en las naves hacia nuestras casas; pero un dios dispersó a los aqueos. Y el pródigo Zeus meditó males contra mí, desgraciado, que estuve holgando un mes tan solo con mis hijos, mi legítima esposa y mis riquezas; pues luego llevóme el ánimo a navegar hacia Egipto, preparando debidamente los bajeles con los compañeros iguales a los dioses. Equipé nueve barcos y pronto se reunió la gente necesaria.

“Seis días pasaron mis fieles compañeros celebrando banquetes, y yo les proporcioné muchas víctimas para los sacrificios y para su propia comida. Al séptimo, subimos a los barcos y, partiendo de la espaciosa Creta, navegamos al soplo de un fuerte y próspero Bóreas,<sup>6</sup> con igual facilidad que si nos llevara la corriente. Ninguna de las naves recibió daño y todos

estábamos en ella sanos y salvos, pues el viento y los pilotos las conducían. En cinco días llegamos al río Egipto,<sup>7</sup> de hermosa corriente, en el cual detuve las corvas galeras. Entonces, después de mandar a los fieles compañeros que se quedasen a custodiar las embarcaciones, envié espías a los lugares oportunos para explorar la comarca. Pero los míos, cediendo a la insolencia, por seguir su propio impulso, empezaron a devastar los hermosos campos de los egipcios, y se llevaban las mujeres y los niños, y daban muerte a los varones. No tardó el clamoreo en llegar a la ciudad. Sus habitantes, habiendo oído los gritos, vinieron al amanecer: el campo se llenó de infantería, de jinetes y de reluciente bronce; Zeus, que se huelga con el rayo, envió a mis compañeros la pernicioso fuga, y ya, desde aquel momento, nadie se atrevió a resistir, pues los males nos cercaban por todas partes. Allí nos mataron con el agudo bronce muchos hombres, y a otros se los llevaron para obligarles a trabajar en pro de los ciudadanos. A mí, el mismo Zeus púsome en el alma esta resolución —ojalá me hubiese muerto entonces y se hubiera cumplido mi hado allí en Egipto, pues la desgracia tenía que perseguirme aún—: al instante me quitó de la cabeza el bien labrado yelmo y de los hombros el escudo, arrojó la lanza lejos de las manos y me fui hacia los corceles del rey, a quien abracé por las rodillas, besándoselas. El rey me protegió y salvó, pues haciéndome subir al carro en que iba montado, me condujo a su casa, mientras mis ojos despedían lágrimas. Acometiéronme muchísimos con sus lanzas de fresno e intentaron matarme, porque estaban muy irritados; pero aquel los apartó, temiendo la cólera de Zeus hospitalario, el cual se indigna en gran manera por las malas acciones. Allí me detuve siete años y junté muchas riquezas entre los egipcios, pues todos me daban alguna cosa. Mas cuando llegó el octavo, presentóse un fenicio muy trapacero

y falaz,<sup>8</sup> que ya había causado a otros hombres multitud de males y, persuadiéndome con su ingenio, llevóme a Fenicia, donde se hallaban su casa y sus bienes. Estuve con él un año entero, y tan pronto como, transcurriendo el año, los meses y los días del mismo se acabaron y las estaciones volvieron a sucederse, urdió otros engaños y me llevó a la Libia en su nave, surcadora del ponto, con el aparente fin de que lo ayudase a conducir sus mercancías, pero en realidad para venderme allí por un precio cuantioso. Tuve que seguirlo, aunque ya sospechaba algo, y me embarqué en su bajel. Corría este por el mar al soplo de un próspero y fuerte Bóreas, a la altura de Creta, y en tanto, meditaba Zeus cómo a la perdición nos llevaría.

”Cuando hubimos dejado a Creta y ya no se divisaba tierra alguna, sino tan solamente el cielo y el mar, Zeus colocó por cima de la cóncava embarcación una parda nube, debajo de la cual se obscureció el ponto, despidió un trueno y simultáneamente arrojó un rayo en nuestra nave: esta se estremeció al ser herida por el rayo de Zeus, llenándose del olor del azufre, y mis hombres cayeron en el agua. Llevábalos el oleaje alrededor del negro bajel y un dios los privó de la vuelta a la patria. Pero a mí, aunque afligido en el ánimo, el propio Zeus echóme en las manos el mástil larguísimo de la nave de azulada proa, para que, aun entonces, escapase de la desgracia. Abrazado con él fui juguete de los perniciosos vientos, durante nueve días, y al décimo, en una noche oscura, ingente ola me arrojó a la tierra de los tesprotos.<sup>9</sup> Allí el héroe Eidón, rey de los tesprotos, acogióme graciosamente, pues habiéndose presentado su hijo donde yo me encontraba, me llevó a la mansión del padre, cuando ya me rendían el frío y el cansancio, y me entregó un manto y una túnica, para que me vistiera.

”Allí me hablaron de Odiseo: participóme el rey que le estaba dando amistoso acogimiento y que ya el héroe iba a volver a su patria tierra; y me mostró todas las riquezas que Odiseo había juntado en bronce, oro y labrado hierro, con las cuales pudieran mantenerse un hombre y sus descendientes hasta la décima generación: ¡tantos objetos preciosos tenía en el palacio de aquel monarca! Añadió que Odiseo se hallaba en Dodona,<sup>10</sup> para saber por la alta encina la voluntad de Zeus sobre si convendría que volviese manifiesta o encubiertamente al rico país de Ítaca, del cual habíase ausentado hacía mucho tiempo. Y juró en mi presencia, ofreciendo libaciones en su casa, que ya habían botado al mar la nave y estaban a punto los compañeros para conducirlo a su patria tierra. Pero antes despedióme a mí, porque se ofreció casualmente una nave de marineros tesprotos que iba a Duliquio, la abundosa en trigo. Mandóles que me llevasen con toda solicitud al rey Acasto, mas a ellos les plugo tomar una perversa resolución, para que aún me cayeran encima toda suerte de desgracias e infortunios. Así que la nave surcadora del ponto estuvo muy distante de la tierra, decidieron que hubiese llegado para mí el día de la esclavitud y, desnudándome del manto y de la túnica que llevaba puestos, vistiéronme estos miserables harapos y esta túnica, llenos de agujeros, que ahora contemplo con tus ojos. Por la tarde, vinimos por los campos de Ítaca, que se ve de lejos; en llegando, atáronme fuertemente a la nave de muchos bancos con una soga retorcida, y acto continuo, saltaron a la tierra y tomaron la cena a orillas del mar. Pero los propios dioses desligáronme fácilmente las ataduras, y entonces, liándome yo los harapos a la cabeza, me deslicé por el pulido timón, di a la mar el pecho, nadé con ambas ma-

nos, y muy pronto me hallé alejado de aquellos, y fuera de su alcance. Salí del mar, adonde hay un bosque de florecientes encinas y me quedé echado en tierra; ellos no cesaban de agitarse y de proferir hondos suspiros, pero al fin, no les pareció ventajoso continuar la busca y tornaron a la cóncava nave; y los dioses me encubrieron con facilidad y me trajeron a la majada de un varón prudente, porque quiere el hado que mi vida sea más larga.”

Y tú le respondiste así, porquerizo Eumeo: “¡Ah, huésped sin ventura! Me has conmovido hondamente el ánimo al relatarme tan en particular cuánto padeciste y cuánto erraste de una parte a otra. Pero no me parece que hayas hablado como debieras, en lo referente a Odiseo, ni me convenceréis con tus palabras. ¿Qué es lo que te obliga, siendo cual eres, a mentir inútilmente? Sé muy bien a qué atenerme con respecto a la vuelta de mi señor, el cual debió de serles muy odioso a todas las deidades, cuando estas no quisieron que acabara sus días entre los teucros, ni en brazos de sus amigos, después que terminó la guerra, pues entonces todos los aqueos le habrían erigido un túmulo y hubiese legado a su hijo una gloria inmensa. Ahora desapareció sin fama, arrebatado por las Harpías. Mas yo vivo apartado, cabe los puercos, y solo voy a la ciudad cuando la prudente Penélope me llama, porque le traen de alguna parte cualquier noticia: sentados los de allá junto al recién venido, hácenle toda suerte de preguntas, así los que se entristecen por la prolongada ausencia del rey como los que de ella se regocijan, porque devoran impunemente sus bienes; pero a mí no me place escudriñar ni preguntar cosa alguna, desde que me engañó con sus palabras un hombre etolo, el cual, habiendo vagado por muchas regiones, a causa de un homicidio, llegó a mi morada y le traté afectuosamente. Aseguró que había visto a Odiseo en Creta, junto a Idomeneo,

donde reparaba el daño que en sus embarcaciones causarán las tempestades; y dijo que llegaría hacia el verano o el otoño con muchas riquezas, y juntamente con los compañeros, iguales a los dioses. Y tú, oh viejo, que tantos males padeciste, ya que un dios te ha traído a mi casa, no quieras congraciarte ni halagarme con embustes, que no te respetaré ni te querré por esto, sino por el temor de Zeus hospitalario y por la compasión que me inspiras.”

Respondióle el ingenioso Odiseo: “Muy incrédulo es, en verdad, el ánimo que en tu pecho se encierra, cuando ni con el juramento he podido lograr que de mí te fiasés y creyeras cuanto te dije. Mas, ea, hagamos un convenio y por cima de nosotros sean testigos los dioses, que en el Olimpo tienen su morada. Si tu señor volviere a esta casa, me darás un manto y una túnica para vestirme y me enviarás a Duliquio, que es el lugar adonde a mi ánimo le place ir; y si no volviere, como te he dicho, incita contra mí a tus criados, y arrójenme de elevada peña, a fin de que los demás pordioseros se abstengan de engañarte.”

Respondióle el divinal porquerizo: “¡Oh, huésped! Buena fama y opinión de virtud ganara entre los hombres ahora y en lo sucesivo si, después de traerte a mi cabaña y presentarte los dones de la hospitalidad, te fuera a matar, privándote de la existencia. ¡Con qué disposición rogaría al Cronida Zeus! Pero ya es hora de cenar: ojalá viniesen pronto los compañeros para que aparejáramos dentro de la cabaña una agradable cena.”

Así estos conversaban. Entretanto, acercáronse los puercos con sus pastores, quienes encerraron las marranas en las pocilgas, para que durmiesen, y un gruñido inmenso se dejó oír, mientras los puercos se acomodaban en los establos. Entonces el divinal porquerizo dio esta orden a sus compañeros:

“Traed el mejor de los puercos, para que lo sacrifique en honra de este forastero, venido de lejas tierras y nos sirva de

provecho a nosotros, que ha mucho tiempo que nos fatigamos por los cerdos de albos colmillos, y otros se comen impunemente el fruto de nuestros afanes.”

Diciendo así, corté leña con el despiadado bronce, mientras los pastores introducían un gordísimo puerco de cinco años, que dejaron junto al hogar; y el porquerizo no se olvidó de los Inmortales, pues tenía buenos sentimientos: ofrecióles las primicias, arrojando en el fuego algunas cerdas de la cabeza del puerco de blancos dientes, y pidió a todos los dioses que el prudente Odiseo tornara a su casa. Después, alzó el brazo y, con un tronco de encina que dejara al cortar la leña, hirió al puerco, que cayó exánime. Ellos lo degollaron, lo chamuscaron, y seguidamente lo partieron en pedazos. El porquerizo empezó por tomar una parte de cada miembro del animal, envolvió en pingüe grasa los trozos crudos y, polvoreándolos de blanca harina, los echó en el fuego. Dividieron lo restante en pedazos más chicos, que espetaron en los asadores, los asaron cuidadosamente y, retirándolos del fuego, los colocaron todos juntos encima de la mesa. Levantóse a hacer partes el porquerizo, cuya mente tanto apreciaba la justicia, y, dividiendo los trozos, formó siete porciones; ofreció una a las Ninfas y a Hermes, hijo de Maya, a quienes dirigió votos, y distribuyó las demás en los comensales, honrando a Odiseo con el ancho lomo del puerco de albos colmillos, obsequio que alegró el espíritu a su señor. En seguida, el ingenioso Odiseo le habló, diciendo:

“¡Ojalá seas, oh Eumeo, tan caro al padre Zeus como a mí mismo, pues aun estando como estoy, me honras con excelentes dones!”

Y tú le respondiste así, porquerizo Eumeo: “Come, oh el más infortunado de los huéspedes y disfruta de lo que tienes



delante, pues la divinidad te dará esto y te rehusará aquello, según le plegue a su ánimo, puesto que es todopoderosa.”

Dijo, sacrificó las primicias a los sempiternos númenes y, libando el negro vino, puso la copa en manos de Odiseo, asolador de ciudades, que junto a su porción estaba sentado. Repartióles el pan Mesaulio, a quien el porquerizo había adquirido por sí solo, en la ausencia de su amo y sin la ayuda de su señora ni del anciano Laertes, comprándolo a unos tafios con sus propios bienes. Todos echaron mano a las viandas que tenían delante. Y así que hubieron satisfecho el deseo de comer y de beber, Mesaulio quitó el pan, y ellos, hartos de pan y de carne, fuéronse sin dilación a la cama.

Sobrevino una noche mala y sin luna, en la cual Zeus llovió sin cesar y el lluvioso Céfito sopló constantemente y con gran furia. Y Odiseo habló del siguiente modo, tentando al porquerizo, a fin de ver si se quitaría el manto para dárselo o exhortaría a alguno de los compañeros a que así lo hiciese, ya que tan gran cuidado por él se tomaba:

“¡Oídmе ahora, Eumeo y demás compañeros! Voy a proferir algunas palabras para gloriarme, que a ello me impulsa el perturbador vino, pues hasta al más sensato le hace cantar y reír blandamente, le incita a bailar y le mueve a revelar cosas que más conviniera tener calladas. Pero ya que empecé a hablar, no callaré lo que me resta decir: ¡Ojalá fuese tan joven y mis fuerzas tan robustas como cuando guiábamos al pie del muro de Troya la emboscada previamente dispuesta! Eran sus capitanes Odiseo y Menelao Atrida, y yo iba como tercer jefe, pues ellos mismos me lo ordenaron. Tan pronto como llegamos cerca de la ciudad y de su alto muro, nos tendimos en unos espesos matorrales, entre las casas de un pantano, acurrucándonos debajo de las armas. Sobrevino una noche

mala, glacial, porque soplaban el Bóreas, caía de lo alto una nieve menuda y fría, como escarcha, y condensábase el hielo en torno de los escudos. Los demás, que tenían mantos y túnicas, estaban durmiendo tranquilamente, con las espaldas cubiertas por los escudos, pero yo, al partir, cometí la necesidad de entregar el manto a mis compañeros, porque no pensaba que hubiera de padecer tanto frío, y me puse en marcha con solo el escudo y una espléndida cota. Mas tan luego como la noche hubo llegado a su último tercio y ya los astros declinaban, toqué con el codo a Odiseo, que estaba cerca, y me atendió muy pronto, y díjele de esta guisa:

“¡Laertiada, de linaje divino! ¡Odiseo, fecundo en recursos! Ya no me contarán en el número de los vivientes, porque el frío me rinde. No tengo manto. Engañóme algún dios cuando partí con la sola túnica y ahora no hallo medio alguno para escapar con vida.”

Así me expresé. Pronto se le ofreció a su ánimo un recurso, siendo como era tan señalado en aconsejar como en combatir, y hablándome quedo, pronunció estas palabras: “¡Calla! No sea que te oiga alguno de los aqueos.” Dijo y, estribando sobre el codo, levantó la cabeza y comenzó a hablar de esta manera:

“¡Oídmme, amigos! Un sueño divinal se me presentó mientras dormía. Como estamos tan lejos de las naves, vaya alguno a decir al agrida Agamenón, pastor de hombres, si nos enviará más guerreros de junto a los barcos.”

Tal dijo, y levantándose con presteza Toas, hijo de Andremon, arrojó el purpúreo manto y se fue corriendo hacia las naves. Me envolví en su vestido y me acosté alegremente, y en seguida apareció Eos, de áureo trono:

“Ojalá fuese tan joven y mis fuerzas se hallaran tan robustas como entonces, pues alguno de los porquerizos de esta cuadra me daría su manto por amistad y por respeto a un va-

liente; mas ahora me desprecian, porque cubren mi cuerpo miserables vestidos.”

Y tú le respondiste así, porquerizo Eumeo: “¡Oh, viejo! El relato que acabas de hacer es irreprochable, y nada has dicho que sea inútil o inconveniente: por esto no carecerás ni de vestido ni de cosa alguna que deba obtener el infeliz suplicante que nos sale al encuentro; mas, apenas amanezca, tornarás a sacudir tus harapos, pues aquí no tenemos mantos y túnicas para mudarnos, sino que cada cual lleva puestos los suyos. Y cuando venga el caro hijo de Odiseo, te dará un manto y una túnica para vestirte y te conducirá adonde tu corazón y ánimo deseen.”

Dichas estas palabras, se levantó, puso cerca del fuego una cama para el huésped y la llenó de pieles de ovejas y de cabras. Odiseo se tendió en ella, y Eumeo echóle un manto muy tupido y amplio que guardaba para mudarse siempre que alguna recia tempestad lo sorprendía.

De tal modo se acostó Odiseo y a su vera los jóvenes pastores; mas al porquerizo no le plugo tener allá su cama y dormir apartado de los puercos, sino que se armó y se dispuso a salir, y holgóse Odiseo al ver con qué solicitud le cuidaba los bienes durante su ausencia. Eumeo comenzó por colgar de sus robustos hombros la aguda espada; vistióse después un manto muy grueso, reparo contra el viento; tomó en seguida la piel de una cabra grande y bien nutrida y, finalmente, asió un agudo dardo, para defenderse de los canes y de los hombros. Y se fue a acostar en la concavidad de una elevada peña, donde los puercos de albos colmillos dormían al abrigo del Bóreas.



## Notas

- <sup>1</sup> Esta aventura de Odiseo acaeció al mismo Homero, según sus biografías. Cuando unos pescadores le dejaron en la isla de Quío, a donde le habían llevado en una balsa, dirigióse el poeta hacia un sitio donde oía balidos de cabras, y dos perros enormes se arrojaron sobre él, y le hubieran devorado sin la intervención del pastor Giauco. El poeta, agradecido por el hospedaje que el cabrero le dio en su cabaña, le entretuvo agradablemente contándole aventuras de sus largos viajes.
- <sup>2</sup> Sorprenderá quizá a alguno el ver aplicados con profusión los epítetos *divino* y *sagrado* a cosas y personas; pero téngase en cuenta que en el texto homérico es equivalente las más veces a *excelente*, *laudable*, *bueno*, de igual modo que solemos usar el primero en castellano para designar hiperbólicamente la bondad de una cosa, en frases como las siguientes: *tiene unas manos divinas*; *canta divinamente*, etc. Recuérdesse que el hebreo tiene, entre sus varios procedimientos para formar el superlativo, la posposición al nombre de otro de calidad, como se lee en la descripción del Caos, al principio del Génesis, donde se dice, traducido a la letra: *Un viento de Dios* (la vulgata interpreta *Spiritus Dei*) para demostrar un viento fortísimo o huracanado.
- <sup>3</sup> Por eso de la turba de pretendientes de Penélope, dijo Horacio con su habitual donaire: *Nec tantum Veneris, quantum studiosa culinæ*.
- <sup>4</sup> Afirma Mme. Dacier que era imposible que Eumeo entendiese este verso, muy lejos de imaginar que Odiseo hablaba de un solo día. Sobre este pasaje dice Plutarco (*Vida de Solón*, 25): “Conociendo el legislador ateniense la irregularidad del mes y el movimiento de la luna, que no coincide ni con el sol poniente ni con el levante, sino que en un mismo día se adelanta y se junta con el sol, determinó que este mismo día se llamara viejo y nuevo, juzgando que la parte de él que precedía a la conjunción correspondía al mes saliente, y la otra al que empezaba; siendo al parecer el primero que entendió a Homero, cuando dice: *Al fin del mes, o al empezar el otro*.” Esta disposición de Solón da motivo a un gracioso diálogo entre Fidípides y Estrepsiades en *Las Nubes* de Aristófanes. Lo que no aseguraré es que Homero estuviese tan fuerte en astronomía como suponen su docta comentadora y el biógrafo de Queronea. Odiseo pudo denotar muy bien dos

días para no inspirar sospechas si fijaba más terminantemente la fecha de su regreso.

- <sup>5</sup> No era vergonzoso en aquellos tiempos deber la existencia a una mujer no legítima. Así se ve en caso de Megapentes, hijo de Menelao, en el libro IV del poema. Grocio, comentando un pasaje del libro de los Jueces (8, 30, 31) dice al efecto: *Non erat vetitus eo tempore concubinatus, neque concubina a matrona nisi dignitate distabat.*
- <sup>6</sup> El verdadero viento, para ir sin tropiezo de Creta a Egipto, es el Noroeste, lo cual prueba que, bajo el nombre de Bóreas (Norte), comprendía Homero otros vientos secundarios, todavía innominados en su tiempo. Cuando se describe poco más adelante la vuelta de Fenicia a Creta, también se llama Bóreas al Nordeste.
- <sup>7</sup> Estrabón se halla conforme con Homero, pues dice que del promontorio oriental de Creta a Egipto hay cuatro días y cuatro noches de camino. Homero decía de parte del quinto, porque quizá la nave salió de algún puerto más lejano.
- <sup>8</sup> Antigua es la mala fama de los fenicios; Grocio cree que el profeta Osés se refiere a ellos cuando dice (cap. XII, 7): *Chanaan, in manu ejus stera dolosa, calumniam dilexit.* Cartago heredó la reputación de su metrópoli, y dio muchos motivos para justificar la irónica frase *fides punica.*
- <sup>9</sup> Tesprocia, región del Epiro, frente a la isla de Corcira o Esqueria.
- <sup>10</sup> Perteneció primero a la Tesprocia, y después, a consecuencia de un cambio de límites, quedó en el territorio de los molosos, también epirotas. Junto a ella estaba el monte *Tmarus* o *Tomarur*, donde había un templo en cuyo recinto existía el bosque de las encinas que por sí mismas daban los oráculos a los sacerdotes encargados de comunicarlos a los consultantes.



## Rapsodia decimaquinta

**M**IENTRAS TANTO, ENCAMINÓSE PALAS ATENEA A LA VASTA Lacedemonia, para traerle a las mientes la idea del regreso al hijo ilustre del magnánimo Odiseo, e incitarlo a que volviera a su morada. Halló a Telémaco y al preclaro hijo de Néstor acostados en el vestíbulo de la casa del glorioso Menelao: el nestórida estaba vencido del blando sueño; mas no se habían señoreado de Telémaco las dulzuras del mismo, porque durante la noche inmortal desvelábale el cuidado por la suerte que a su padre le hubieses cabido. Y parándose a su lado, dijo Palas Atenea, la de los ojos claros: “¡Telémaco! No es bueno que demores fuera de tu casa, habiendo dejado en ella las riquezas y unos hombres tan soberbios: no sea que se repartan tus bienes y se los coman, y luego el viaje te resulte inútil. Solicita con instancia, y lo antes posible, de Menelao, valiente en la pelea, que te deje partir, a fin de que halles aún en tu palacio a tu eximia madre, pues ya su padre y sus hermanos<sup>1</sup> le exhortan a que contraiga matrimonio con Eurímaco, el cual sobrepuja en las dádivas a todos los pretendientes, y va aumentando la ofrecida dote: no sea que, a pesar tuyo, se lleven de tu morada algún valioso objeto. Bien sabes qué ánimo tiene en su pecho la mujer: desea hacer prosperar la casa de quien la ha tomado por esposa, y ni de los hijos primeros ni del marido difunto con quien se casó virgen se acuerda más ni por ellos pregunta. Mas tú, volviendo allá, encarga lo tuyo

a aquella de tus criadas que tengas por mejor, hasta que las deidades te den ilustre consorte. Otra cosa te diré que pondrás en tu corazón. Los más conspicuos de los pretendientes se emboscaron para acechar tu llegada en el estrecho que media entre Ítaca y la escabrosa Samos, pues quiere matarte cuando vuelvas al patrio suelo, pero me parece que no sucederá así, y que antes tendrá la tierra en su seno a alguno de los pretendientes que devoran lo tuyo. Por eso, haz que pase el bien construido bajel a alguna distancia de las islas y navega de noche; y aquel de los mortales que te guarda y protege enviará detrás de tu barco próspero viento. Así que arribes a la costa de Ítaca, manda a la nao y a todos los compañeros a la ciudad; y llégate ante todo al porquerizo, que guarda tus puercos y te quiere bien. Pernocta allí y envíalo a la ciudad para que lleve a la discreta Penélope la noticia de que estás salvo y has llegado de Pilos.”

Cuando así hubo hablado, fuéase Palas Atenea al vasto Olimpo. Telémaco despertó al nestórida de su dulce sueño, moviéndolo con el pie, y le dijo estas palabras:

“¡Despierta, Pisístrato Nestórida! Lleva al carro los solípedos corceles y úncelos, para que nos pongamos en camino.”

Mas Pisístrato Nestórida le repuso: “¡Telémaco!, aunque tengamos prisa por emprender el viaje, no es posible guiar los corceles durante la tenebrosa noche, y ya pronto despuntará Eos. Pero aguarda que el héroe Menelao Atrida, famoso por su lanza, traiga los presentes, los deje en el carro y nos despida con suaves palabras. Que para siempre dura en el huésped la memoria del varón hospitalario que lo ha recibido amistosamente.”

Así le habló, y al momento vino Eos, de áureo trono. Entonces se les acercó Menelao, valiente en los combates, que se había levantado de la cama de junto a Helena, la de her-



mosa cabellera. Apenas lo hubo visto el caro hijo de Odiseo, cuando se apresuró el héroe a cubrir su cuerpo con espléndida túnica, se echó el gran manto a las robustas espaldas y salió a encontrarlo. Y, deteniéndose a su vera, habló así el hijo amado del divino Odiseo:

“¡Menelao atrida, alumno de Zeus, príncipe de hombres! Deja que parta ahora mismo a mi querida patria, que ya sienten deseos de volver a mi morada.”

Respondióle Menelao, valiente en la pelea: “¡Telémaco! No te detendré mucho tiempo, ya que deseas irte, pues me es odioso así el que, recibiendo a un huésped, lo quiere sin medida, como el que le aborrece en extremo; más vale usar de moderación en todas las cosas. Tan mal procede con el huésped quien le incita a que se vaya cuando no quiere irse, como el que lo detiene si le urge partir. Se le debe tratar amistosamente mientras esté con nosotros y despedirlo cuando quiera ponerse en camino. Pero aguarda a que traiga y coloque en el carro hermosos presentes que tú veas con tus propios ojos, y mande a las mujeres que aparejen en el palacio la comida con las abundantes provisiones que tenemos en el mismo, porque hay a la vez honra, gloria y provecho en que coman los huéspedes antes que se vayan por la tierra inmensa. Dime también si acaso prefieres volver por la Hélade y por el centro de Argos, a fin de que yo mismo te acompañe, pues unciré los corceles, te llevaré por las ciudades populosas y nadie nos dejará partir sin darnos alguna cosa que nos llevemos, ya sea un hermoso trípode de bronce, ya un caldero, ya un par de mulos, ya una copa de oro.”

Respondióle el prudente Telémaco: “¡Menelao atrida, alumno de Zeus, príncipe de hombres! Quiero restituirme pronto a mis hogares, pues a nadie dejé encomendada la custodia de

los bienes: no sea que en tanto busco a mi padre igual a los dioses, muera yo o pierda algún excelente o valioso objeto que se lleven del palacio.”

Al oír esto, Menelao, valiente en la pelea, mandó en seguida a su esposa y a las esclavas que preparasen la comida en el palacio con las abundantes provisiones que en él se guardaban. Llegó entonces Eteoneo Boétida, que se acababa de levantar, pues no vivía muy lejos, y, habiéndole ordenado Menelao, valiente en la batalla, que encendiera fuego y asara las carnes, obedeció al momento. Menelao bajó entonces a una estancia perfumada,<sup>2</sup> sin que fuera solo, pues le acompañaron Helena y Megapentes. En llegando adonde estaban los objetos preciosos, el atrida tomó una copa doble<sup>3</sup> y mandó a su hijo Megapentes que le llevase una crátera de plata; y Helena se detuvo cabe las arcas en que se hallaban los peplos de muchas bordaduras, que ella en persona había labrado. La propia Helena, la divina entre las mujeres, escogió y se llevó el peplo mayor y más hermoso por sus bordados, que resplandecía como una estrella y estaba debajo de los otros.<sup>4</sup> Y anduvieron otra vez por el palacio hasta juntarse con Telémaco, a quien el rubio Menelao habló de esta manera:

“¡Telémaco! Zeus, el tonante esposo de Hera, te permita hacer el viaje como tu corazón desee. De cuantas cosas se guardan en mi palacio, te voy a dar la más bella y preciosa. Te haré el presente de una crátera labrada, toda de plata con los bordes de oro, que es obra de Hefestos y diómela el héroe Fédimo, rey de los sidonios, cuando me acogió en su casa al volver yo a la mía. Tal es lo que deseo regalarte.”

Diciendo así, el héroe atrida le puso en la mano la copa doble; el fuerte Megapentes le trajo la espléndida crátera que dejó delante del mismo; y Helena, la de hermosas mejillas, presentóselo con el peplo en las manos y hablóle de esta suerte:

“También yo, hijo querido, te haré este regalo, que será un recuerdo de las manos de Helena,<sup>5</sup> para que lo lleve tu esposa en la ansiada hora del casamiento, y hasta entonces guárdelo tu madre en el palacio. Y ojalá vuelvas alegre a tu casa bien construida, y a tu patria tierra.”

Diciendo así, se lo puso en las manos y él lo recibió con alegría. El héroe Pisítrato tomó los presentes y fue colocándolos en la cesta del carro, después de contemplarlos todos con admiración. Luego el rubio Menelao se los llevó a entrambos al palacio, donde se sentaron en sillas y sillones. Una esclava dióles aguamanos, que traía en magnífico jarro de oro y vertió en fuente de plata, y puso delante de ellos una pulimentada mesa. La veneranda dispensera trájoles pan y dejó en la mesa buen número de manjares, obsequiándolos con los que tenía reservados. Junto a ellos, el boétida cortaba la carne y repartía las porciones, y el hijo del glorioso Menelao escanciaba el vino. Todos echaron mano a las viandas que tenían delante. Y apenas hubieron satisfecho el deseo de comer y de beber, Telémaco y el preclaro hijo de Néstor engancharon los corceles, subieron al labrado carro y lo guiaron por el vestíbulo y el pórtico sonoro. Tras ellos se fue el rubio Menelao atrida, llevando en su diestra una copa de oro, llena de dulce vino, para que hicieran la libación antes de partir y, deteniéndose ante el carro, se las presentó y les dijo:

“¡Salud, oh jóvenes, y llevad también mi saludo a Néstor, pastor de hombres, que me fue benévolo como un padre mientras los aqueos peleamos en Troya.”

Respondióle el prudente Telémaco: “En llegando allá, oh alumno de Zeus, le diremos a Néstor cuanto nos encargas. ¡Así me fuera posible, al tornar a Ítaca, contarle a Odiseo en su morada que vuelvo de tu palacio habiendo recibido toda

clase de pruebas de amistad y trayendo conmigo muchos y excelentes objetos preciosos!”

Así que acabó de hablar, pasó por cima de ellos, hacia la derecha, un águila que llevaba en las uñas un ánsar doméstico, blanco, enorme, arrebatado de algún corral; seguíanla, gritando, hombres y mujeres y, al llegar junto al carro, torció el vuelo a la derecha, enfrente mismo de los corceles. Al verla se holgaron; a todos se les regocijó el ánimo en el pecho, y Pisístrato Nestórida dijo de esta suerte:

“Considera, oh Menelao, alumno de Zeus, príncipe de hombres, si el dios que nos mostró este presagio lo hizo aparecer para nosotros o para ti mismo.”

Así habló. Menelao, caro a Ares, se puso a meditar cómo le respondería convenientemente; mas Helena, la de largo pelo, adelantósele pronunciando estas palabras:

“Oídme, pues os voy a decir lo que sucederá según los dioses me lo inspiran en el ánimo y yo me figuro que ha de llevarse a cumplimiento. Así como esta águila, viniendo del monte donde nació y tiene su cría, ha arrebatado el ánsar creado dentro de una casa, así Odiseo, después de padecer mucho y de ir errante largo tiempo, volverá a la suya y conseguirá vengarse, si ya no está en ella maquinando males contra los pretendientes.”

Respondióle el prudente Telémaco: “¡Así lo haga Zeus, el tonante esposo de Hera, y allá te invocaré todos los días, como a una diosa!”

Dijo, e hirió con el azote a los corceles. Estos, que eran muy fogosos, arrancaron al punto hacia el campo, a través de la ciudad, y en todo el día no cesaron de agitar el yugo.

Poníase el sol, y las tinieblas empezaban a ocupar los caminos cuando llegaron a Feras, a la morada de Diocles, hijo de Or-

síloco, a quien engendrara Alfeo. Allí durmieron aquella noche, aceptando la hospitalidad que Diocles se apresuró a ofrecerles.

Mas así que se descubrió la hija de la mañana, Eos, de rosáceos dedos, engancharon los corceles, subieron al labrado carro y guiáronlo por el vestíbulo y el pórtico sonoro. Pisistrato azotó a los corceles para que arrancaran, y estos volaron gozosos. Prestamente llegaron a la excelsa ciudad de Pilos, y entonces Telémaco habló de esta suerte al hijo de Néstor:

“¡Nestórida! ¿Cómo llevarías a cumplimiento, conforme prometiste, lo que te voy a decir? Nos gloriamos de ser para siempre recíprocamente huéspedes el uno del otro, por la amistad de nuestros padres; tenemos la misma edad, y este viaje habrá acrecentado aún más la concordia entre nosotros. Pues no me llesves, oh alumno de Zeus, más adelante de donde está mi bajel; déjame aquí, en este sitio: no sea que el anciano me detenga en su casa, contra mi voluntad, por el deseo de tratarme amistosamente, y a mí me urge llegar allá lo antes posible.”

Tal dijo. El nestórida pensó en su alma cómo llevaría a cabo, de una manera conveniente, lo que había prometido. Considerándolo bien, le pareció que lo mejor sería lo siguiente: dio la vuelta a los caballos hacia donde estaba la veloz nave en la orilla del mar; tomó del carro los hermosos presentes —los vestidos y el oro— que había entregado Menelao, y los dejó en la popa del barco y, exhortando a Telémaco, le dijo estas aladas palabras:

“Corre a embarcarte y manda que lo hagan, así mismo, tus compañeros, antes que llegue a mi casa y se lo refiera al anciano. Bien sabe mi entendimiento y presente mi corazón que, dada su vehemencia de ánimo, no dejará que te vayas, antes vendrá él en persona a llamarte, y yo te aseguro que no se volverá de vacío, pues entonces fuera grande su cólera.”

Diciendo de esta manera, volvió los caballos de hermosas crines hacia la ciudad de los pilios, y muy pronto llegó a su casa. Mientras tanto, Telémaco daba órdenes a sus compañeros y les exhortaba diciendo: “Poned en su sitio los aparejos de la negra nave, compañeros, y embarquémonos para emprender el viaje.”

Así les dijo, y ellos le escucharon y obedecieron, pues entrando inmediatamente en la nave tomaron asiento en los bancos.

Ocupábase Telémaco en tales cosas, hacía votos y sacrificaba en honor de Palas Atenea junto a la popa de la nave, cuando se le presentó un extranjero que venía huyendo de Argos, donde matara a un hombre, y era divino, del linaje de Melampo. Este último vivió anteriormente en Pilos, creadora de ovejas, y allí fue opulento entre sus habitantes, y habitó una magnífica morada, pero trasladóse después a otro país, huyendo de su patria y del magnánimo Neleo, el más esclarecido de los vivientes, quien le retuvo por fuerza muchos y ricos bienes un año entero. Durante el mismo, permaneció Melampo atado con duras cadenas en el palacio de Fílace, pasando muchos tormentos por la grave falta que, para alcanzar la hija de Neleo, le había inducido a cometer una diosa: la horrenda Erinis. Al fin se libró de la Ker, llevóse las mugidoras vacas de Fílace a Pilos, castigó por aquella mala acción al deiforme Neleo y, después de conducir a su casa la mujer para el hermano, fuése a otro pueblo, a Argos, tierra creadora de corceles, donde el hado había dispuesto que habitara reinando sobre muchos argivos. Allí tomó mujer, labró una excelsa mansión y le nacieron dos hijos esforzados: Antífates y Mautio. Antífates engendró al magnánimo Oicleo y este a Anfiarao, el que enardecía a los guerreros; al cual así Zeus, que lleva la égida, como Apelo, quisieron entrañablemente con toda suerte de amistad, pero no llegó a los umbrales de

la vejez por haber muerto en Tebas a causa de los regalos que su mujer recibiera. Fueron sus hijos Alemeón y Anfíloco. Por su parte, Mantio engendró a Polifides y a Clito; a este, Eos, la de áureo trono, lo arrebató por su hermosura, a fin de tenerlo con los Inmortales; y al magnánimo Polifides hízole Apolo el más excelente de los adivinos entre los hombres, después que murió Anfiarao. Mas como Polifides se irritara contra su padre, emigró a Hiperesia<sup>6</sup> y, viviendo allí, daba oráculos a todos los mortales.

Era un hijo de este, llamado Teoclímeneo, el que entonces se presentó a Telémaco. Hallóle cuando oraba y ofrecía libaciones junto al negro bajel y, hablándole, profirió estas aladas palabras:

“¡Amigo! Puesto que te encuentro sacrificando en este lugar, ruégote por estos sacrificios, por el dios y también por tu cabeza y la de tus compañeros que te siguen, que me digas la verdad de cuanto te pregunto, sin ocultarme nada: ¿Quién eres y de qué país procedes? ¿Dónde se hallan tu ciudad y tus padres?”

Respondióle el prudente Telémaco: “De todo, oh forastero, voy a informarte con sinceridad. Por mi familia soy de Ítaca y tuve por padre a Odiseo, si todo no ha sido un sueño; pero ya aquel debe de haber acabado de deplorable manera. Por esto vine con los compañeros y el negro bajel, por si lograba adquirir noticias de mi padre, cuya ausencia se va haciendo tan larga.”

Díjole entonces Teoclímeneo, semejante a un dios: “También yo desamparé la patria por haber muerto a un varón de mi tribu, cuyos hermanos y compañeros son muchos en Argos, tierra creadora de corceles, y gozan de gran poder entre los aqueos; y ahora huyo de ellos, evitando la muerte<sup>7</sup> y la negra Ker, porque mi hado es ir errante entre los hombres. Pero acógeme en tu bajel, ya que huyendo he venido a suplicarte: no sea que me maten, pues sospecho que soy perseguido.”

Respondióle el prudente Telémaco: “No te rechazaré del bien proporcionado bajel, ya que deseas embarcarte. Sígueme, y allá te trataremos amistosamente, según los medios de que dispongamos.”

Dicho esto, tomóle la bronceína lanza que dejó tendida en el tablado del corvo bajel. Subió a la nave, surcadora del ponto, sentóse en la popa y colocó cerca de sí a Teoclímeno. Al punto soltaron las amarras. Telémaco, exhortando a sus compañeros, les mandó que aparejasen la jarcia, y obedecieronle todos diligentemente. Izaron el mástil de abeto, lo metieron en el travesaño, lo ataron con sogas, y acto continuo extendieron la blanca vela con correas bien torcidas. Palas Atenea, la de los brillantes ojos, envióles próspero viento que soplaba impetuoso por el aire, a fin de que el navío corriera y atravesara lo más pronto posible la salobre agua del mar. Así pasaron por delante de Crunos<sup>8</sup> y del Calcis,<sup>9</sup> de hermoso caudal.

Púsose Helios, y todos los caminos se poblaron de sombra. La nave, impulsada por el favorable viento de Zeus, se acercó a Feras<sup>10</sup> y pasó a lo largo de la divina Elide, donde ejercen su dominio los epeos. Y desde allá Telémaco puso la proa hacia las islas Agudas,<sup>11</sup> caviloso de si se libraría de la muerte o caería preso.

Mientras tanto, Odiseo y el divinal porquerizo cenaban en la cabaña, y junto con ellos los demás hombres. Apenas satisficieron el deseo de comer y de beber, Odiseo —probando si el porquerizo aún le trataría con amistosa solicitud, mandándole que se quedara allí, en el establo, o le incitaría a que ya se fuese a la ciudad—, les habló de esta manera:

“¡Oídmeme, Eumeo y demás compañeros! Así que amanezca, quiero ir a la ciudad para mendigar y no seros gravoso ni a ti ni a tus amigos. Aconséjame bien y proporcióname un guía experto que me conduzca; y vagaré por la población,



obligado por la necesidad, para ver si alguien me da una copa de vino y un mendrugo de pan. Yendo al palacio del divinal Odiseo, podré comunicar nuevas a la prudente Penélope y mezclarme con los soberbios pretendientes, por si me dieran de comer, ya que disponen de innumerables viandas. Yo les serviría muy bien en cuanto me ordenaren. Voy a decirte una cosa, y tú atiende y óyeme: gracias a Hermes, el mensajero, el cual da gracia y fama a los trabajos de los hombres, ningún otro mortal rivalizaría conmigo en el servir, lo mismo si se tratase de amontonar debidamente la leña para encender un fuego, o de cortarla cuando está seca, que de trinchar o asar carne, o bien escanciar el vino, que son los servicios que los inferiores prestan a los grandes.”

Y tú, muy afligido, le hablaste de esta manera, porquerizo Eumeo:<sup>12</sup> “¡Ay, huésped! ¿Cómo se te aposentó en el espíritu tal pensamiento? Quieres sin duda perecer allá, cuando te decides a penetrar por entre la muchedumbre de los pretendientes, cuya insolencia y orgullo llegan al férreo Uranos. Sus criados no son como tú, pues siempre les sirven jóvenes ricamente vestidos de mantos y túnicas, de luciente cabellera y de lindo rostro; y las mesas están cargadas de pan, de carne y de vino. Quédate con nosotros, que nadie se enoja de que estés presente, ni yo ni ninguno de mis compañeros. Y cuando venga el amado hijo de Odiseo, te dará un manto y una túnica para vestirte y te conducirá adonde tu corazón y ánimo prefieran.”

Respondióle el paciente y divinal Odiseo: “¡Ojalá seas, Eumeo, tan caro al padre Zeus como a mí, ya que pones término a mi fatigosa y miserable vagancia. Nada hay tan malo para los hombres como la vida errante: por el funesto estómago, que atormenta el hambre, pasan los mortales muchas fatigas, cuando los abruma la vagancia, el infortunio y los pesares. Mas ahora, ya que me detienes, mandándome que aguarde

la vuelta de aquel, ea, dime si la madre del divinal Odiseo y su padre, a quien al partir dejara en los umbrales de la vejez, viven aún y gozan de los rayos del sol o han muerto y se hallan en la morada de Hades.”

Díjole entonces el porquerizo, mayoral de los pastores: “De todo, oh huésped, voy a informarte con exactitud. Laertes vive aún y en su morada ruega continuamente a Zeus que el alma se le separe de los miembros, porque padece grandísimo dolor por la ausencia de su hijo y por el fallecimiento de su legítima y prudente esposa, que lo llenó de tristeza y le ha anticipado la senectud. Ella tuvo deplorable muerte por el pesar que sentía por su glorioso hijo; ojalá no perezca de tal modo persona alguna que, habitando en esta comarca, sea amiga mía y como a tal me trate. Mientras vivió, aunque apenada, holgaba yo de preguntarle y consultarle muchas cosas, porque me había criado juntamente con Ctímene, la de largo peplo, su hija ilustre, a quien parió la postrimera: juntos nos criamos, y era yo honrado casi lo mismo que su hija. En llegando a la deseable pubertad, a Ctímene casáronla en Same, recibiendo por su causa infinitos dones; y a mí púso-me aquella un manto y una túnica, vestidos muy hermosos, dióme con que calzar los pies, me envió al campo y aún me quiso más en su corazón. Ahora me falta su amparo, pero las bienaventuradas deidades prosperan la obra en que me ocupo, de la cual como y bebo, y hasta doy limosnas a venerables suplicantes. Pero no me es posible oír al presente dulces palabras de mi señora ni lograr de ella ninguna merced, pues el infortunio entró en el palacio con la llegada de esos hombres tan soberbios; y, con todo, tienen los criados gran precisión de hablar con su dueña y hacerle preguntas para cada asunto, y comer y beber, y llevarse al campo alguno de aquellos presentes que alegran el ánimo de los servidores.”

Respondióle el ingenioso Odiseo: “¡Oh dioses! ¡Cómo, niño aún, oh porquerizo Eumeo, tuviste que vagar tanto y tan lejos de tu patria y de tus padres! Mas, ea, dime, hablando sinceramente, si fue destruida la ciudad de anchas calles en que habitaban tu padre y tu veneranda madre, o si, habiéndote quedado solo junto al ganado de ovejas o de bueyes, unos piratas te echaron mano y te trajeron en sus naves para venderte en la casa de este varón que les entregó un buen precio.”

Díjole entonces el porquerizo, mayoral de los pastores: “¡Huésped! Ya que sobre esto me preguntas o interrogas, óyeme y recreáte, sentado y bebiendo vino. Estas noches son inmensas, hay en las mismas tiempo para dormir y tiempo para deleitarse oyendo relatos, y a ti no te cumple irte a la cama antes de la hora, puesto que daña el dormir demasiado. De los demás aquel a quien el corazón y el ánimo se lo aconseje, salga y acuéstese y, no bien raye el día, tome el desayuno y váyase con los puercos de su señor. Nosotros, bebiendo y comiendo en la cabaña, deleitémonos con renovar la memoria de nuestros tristes infortunios, pues halla placer en el recuerdo de los trabajos sufridos quien padeció muchísimo y anduvo errante largo tiempo. Voy, pues, a hablarte de aquello acerca de lo cual me preguntas e interrogas.

”Hay una isla que se llama Siria<sup>13</sup> —quizás la oíste nombrar—, sobre Ortigia, donde Helios vuelve su giro:<sup>14</sup> no está muy poblada, pero es fértil y abundosa en bueyes, en ovejas, en vino y en trigales. Jamás se padece hambre en aquel pueblo y ninguna dolencia aborrecible les sobreviene a los míseros mortales: cuando envejecen los hombres de una generación, preséntase Apolo, que lleva arco de plata, y Artemisa, y los van matando con suaves flechas. Existen en la isla dos ciudades que se han repartido todo el territorio, y en ambas reina-ba mi padre, Ctesio Orménida, semejante a los Inmortales.

”Allí vinieron algunos fenicios, hombres ilustres en la navegación, pero falaces, que traían innúmeros joyeles en su negra nave. Había entonces en casa de mi padre una mujer fenicia, hermosa, alta y diestra en irreprochables labores; y los astutos fenicios la sedujeron. Uno, que la encontró lavando, unióse con ella, junto a la cóncava nave, en amor y concúbiteo, lo cual les turba la razón a las débiles mujeres, aunque sean laboriosas. Preguntóle luego quién era y de dónde había venido, y la mujer, señalándole al punto la alta casa de mi padre, le respondió de esta guisa:

‘Me jacto de haber nacido en Sidón, que abunda en bronce, y soy hija del opulento Aribanto.<sup>15</sup> Robáronme unos piratas tafios un día que tornaba del campo y, habiéndome traído aquí, me vendieron al amo de esa morada, quien les entregó un buen precio.’

”Díjole a su vez el hombre que con ella se había unido secretamente: ‘¿Querías tornar a tu patria con nosotros, para ver la alta casa de tu padre y de tu madre, y a ellos mismos? Pues aún viven y gozan fama de ricos.’

”La mujer le respondió con estas palabras: ‘Así lo hiciera si vosotros, oh navegantes, os obligáseis de buen grado y con juramento a conducirme sana y salva a mi patria.’

”Así les habló; y todos juraron como se lo mandaba. Tan pronto como hubieron acabado de prestar el juramento, la mujer les dirigió nuevamente la palabra, y les dijo:

‘Silencio ahora, y ninguno de vuestros compañeros me hable si me encuentra en la calle o en la fuente: no sea que vayan a decírselo al viejo allá en su morada y este, poniéndose receloso, me ate con duras cadenas y maquine cómo exterminaros a vosotros. Guardad en vuestra mente lo convenido y apresurad la compra de las provisiones para el viaje. Y así que

el bajel esté lleno de vituallas, penetre alguien en el palacio para anunciármelo, y traeré cuanto oro me venga a las manos. Encima de esto, quisiera daros otra recompensa por mi pasaje: en la casa tengo a mi cuidado a un hijo de ese noble señor, y es tan despierto que ya corre conmigo fuera del palacio; lo traeré a vuestra nave y os reportará una suma inmensa dondequiera que en país de otras gentes lo vendiereis.'

"Cuando así hubo dicho, fué al hermoso palacio. Quedáronse los fenicios un año entero con nosotros, y compraron muchas vituallas para la cóncava nave; mas así que estuvo cargada y en disposición de partir, enviaron un propio para decirselo a la mujer. Presentóse en casa de mi padre un hombre muy sagaz, que traía un collar de oro engastado con ámbar, y mientras las esclavas y mi veneranda madre lo tomaban en las manos, lo contemplaban con sus ojos y ofrecían precio, aquel hizo a la mujer silenciosa señal, y se volvió acto continuo a la cóncava nave. La fenicia, tomándome por la mano, me sacó del palacio y, como hallara en el vestíbulo las copas y las mesas de los convidados que frecuentaban la casa de mi padre, y que entonces habían ido a sentarse en la junta del pueblo, llevóse tres copas que escondió en su seno, y yo la fui siguiendo simplemente. Poníase Helios, y las tinieblas llenaban todos los caminos en el momento en que nosotros, andando a buen paso, llegamos a famoso puerto donde se hallaba la veloz embarcación de los fenicios. Nos hicieron subir, embarcáronse todos, empezó la navegación por la húmeda llanura, y Zeus nos envió próspero viento. Navegamos seguidamente por espacio de seis días con sus noches, mas cuando Zeus Cronida nos trajo el séptimo día, Artemisa, que se complace en tirar flechas, hirió a la mujer, y esta cayó con estrépito en la sentina, cual si fuese una gaviota. Echáronla al mar para pasto de

focas y de peces, y yo me quedé con el corazón afligido. El viento y las olas nos trajeron a Ítaca, y acá Laertes me compró con sus bienes. Así fue como mis ojos vieron esta tierra.”

Odiseo, el de linaje divino, respondióle con estas palabras: “¡Eumeo! Has conmovido hondamente mi corazón al contarme por menudo los males que padeciste. Mas Zeus te ha vuelto cerca del mal un bien, ya que, aunque a costa de muchos trabajos, llegaste a la morada de un hombre benévolo que te da solícitamente de comer y de beber, y disfrutas de buena vida, mientras que yo tan solo he podido llegar aquí, después de peregrinar por gran número de ciudades.”

Así estos conversaban. Echáronse después a dormir, mas no fue por mucho tiempo: que en seguida vino Eos, de áureo trono.

Entretanto, los compañeros de Telémaco, cuando ya la nave se acercaba a la tierra, amainaron las velas, abatieron rápidamente el mástil, y llevaron el buque, a fuerza de remos, al fondeadero. Echaron anclas y ataron las amarras, saltaron a la playa y aparejaron la comida, mezclando el negro vino. Y así que hubieron satisfecho el deseo de comer y de beber, el prudente Telémaco empezó a decirles:

“Llevad ahora el negro bajel a la ciudad, pues yo me iré hacia el campo y los pastores; al caer de la tarde, cuando haya visto mis tierras, bajaré a la población. Y mañana os daré, como premio de este viaje, un buen convite de carnes y dulce vino.”

Díjole entonces Teoclímeno, semejante a un dios: “¿Y yo, hijo amado, adónde iré? ¿A qué casa de los varones que imperan en la áspera Ítaca? ¿O habré de encaminarme adonde está tu madre, a tu propio palacio?”

Respondióle el prudente Telémaco: “En otras circunstancias, te mandarí a mi casa, donde no faltan recursos para hospedar al forastero; mas ahora fuera lo peor para ti, porque yo no estaré y mi madre tampoco te ha de ver, que en el palacio no

se muestra a menudo a los pretendientes; antes vive muy apartada en la estancia superior, labrando una tela. Voy a indicarte a un varón a cuya casa puedes ir: Eurímaco, preclaro hijo del prudente Pólipo, a quien los itacenses miran ahora como a un numen, pues es, con mucho, el mejor de todos y anhela casarse con mi madre y alcanzar la dignidad real que tuvo Odiseo. Mas, Zeus Olímpico, que vive en el éter, sabe si antes de las bodas hará que luzca para los pretendientes un infausto día.”

No bien hubo acabado de hablar, cuando voló en lo alto, hacia la derecha, un gavián, rápido mensajero de Apolo, el cual desplumaba una paloma que tenía entre sus garras, dejando caer las plumas a tierra, entre la nave y el mismo Telémaco. Entonces Teoclímeno llamóle a este, separadamente de los compañeros, le tomó la mano y así le dijo:

“¡Telémaco! No sin ordenarlo un dios, voló el ave a tu derecha, pues mirándole de frente, he comprendido que es agorera. No hay en la población de Ítaca un linaje más real que el vuestro, y mandaréis aquí perpetuamente.”

Respondióle el prudente Telémaco: “Ojalá se cumpliera lo que dices, oh forastero, que bien pronto conoceréis mi amistad, pues te hiciera tantos presentes que te considerara dichoso quien contigo se encontrara.”

Dijo, y habló así a Pireo, su fiel amigo: “¡Pireo Clítida! Tú, que en las restantes cosas eres el más obediente de los compañeros que me han seguido a Pilos, llévate ahora mi huésped a tu casa, trátalo con solícita amistad y hónrale hasta que yo llegue.”

Respondióle Pireo, señalado por su lanza: “¡Telémaco!, aunque fuere mucho el tiempo que aquí te detengas, yo me cuidaré de él y no echaré de menos los dones de la hospitalidad.”

Cuando así hubo hablado, subió a la nave y ordenó a los compañeros que le siguieran y desataran las amarras. Estos se embarcaron en seguida, sentándose por orden en los ban-

cos. Telémaco se calzó las hermosas sandalias y tomó del tablado del bajel la lanza fuerte y de bronceína punta, mientras los marineros soltaban las amarras.

Hiciéronse a la vela y navegaron con rumbo a la población, como se lo mandara Telémaco, hijo amado del divinal Odiseo. Y él se fue a buen paso hacia la majada donde tenía innumerables puercos, junto a los cuales pasaba la noche el porquerizo, que tan afecto era a sus señores.





## Notas

- <sup>1</sup> Los hermanos de Penélope, hijos como ella de Ícaro y Peribeia, eran cinco: Damasipo, Toas, Imeúsimo, Aletes y Perilao.
- <sup>2</sup> Las reinas y las princesas tenían cámaras de cedro y marfil, llenas de perfumes, donde guardaban sus vestidos y sus muebles más preciosos.
- <sup>3</sup> Se cree que así se designaba un vaso o copa sostenida sobre un pie hueco, que acaso podía servir también para contener un líquido. Aristóteles, citado por Eustacio, explica la figura de esta clase de copas comparándola a las celdillas de los panales de miel, unidas por la base.
- <sup>4</sup> Véase el antiquísimo abolengo de nuestra frase *sacar el hondón del cofre*. Los vestidos mejores se guardaban, como del texto se deduce, debajo de todos.
- <sup>5</sup> Esta princesa bordaba maravillosamente. Cuando Iris fue a darle un aviso, / en su palacio / Tejiendo la encontró cándida tela / doble y ancha, en la cual entretejía / Muchos de los combates que los teucros / Y aquivos por su causa sostuvieran / En la guerra cruel. (*Ilíada*, lib. III. Tr. de Hermsilla).
- <sup>6</sup> Ciudad de Acaya, se llamó después Egira.
- <sup>7</sup> Parece que los griegos tenían la misma jurisprudencia que los hebreos, entre los cuales los parientes del muerto tenían derecho a matar al homicida (Número XXXV, 19).
- <sup>8</sup> Fuente o, mejor, fuentes en las inmediaciones del río Calcis.
- <sup>9</sup> Río poco caudaloso de la Elide junto a una población del mismo nombre.
- <sup>10</sup> Ciudad de la Elide, en la costa, sobre la desembocadura del Alfeo.
- <sup>11</sup> Islotes formados por escollos en la desembocadura del Aqueo. Deben su nombre a la forma de sus peñas.
- <sup>12</sup> Es de notar que Homero, al citar las palabras de Eumeo, se dirige a él, cosa que no acostumbra a hacer con otros personajes. ¿Será esto una muestra particular de afecto al fidelísimo criado de Odiseo?

- <sup>13</sup> Isla del mar Egeo, entre Delos y Paros, pues debe ser la comúnmente llamada Siros, una de las Cícladas.
- <sup>14</sup> Delos, llamada por el poeta Ortigia, es el centro, dice Grotefend, de la tierra homérica; y sobre ella llega el sol al punto más alto de su carrera.
- <sup>15</sup> Dícese que es un nombre fenicio, sacado de *Azrubaal*, idéntico a *Asdrúbal*.

## Rapsodia decimasexta

**N**O BIEN RAYÓ LA LUZ DE LA AURORA, ODISEO Y EL DIVINAL porquerizo encendieron fuego en la cabaña y prepararon el desayuno,<sup>1</sup> después de despedir a los pastores que se fueron con los cerdos agrupados en piaras. Cuando Telémaco llegó a la majada, los perros ladrones le halagaron sin que ninguno ladrase. Advirtió Odiseo que los perros movían la cola, percibió el ruido de las pisadas, y en seguida dijo a Eumeo estas aladas palabras: “¡Eumeo! Sin duda viene algún compañero tuyo u otro conocido, porque los perros, en vez de ladrar, mueven la cola y oigo ruidos de pasos.”

Aún no había terminado de proferir estas palabras cuando su caro hijo se detuvo al umbral. Levantóse atónito el porquerizo, se le cayeron las tazas con las cuales se ocupaba en mezclar el negro vino, fuese al encuentro de su señor, y le besó la cabeza, los bellos ojos y ambas manos, vertiendo abundantes lágrimas. De la suerte que el padre amoroso abraza al hijo unigénito que le nació en la senectud y por quien ha pasado muchas fatigas, cuando este torna de lejanos países después de una ausencia de diez años, así el divinal porquerizo estrechaba al deiforme Telémaco y le besaba, como si el joven se hubiera librado de la muerte. Y sollozando, estas aladas palabras le decía:

“¡Has vuelto, Telémaco, mi dulce luz! No pensaba verte más, desde que te fuiste en la nave a Pilos. Mas, ea, entra, hijo querido, para que se huelgue mi ánimo en contemplarte, ya

que estás en mi cabaña recién llegado de otras tierras. Pues no vienes a menudo a ver el campo y los pastores, sino que te quedas en la ciudad: ¡tanto te place fijar la vista en la multitud de los funestos pretendientes!”

Respondióle el prudente Telémaco: “Así lo haré, abuelo, que por ti vine por verte con mis ojos y saber si mi madre permanece todavía en el palacio o ya alguno de aquellos varones se casó con ella y el lecho de Odiseo, no habiendo quien yazga en él, está cubierto por las telarañas.”

Le dijo entonces el porquerizo, mayoral de los pastores: “Aquella permanece en tu palacio, con el ánimo afligido, y consume tristemente los días y las noches, llorando sin cesar.”

Cuando así hubo hablado, tomóle la bronceína lanza, y Telémaco entró por el umbral de piedra. Su padre Odiseo quiso ceder el asiento al que llegaba, pero Telémaco prohibióselo con estas palabras:

“Siéntate, huésped, que ya hallaremos asiento en otra parte de nuestra majada, y está muy próximo el varón que ha de prepararlo.”

Así le dijo, y el héroe tornó a sentarse. Para Telémaco, el porquerizo esparció por tierra ramas verdes y cubriólas con una pelleja en la cual se acomodó el caro hijo de Odiseo. Luego sirvióles el porquerizo platos de carne asada que había sobrado de la comida de la víspera, amontonó diligentemente el pan en los canastillos, vertió en una copa rústica de yedra vino dulce como la miel, y sentóse enfrente del divinal Odiseo. Todos echaron mano a las viandas que tenían delante. Y ya satisfecho el deseo de comer y de beber, Telémaco habló de este modo al divinal porquerizo:

“¡Abuelo! ¿De dónde te ha llegado este huésped? ¿Cómo los marineros lo trajeron a Ítaca? ¿Quiénes se precian de ser? Pues no me figuro que haya venido andando.”

Y tú le respondiste así, porquerizo Eumeo: “¡Oh hijo! De todo voy a decirte la verdad. Se precia de tener su linaje en la espaciosa Creta, y dice que ha andado vagabundo por muchas de las poblaciones de los mortales, porque su hado así lo dispuso. Ahora llegó a mi establo huyendo del bajel de unos tesprotas, y a ti te lo entrego: haz por él lo que quieras, pues se gloria de ser tu suplicante.”

Contestóle el prudente Telémaco: “¡Eumeo! En verdad que me produce gran pena lo que has dicho. ¿Cómo acogeré en mi casa al forastero? Yo soy joven y no tengo confianza en mis manos para rechazar a quien lo injurie; y mi madre trae en su pecho el ánimo indeciso entre quedarse a mi lado y cuidar de la casa, por respeto al lecho conyugal y temor del dicho de la gente, o irse con quien sea el mejor de los aqueos que la pretenden en el palacio y le haga más donaciones. Pero ya que ese huésped llegó a tu morada, le entregaré un manto y una túnica, vestidos muy hermosos, le daré una espada de doble filo y sandalias para los pies, y le enviaré adonde su corazón y su ánimo prefieran. Y si quieres, cuídate de él, teniéndolo en la majada, que yo te enviaré vestidos y manjares de toda especie para que coma y no os sea gravoso ni a ti ni a tus compañeros. Mas no he de permitir que vaya allá, a juntarse con los pretendientes, cuya malvada insolencia es tan grande, para evitar que lo zahieran y me causen un grave disgusto, pues un hombre por fuerte que sea nada consigue revolviéndose contra tantos, que al fin han de resultar más poderosos.”

Díjole entonces el paciente divinal Odiseo: “¡Oh amigo! Puesto que es justo que te responda, se me desgarra el corazón cuando te oigo hablar de las iniquidades que, según decís, muquinan los pretendientes en tu palacio contra tu voluntad y siendo cual eres. Dime si te sometes voluntariamente o te odia quizás la gente del pueblo a causa de lo revelado por una

deidad, o por acaso te quejas de tus hermanos, pues con la ayuda de estos, cualquier hombre pelea confiadamente, aunque sea grande la lucha que se suscite. Ojalá que, con el ánimo que tengo, gozara de tu juventud y fuera hijo del eximio Odiseo, u Odiseo en persona, que vagando tornase a su patria —pues aún hay esperanza de que así suceda: —cortárame la cabeza un varón enemigo si no me convertía entonces en una calamidad para todos aquellos, encaminándome al palacio de Odiseo Laertiada. Y si con estar yo solo hubiera de sucumbir ante la multitud de los mismos, más querría recibir la muerte en mi palacio que presenciar continuamente esas acciones inicuas: huéspedes maltratados, siervas forzadas indignamente en las hermosas estancias, el vino exhausto, y los pretendientes comiendo de temerario modo, sin cesar, y todo por una empresa inútil que no ha de llevarse a cumplimiento.”

Respondióle el prudente Telémaco: “¡Oh forastero! Voy a informarte con gran sinceridad. No me hice odioso para que se airara conmigo todo el pueblo; ni tampoco he de quejarme de los hermanos, con cuya ayuda cualquier hombre pelea confiadamente, aunque sea grande la lucha que se suscite, pues el Cronida hizo que fueran siempre unigénitos los de mi linaje: Arcesio engendró a Laertes, su hijo único; este no engendró más que a mi padre Odiseo; y Odiseo, después de haberme engendrado a mí tan solamente, dejóme en el palacio y no disfrutó de mi compañía. Por esto hay en mi mansión innumerables enemigos. Cuantos próceres mandan en las islas, en Duliquio, en Same y en la selvosa Zakinto, y cuantos imperan en la áspera Ítaca, todos pretenden a mi madre y arruinan mi casa. Mi madre ni rechaza las odiosas nupcias, ni sabe poner fin a tales cosas; y aquellos comen y agotan mi hacienda y pronto acabarán conmigo mismo. Mas el asunto está en manos de los dioses. Y ahora tú, abuelo, ve aprisa y

dile a la discreta Penélope que estoy en salvo y que he llegado de Pilos. Yo me quedaré aquí, y tú vuelve inmediatamente que se lo hayas participado, pero a ella sola y sin que ninguno de los aqueos se entere, pues son muchos los que maquinan en mi daño cosas malas.”

Y tú le respondiste así, porquerizo Eumeo: “Entiendo, hágame cargo, lo mandas a quien te comprende. Mas, ea, habla y dime con sinceridad si me iré de camino a participárselo al infortunado Laertes, el cual, aunque pasaba gran pena por la ausencia de Odiseo, iba a vigilar las labores y dentro de su casa comía y bebía con los siervos cuando su ánimo se lo aconsejaba, pero dicen que ahora, desde que te fuiste en la nave a Pilos, no come ni bebe como acostumbraba, ni vigila las labores, antes está sollozando y lamentándose, y la piel se le seca en torno de los huesos.”

Contestóle el prudente Telémaco: “Muy triste es, pero dejémoslo aunque nos duela, que si todo se hiciese al arbitrio de los mortales, escogeríamos primeramente que luciera el día del regreso de mi padre. Tú vuelve, así que hayas dado la noticia y no vayas por los campos en busca de aquel; pero encarga a mi madre que lo envíe escondidamente y sin perder tiempo la esclava despensera, y esta se lo participará al anciano.”

Dijo, y dio prisa al porquero, quien tomó las sandalias y, atándose las a los pies, se fue a la ciudad. No dejó Palas Atenea de advertir que el porquerizo Eumeo salía de la majada, y se acercó a esta transfigurándose en una mujer hermosa, alta y entendida en primorosas labores. Paróse al umbral de la cabaña y se le apareció a Odiseo, sin que Telémaco la viese ni notara su llegada, pues los dioses no se hacen visibles para todos; mas Odiseo la vio y también los canes, que no ladraron, sino que huyeron, dando gañidos, a otro lugar de la majada. Hizo Atenea una señal con las cejas; la entendió el divino Odiseo y

salió de la cabaña, trasponiendo el alto muro del patio. Detúvose luego ante la deidad y oyó a Atenea que le decía:

“¡Laertíada, de linaje divino! ¡Odiseo, fecundo en recursos! Habla con tu hijo y nada le ocultes, para que, después de tramar cómo daréis la muerte y la Kera a los pretendientes, os vayáis a la ínclita ciudad, que yo no permaneceré mucho tiempo lejos de vosotros, deseosa como estoy de entrar en combate.”

Dijo Atenea y, tocándole con la varita de oro, le cubrió el pecho con una túnica y un manto limpio, y le aumentó la talla y el vigor juvenil. El héroe recobró también su color moreno, y se le redondearon las mejillas, ennegreciéndosele el pelo de la barba.

Hecho esto, la diosa se fue, y Odiseo volvió a la cabaña. Viólo con gran asombro su hijo amado, el cual se turbó, volvió los ojos a otra parte, por si aquella persona fué alguna deidad,<sup>2</sup> y le dijo estas aladas palabras:

“¡Oh forastero! Te muestras otro en comparación de antes, pues se han cambiado tus vestiduras y tu cuerpo no se parece al que tenías. Indudablemente debes de ser uno de los dioses que poseen el anchuroso Uranos. Pues sénos propicio, a fin de que te ofrezcamos sacrificios agradables y áureos presentes de fina labor. ¡Apiádate de nosotros!”

Contestóle el paciente divinal Odiseo: “No soy ningún dios. ¿Por qué me confundes con los Inmortales? Soy tu padre<sup>3</sup> por quien gimes y sufres tantos dolores y aguantas los ultrajes de los hombres.”

Diciendo así, besó a su hijo y dejó que las lágrimas, que hasta entonces había detenido, le cayeran por las mejillas al suelo. Mas Telémaco, como aún no estaba convencido de que aquel fuese su padre, respondióle nuevamente con estas palabras:

“Tú no eres mi padre Odiseo, sino un dios que me engaña para que luego me lamente y suspire aún más; que un mortal no haría tales cosas con su inteligencia, a no ser que se le acercase



un dios y lo transformara fácilmente a su antojo en joven o viejo. Poco ha eras anciano y estabas vestido miserablemente; mas ahora te pareces a los dioses que habitan el anchuroso Uranos.”

Replicóle el ingenioso Odiseo: “¡Telémaco! No conviene que te admires de tan extraordinaria manera, ni te asombres de tener a tu padre aquí dentro, pues ya no vendrá otro Odisseo, que ese soy yo, tal como ahora me ves, que habiendo padecido y vagado mucho, torno en el vigésimo año a la patria tierra. Lo que has presenciado es obra de Atenea, que impera en las batallas, la cual me transforma a su gusto, porque puede hacerlo, y unas veces me cambia en un mendigo y otras en un joven que cubre su cuerpo con hermosas vestiduras. Muy fácil es para las deidades que residen en el anchuroso Uranos dar gloria a un mortal o envilecerle.”

Dichas estas palabras, se sentó. Telémaco abrazó a su buen padre, entre sollozos y lágrimas. A entrambos les vino el deseo del llanto y lloraron ruidosamente, plañendo más que las aves, águilas o buitres de corvas uñas, cuando los rústicos les quitan los hijuelos que aún no volaban: de semejante manera derramaron aquellos tantas lágrimas que movían la compasión. Y entregados al llanto los dejara Helios al ponerse, si Telémaco no hubiera dicho repentinamente a su padre:

“¿En qué nave los marineros te han traído acá, a Ítaca, padre amado? ¿Quiénes se precian de ser? Pues no creo que hayas venido andando.”

Díjole entonces el paciente divinal Odiseo: “Yo te contaré, oh hijo, la verdad. Trajéronme los feacios, navegantes ilustres que suelen conducir a cuantos hombres arriban a su tierra: me transportaron por el ponto en su velera nave, mientras dormía y me dejaron en Ítaca, habiéndome dado espléndidos presentes, bronce, oro en abundancia y vestiduras tejidas, que se hallan en una cueva por la voluntad de los dioses. Y

he venido acá, por consejo de Atenea, a fin de que tramemos la muerte de mis enemigos. Mas, ea, enumérame y descríbeme a los pretendientes para que, sabiendo yo cuántos y cuáles son, medite en mi ánimo irrefragable si nosotros dos nos bastaremos contra todos o será preciso buscar ayuda.”

Respondióle el prudente Telémaco: “¡Oh padre! Siempre oí decir que eres famoso por el valor de tus manos y por la prudencia de tus consejos, pero es muy grande lo que dijiste y me tienes asombrado, que no pudieran dos hombres solos luchar contra muchos y esforzados varones. Pues aquellos no son una decena justa, ni dos tan solamente, sino muchos más, y pronto vas a saber el número. De Duliquio vinieron cincuenta y dos mozos escogidos, a los que acompañan seis criados; otros veinticuatro mancebos son de Same; de Zakinto hay veinte jóvenes aqueos, y de la misma Ítaca, doce, todos ilustres; y están con ellos el heraldo Medón, un divinal aedo y dos criados peritos en el arte de trinchar. Si cerramos con todos los que se hallan dentro, no sea que ahora que has llegado pagues de una manera bien amarga y terrible el propósito de castigar sus demasías. Pero tú piensas si es posible hallar algún defensor que nos ayude con ánimo benévolo.”

Contestóle el paciente divinal Odiseo: “Voy a decirte una cosa; atiéndeme y óyeme. Reflexiona si nos bastarán Atenea y el padre Zeus, o he de buscar algún otro defensor.”

Respondióle el prudente Telémaco: “Buenos son los defensores de que me hablas, aunque residen en lo alto, en las nubes, que ellos imperan sobre los hombres y los inmortales dioses.”

Díjole a su vez el paciente divinal Odiseo: “No permanecerán mucho tiempo apartados de la encarnizada lucha así que la fuerza de Ares ejerza el oficio de juez en el palacio entre los pretendientes y nosotros. Ahora tú, apenas se descubra Eos, vete a casa y mézclate con los soberbios pretendientes; y

a mí el porquerizo me llevará mas tarde a la población, transformado en viejo y miserable mendigo. Si me ultrajaren en el palacio, sufre en el corazón que tienes en el pecho que yo padezca malos tratamientos. Y si vieras que me echan, arrastrándome en el palacio por los pies, o me hieren con saetas, sopórtalo también. Mándales únicamente, amonestándolos con dulces palabras, que pongan fin a sus locuras; mas ellos no te harán caso, que ya les llegó el día fatal. Otra cosa te diré que guardarás en tu corazón: tan luego como la sabia Atenea me lo inspire, te haré una señal con la cabeza; así que la notes, llévate las marciales armas que hay en el palacio, colócalas en el hondo de mi habitación de elevado techo y engaña a los pretendientes con suaves palabras cuando, echándolas de menos, te pregunten por las mismas: “Las he llevado lejos del humo, porque ya no parecen las que dejara Odiseo al partir para Troya, sino que están afeadas en la parte que alcanzó el ardor del fuego. Además, el Cronida sugirióme en la mente esta otra razón más poderosa: no sea que, embriagándoos, trabéis una disputa, os hiráis los unos a los otros, y mancilléis el convite y el noviazgo; que ya el hierro por sí solo atrae al hombre.”<sup>4</sup> Tan solamente dejarás para nosotros dos espadas, dos lanzas y dos escudos de boyuno cuero, que podamos tomar al acometer a los pretendientes; y a estos los ofuscarán después Palas Atenea y el pródigo Zeus. Otra cosa te diré que pondrás en tu corazón: si en verdad eres hijo mío y de mi sangre, ninguno oiga decir que Odiseo está dentro, ni lo sepa Laertes, ni el porquerizo, ni los domésticos, ni la misma Penélope; sino solo tú y yo procuremos conocer la disposición en que se hallan las mujeres y pongamos a prueba los esclavos, para averiguar cuáles nos honran y nos temen en su corazón y cuáles no se cuidan de nosotros y te desprecian a ti siendo cual eres.”

Repúsole su preclaro hijo: “¡Oh padre! Figúrome que pronto te será conocido mi ánimo, que no es la pobreza de espíritu lo que me domina; mas no creo que lo que propones haya de sernos ventajoso y te invito a meditarlo. Andarás mucho tiempo y en vano si quieres probar a cada uno, yéndote por los campos; mientras aquellos, muy tranquilos en el palacio, devoran nuestros bienes orgullosa e inmoderadamente. Yo te exhorto a que averigües cuáles mujeres te hacen poco honor y cuáles están sin culpa; pero no quisiera ir a probar a los hombres por las majadas, sino dejarlo para más tarde, en el supuesto de que hayas visto verdaderamente alguna señal enviada por Zeus, que lleva la égida.”

Así estos conversaban. En tanto, arribaba a Ítaca la bien construida nave que trajera de Pilos a Telémaco y a todos sus compañeros, los cuales, así que llegaron al profundo puerto, sacaron la negra embarcación a tierra firme y, después de llevarse los aparejos unos diligentes servidores, transportaron los magníficos presentes a la morada de Clitio. Luego enviaron un heraldo a la casa de Odiseo, que diese nuevas a la prudente Penélope de cómo Telémaco estaba en el campo. Y había ordenado que el bajel navegase hacia la ciudad para evitar que la ilustre reina, sintiendo temor en su corazón, derramara tiernas lágrimas. Encontráronse el heraldo y el divinal porquerizo, que iban a dar la misma nueva, y tan pronto como llegaron a la casa del divino rey, dijo el heraldo en medio de las esclavas: “¡Oh reina! Ya llegó de Pilos tu hijo amado.” El porquerizo se acercó a Penélope, le refirió cuanto su hijo ordenaba que se le dijese, y hecho el mandado volvióse a sus porcos, dejando atrás la cerca y el palacio.

Los pretendientes, afligidos y confusos, salieron del palacio, traspusieron el alto muro del patio y sentáronse delante de la puerta. Y Eurímaco, hijo de Pólipo, comenzó a arengarles:

“¡Oh amigos! ¡Gran proeza ha realizado orgullosamente Telémaco con ese viaje! ¡Y decíamos que no lo llevaría a efecto! Mas, ea, botemos al agua la mejor nave, proveámosla de remadores, y vayan al punto a decir a aquellos que tornen presuntamente al palacio.”

Apenas hubo dicho estas palabras cuando Anfínomo, volviéndose desde su sitio, vio que el bajel entraba en el hondísimo puerto y sus tripulantes amainaban las velas o tenían el remo en la mano. Y con suave risa, dijo a sus compañeros:

“No enviemos ningún mensaje, que ya están en el puerto, sea porque un dios se los haya dicho, sea porque vieron pasar la nave y no lograron alcanzarla.”

Así habló. Levantáronse todos, fuéronse a la ribera del mar, sacaron en el acto la nave a tierra firme y los diligentes servidores se llevaron los aparejos. Seguidamente se encaminaron juntos al ágora, no dejando que se sentase con ellos ningún otro hombre, ni mozo ni anciano. Y Antínoo, hijo de Eupites, hablóles de esta suerte:

“¡Ah, cómo las deidades libraron del mal a ese hombre! Durante el día, los atalayas estaban sentados en las ventosas cumbres, sucediéndose sin interrupción. Y después de ponerse el sol, jamás pasamos la noche en tierra firme, pues yendo por el ponto en la velera nave hasta la aparición de la divinal Eos, acechábamos la llegada de Telémaco para aprisionarle y acabar con él; y en tanto, lo condujo a su casa alguna deidad. Mas tramemos algo ahora mismo para que le podamos dar deplorable muerte, no sea que se nos escape, pues se me figura que mientras viva no se llevarán a cumplimiento nuestros propósitos, ya que él sobresale por su consejo e inteligencia y nosotros no nos hemos congradado totalmente con el pueblo. Ea, antes que Telémaco reúna a los aqueos en el ágora —y opino que no dejará de hacerlo, sino que guardará su cólera y,

levantándose en medio de todos les participará que tramamos contra él una muerte terrible, sin que lográramos alcanzarlo; y los demás, en oyéndolo no han de alabar estas malas acciones y quizás nos causen algún daño y nos echen de nuestra tierra, y tengamos que irnos a otro país—, prevengámosle con darle muerte en el campo, lejos de la ciudad, o en el camino; apoderémonos de sus bienes y heredados, a fin de repartírnoslos equitativamente; y entreguemos el palacio a su madre y a quien la despose, para que en común lo posean, y si esta proposición os desplace y queréis que Telémaco viva y conserve íntegros los bienes paternos, de hoy más no le comamos en gran abundancia, reunidos todos aquí, las agradables riquezas; antes bien, pretenda cada cual desde su casa a Penélope, solicitándola con regalos de boda, y cásese ella con quien le haga más presentes y venga designado por el destino.”

Así habló. Todos enmudecieron y quedaron silenciosos, hasta que les arengó el preclaro hijo del rey Niso Aretiada, Anfínomo, que había venido de la herbosa Duliquio, abundante en trigo, estaba a la cabeza de los pretendientes y era el más grato a Penélope porque sus palabras revelaban buenos sentimientos. Este, pues, les arengó con benevolencia diciendo:

“¡Oh amigos! Yo no quisiera matar de tal suerte a Telémaco, que es grave cosa destruir el linaje de los reyes, sino consultar primeramente la voluntad de las deidades. Si los decretos del gran Zeus lo aprobaran, yo mismo lo mataría, exhortándoos a todos a que me ayudarais; mas si los dioses nos apartaren de este propósito, os invitaría a que desistierais.”

De tal manera se expresó Anfínomo y a todos les plugo lo que dijo. Levantáronse en seguida, fuéronse a la casa de Odiseo y en llegando tomaron asiento en pulimentadas sillas.

Entonces la prudente Penélope decidió otra cosa: mostrarse a los pretendientes, que se portaban con orgullosa insolencia,

pues supo por el heraldo Medón, el cual había escuchado las deliberaciones, que en el palacio se tramaba la muerte de su propio hijo. Fué hacia la sala, acompañándola sus esclavas. Cuando la divina entre las mujeres hubo llegado adonde estaban los pretendientes, paróse ante la columna que sostenía el lecho sólidamente construido, con las mejillas cubiertas por espléndido velo, e increpó a Antínoo, diciéndole de esta suerte:

“¡Antínoo, poseído de insolencia, urdidor de maldades! Dicen en el pueblo de Ítaca que descuellas sobre los de tu edad en el consejo y en la palabra, mas no eres ciertamente cual se figuran. ¡Desatinado! ¿Por qué estás maquinando cómo dar a Telémaco la muerte y la Moira, y no te cuidas de los suplicantes, los cuales tienen por testigo a Zeus? No es justo que traméis males los unos contra los otros. ¿Acaso ignoras que tu padre vino acá huído, con gran temor del pueblo? Hallábase este muy irritado contra, él, porque había ido en conserva de los piratas tafios a causar daño a los tesprotos, nuestros aliados, y quería matarle y arrancarle el corazón y devorar sus muchos y agradables bienes; mas Odiseo los contuvo e impidió que lo hicieran, no obstante su deseo. Y ahora te comes ignominiosamente su casa, pretendes a su mujer, intentas matarle el hijo y me tienes grandemente contristada. Mas yo te requiero que ceses ya y mandes a los demás que hagan lo propio.”

Respondióle Eurímaco, hijo de Pólipo: “¡Hija de Icarío! ¡Discreta Penélope! Cobra ánimo y no te preocupes por tales cosas. No hay hombre, ni lo habrá, ni nacerá siquiera, que ponga sus manos en tu hijo Telémaco mientras yo viva y vea la luz acá en la tierra. Lo que voy a decir llevarase a cabo: presto su negruzca sangre correría en torno de mi lanza. Muchas veces Odiseo, el asolador de ciudades, tomándome sobre sus rodillas, me puso en la mano carne asada y me dio a beber rojo vino; por eso, Telémaco me es caro sobre todos los hom-

bros y lo exhorto a no temer la muerte que pueda venirle de los pretendientes, que la enviada por los dioses es inevitable.”

Así le habló para tranquilizarla, pero también maquinaba la muerte de Telémaco. Y Penélope se fue nuevamente a la espléndida habitación superior, donde lloró por Odiseo, su querido esposo, hasta que Atenea, la de los ojos claros, le difundió en los párpados el dulce sueño.

Al caer de la tarde, el divinal porquerizo volvió junto a Odiseo y su hijo, los cuales habían sacrificado un puerco añal y aparejaban la cena. Entonces se les acercó Palas Atenea y, tocando con su vara a Odiseo Laertiada, lo convirtió otra vez en anciano y le cubrió el cuerpo con miserables vestiduras: no fuera que el porquerizo, al verle cara a cara, le reconociese y, en vez de guardar la noticia en su pecho, partiera para anunciársela a la discreta Penélope.

Telémaco fue el primero en hablar y dijo de esta suerte: “¡Llegaste ya, divinal Eumeo! ¿Qué se dice por la población? ¿Están en ella, de regreso de la emboscada, los soberbios pretendientes o me acechan aún, esperado que torne a mi casa?”

Y tú le respondiste así, porquerizo Eumeo: “No me cuidé de inquirir ni de preguntar tales cosas mientras anduve por la ciudad, pues tan luego como di la noticia incitóme el ánimo a venirme con toda prisa. Encontróse conmigo un heraldo, diligente nuncio de tus compañeros, que fue el primero que le habló a tu madre. También sé otra cosa, que he visto con mis ojos. Al volver, cuando ya me hallaba más alto que la ciudad en la colina de Hermes, vi que una velera nave bajaba a nuestro puerto, y en ella había multitud de hombres, y estaba cargada de escudos y de lanzas de doble filo. Creí que serían los pretendientes, mas no puedo asegurarlo.”



Así se expresó. Sonrióse el esforzado y divinal Telémaco y volvió los ojos a su padre, recatándose de que lo viera el porquerizo.

Terminada la faena y dispuesto el banquete, comieron, y a nadie le faltó su respectiva porción. Ya satisfecho el deseo de comer y de beber, pensaron en acostarse y el don del sueño recibieron.



## Notas

- <sup>1</sup> Rara vez habla Homero del desayuno o almuerzo. Se cree que los griegos de los tiempos heroicos tenían tres clases de comidas: 1º, almuerzo, que consistía solamente en humedecer el pan en vino puro; 2º, comida; y 3º, cena. Pero no hay en Homero suficiente fijeza en el uso de los términos citados, que a veces se emplean unos por otros.
- <sup>2</sup> El temor que inspiraba el ver a Dios era grande, al extremo de creerse en algunos pueblos, como en el hebreo, que la presencia del Ser Supremo ante un hombre podía ocasionarle la muerte. La Sagrada Biblia tiene muchos pasajes que comprueban lo dicho.
- <sup>3</sup> El reconocimiento de Odiseo y Telémaco es tiernísimo, y tiene bastante analogía con el de José y sus hermanos en el Génesis. Chateaubriand, sin embargo, en su *Genio del Cristianismo*, cree que el poeta pagano quedó muy inferior a la narración mosaica.
- <sup>4</sup> He aquí el proceso de la costumbre funesta de usar navajas y otras armas, fallado admirablemente por Homero.

## Rapsodia decimaséptima

**A**SÍ QUE SE DESCUBRIÓ LA HIJA DE LA MAÑANA, EOS DE ROSÁCEOS dedos, Telémaco, hijo amado del divinal Odiseo, ató a sus pies hermosas sandalias, asió una fornida lanza que se adaptaba a su mano y, disponiéndose a partir para la ciudad, habló de este modo a su porquerizo:

“¡Abuelo! Voyme a la ciudad para que mi madre me vea, pues no creo que deje el triste llanto ni el luctuoso gemir hasta que nuevamente me haya visto. A ti te ordeno que llesves el infeliz huésped a la población, a fin de que mendigue en ella para comer, y el que quiera le dará un mendrugo y una copa de vino, pues yo tengo el ánimo apesarado y no puedo hacerme cargo de todos los hombres. Y si el huésped se irritase mucho, peor para él, que a mí me agrada decir las verdades.”

Respondióle el ingenioso Odiseo: “¡Amigo! Yo también prefiero que no me detengan, pues más le conviene a un pobre mendigar la comida por la ciudad que por los campos. Me dará el que quiera. Por mi edad ya no estoy para quedarme en la majada y obedecer a un amo en todas las cosas que ordenare. Vete, pues, que a mí me acompañará ese hombre a quien se lo mandas tan pronto como me caliente al fuego y venga el calor del día:<sup>1</sup> no fuera que, hallándose en tan mal estado mis vestiduras, el frío de la mañana acabase conmigo, pues decís que la ciudad está lejos.”

Así se expresó. Salió Telémaco de la majada, andando a buen paso y maquinando males contra los pretendientes. Cuando llegó al cómodo palacio arrimó su lanza a una alta columna y entróse más adentro, pasando el umbral de piedra.

Vió la primera de todas Eurielea, su nodriza, que se ocupaba en cubrir con pieles los labrados asientos, y corrió a encontrarle derramando lágrimas. Asimismo se juntaron a su alrededor las demás esclavas de Odiseo, de ánimo paciente, y todas le abrazaron, besándolo la cabeza y los hombros.

Salió de su estancia la discreta Penélope, que parecía Artemisa o la dorada Afrodita, y muy llorosa echó los brazos sobre el hijo amado, besóle la cabeza y los lindos ojos, y dijo, sollozando, estas aladas palabras:

“¡Has vuelto, Telémaco, mi dulce luz! Ya no pensaba verte más desde que te fuiste en la nave a Pilos, ocultamente y contra mi deseo, en busca de noticias de tu padre. Mas, ea, relátame lo que hayas visto.”

Contestóle el prudente Telémaco: “¡Madre mía! Ya que me he salvado de una terrible muerte, no me incites a que llore, ni me conmuevas el corazón dentro del pecho; antes bien, torna con tus esclavas a lo alto de la casa, lávate, envuelve tu cuerpo con vestidos puros, y haz voto de sacrificar a todos los dioses perfectas hecatombes si Zeus permite que tenga cumplimiento la venganza. Y yo, en tanto, iré al ágora para llamar a un huésped que se vino conmigo desde Pilos y lo envíe con los compañeros iguales a los dioses, con orden de que Pireo, llevándose a su morada, lo tratase con solícita amistad y lo honrara hasta que yo viniera.”

Así le dijo, y ninguna palabra voló de los labios de Penélope. Lavóse esta, envolvió su cuerpo en vestidos puros, e hizo voto de sacrificar a todos los dioses perfectas hecatombes, si Zeus permitía que tuviera cumplimiento la venganza.

Telémaco salió del palacio con su lanza en la mano y dos canes de ágiles pies que lo siguieron. Y Atenea puso en él tal gracia divina que, al verlo llegar, todo el pueblo lo contemplaba con admiración. Pronto le rodearon los soberbios pretendientes, pronunciando buenas palabras y revolviendo en su espíritu cosas malas, pero se apartó de la gran muchedumbre de los mismos y fue a sentarse donde estaban Méntor, Antifó y Aliteres, antiguos compañeros de su padre, que le hicieron preguntas sobre muchas cosas. Presentósele Pireo, señalado por su lanza, que traía el huésped al ágora, a través de la ciudad, y Telémaco no se quedó lejos de este, sino que en seguida se le puso al lado. Pireo fue el primero en hablar y dijo de semejante modo:

“¡Telémaco! Manda presto mujeres a mi casa, para que te remita los presentes que te dio Menelao.”

Respondióle el prudente Telémaco: “¡Pireo! Aún no sabemos cómo acabarán estas cosas. Si los soberbios pretendientes, matándome a traición en el palacio, se repartieren los bienes de mi padre, quiero más que goces tú de los presentes que no alguno de ellos; y si yo alcanzare a darles la muerte y la Kera, entonces, que estaré con alegría, me los traerás alegre a mi morada.”

Diciendo así, llevóse al infortunado huésped a su casa. Llegados al cómodo palacio, dejaron sus mantos en sillas y sillones, y fueron a lavarse en unas bañeras muy pulidas. Y una vez lavados y ungidos con aceite por las esclavas, que les pusieron túnicas y lanosos mantos, salieron del baño y sentáronse en sillas. Una esclava dióles aguamanos, que traía en un magnífico jarro de oro y vertió en fuente de plata, y puso delante de ellos una pulimentada mesa. La veneranda dispensera trájoles pan y dejó en la mesa buen número de manjares, obsequiándoles con los que tenía reservados. Sentóse la madre

enfrente de los dos jóvenes cerca de la columna en que se apoyaba el techo de la habitación y, reclinada en una silla, se puso a sacar de la rueca tenues hilos. Aquellos echaron mano a las viandas que tenían delante. Y cuando hubieron satisfecho las ganas de comer y de beber, la discreta Penélope comenzó a hablarles de esta suerte:

“¡Telémaco! Me iré a la estancia superior para acostarme en aquel lecho que tan luctuoso es para mí y que siempre está regado de mis lágrimas, desde que Odiseo se fue a Ilión con los atridas; y aún no habrás querido decirme con claridad, antes que los soberbios pretendientes vuelvan a esta casa, si en algún sitio oíste hablar del regreso de tu padre.”

Respondióle el prudente Telémaco: “Yo te referiré, oh madre, la verdad. Fuimos a Pilos para ver a Néstor, pastor de hombres, el cual me recibió en su excelso palacio y me trató tan solícita y amorosamente como un padre al hijo que vuelve tras larga ausencia. ¡Con tal solicitud me acogieron él y sus gloriosos hijos! Pero me aseguró que no había oído que ningún hombre de la tierra hablara del paciente Odiseo, vivo o muerto; y envióme al atrida Menelao, famoso por su lanza, dándome corceles y un sólido carro. Vi allí a la argiva Helena que fue causa, por la voluntad de los dioses, de que tantas fatigas padecieran argivos y teucros. No tardó en preguntarme Menelao, valiente en la pelea, qué necesidad me llevaba a la divina Lacedemonia; yo se lo relaté todo sinceramente y entonces me respondió con estas palabras:

“¡Oh dioses! En verdad que pretenden dormir en la cama de un varón muy esforzado aquellos hombres tan cobardes. Así como una cierva puso a hijuelos recién nacidos en la guarida de un bravo león y fué a pacer por los bosques y los her-

bosos valles, y el león volvió a la madriguera y dio a entrambos cervatillos indigna muerte, de semejante modo también Odiseo les ha de dar a aquellos vergonzosa muerte. Ojalá se mostrase, ¡oh padre Zeus, Atenea y Apolo!, tal como era cuando en la bien construida Lesbos se levantó contra él Pilomérida, en una disputa, y luchó con él, y le derribó con ímpetu, de lo cual se alegraron todos los aqueos; si mostrándose tal se encontrara Odiseo con los pretendientes, fuera corta la vida de estos y las bodas les resultarían muy amargas. Pero en lo que me preguntas y suplicas que te cuente, no quisiera apartarme de la verdad ni engañarte; y de cuantas cosas me refirió el veraz anciano de los mares, no te callaré ni ocultaré ninguna. Dijo que lo vio en una isla, abrumado por recios pesares —en el palacio de la ninfa Calipso, que le detiene por fuerza— y que no le es posible llegar a la patria tierra porque no tiene naves provistas de remos ni compañeros que lo conduzcan por el ancho dorso del mar.’

”Así habló el atrida Menelao, famoso por su lanza. Realizadas tales cosas, emprendí la vuelta, y los Inmortales concedieronme próspero viento y me han traído con gran rapidez a mi querida patria.”

Tales fueron sus palabras, y ella sintió que en el pecho se le conmovía el corazón. Entonces Teoclímeno, semejante a un dios, les dijo de esta suerte:

“¡Oh veneranda esposa de Odiseo Laertiada! Aquel nada sabe con claridad, pero oye mis palabras, que yo te haré un vaticinio cierto y no he de ocultarte cosa alguna. Sean testigos primeramente Zeus entre los dioses y luego la mesa hospitalaria y el hogar del irreprochable Odiseo a que he llegado, de que el héroe ya se halla en su tierra patria, sentado o mo-

viéndose, tiene noticia de esas inicuas acciones, y maquina males contra todos los pretendientes. Tal augurio observé desde la nave de muchos bancos, como se lo dije a Telémaco.”

Respondióle la discreta Penélope: “Ojalá se cumpliera lo que dices, oh forastero, que bien pronto conocerás mi amistad, pues te hiciera tantos presentes que te considerara dichoso quien contigo se encontrara.”

Así estos conversaban. En tanto divertíanse los pretendientes ante el palacio de Odiseo, tirando discos y jabalinas en el labrado pavimento donde acostumbraban hacer sus insolencias. Mas cuando fue hora de cenar y vinieron de todos los campos reses conducidas por los pastores que solían traerlas, dijo Medón, el heraldo que más grato les era a los pretendientes y a cuyos banquetes asistía:

“¡Jóvenes! Ya que todos habéis recreado vuestro ánimo con los juegos, venid al palacio y dispondremos la cena, pues conviene que se tome en tiempo oportuno.”

Así les habló, y ellos se levantaron y obedecieron sus palabras. Llegados al cómodo palacio, dejaron sus mantos en sillas y sillones, y sacrificaron ovejas muy crecidas, pingües cabras, puercos gordos y una gregal vaca, aparejando con ellos su banquete.

En esto, disponíanse Odiseo y el divinal porquerizo a partir del campo hacia la ciudad. Y el porquerizo, mayoral de los pastores, comenzó a decir:

“¡Huésped! Ya que deseas encaminarte hoy mismo a la ciudad, como lo ordenó mi señor —yo preferiría que permanecieses aquí para guardar los establos, mas respeto a aquel y temo que me riña, y las increpaciones de los amos son muy pesadas—, ea, vámonos ahora, que ya pasó la mayor parte del día y pronto vendrá la tarde y sentirás el fresco.”



Respondióle el ingenioso Odiseo: “Entiendo, hágome cargo, lo mandas a quien te comprende. Vamos, pues, y guíame hasta que lleguemos. Y si has cortado algún bastón, dámelo para apoyarme, que os oigo decir que la senda es muy resbaladiza.”

Dijo, y echóse al hombro el astroso zurrón lleno de agujeros, con su correa retorcida. Eumeo le entregó el palo que deseaba, y seguidamente emprendieron el camino. Quedáronse allí, custodiando la majada, los perros y los pastores, mientras Eumeo conducía hacia la ciudad a su rey, transformado en un viejo y miserable mendigo que se apoyaba en el bastón y llevaba el cuerpo revestido de feas vestiduras.

Mas cuando, recorriendo el áspero camino, halláronse a poca distancia de la ciudad y llegaron a la labrada fuente de claras linfas, de la cual tomaban el agua los ciudadanos —era obra de Itaeo, Nérito y Políctor; rodeábala por todos lados un bosque de álamos, que se nutren en la humedad; vertía el agua, sumamente fresca, desde lo alto de una roca, y en su parte superior se había construído un altar a las ninfas, donde todos los caminantes sacrificaban—, encontróse con ellos el hijo de Dolio, Melantio, que llevaba las mejores cabras de sus rebaños para la cena de los pretendientes y le seguían dos pastores. Así que los vio, increpóles con palabras amenazadoras y groseras, que conmovieron el corazón de Odiseo:

“Ahora se ve muy cierto que un ruin lleva a otro ruin, pues un dios junta siempre a cada cual con su semejante. ¿A dónde, no envidiable porquero, conduces ese glotón, ese mendigo importuno, esa peste de los banquetes, que con su espalda frotará las jambas de muchas puertas no pidiendo ciertamente trípodes ni calderos, sino tan solo mendrugos de pan? Si me lo dieses para guardar mi majada, barrer el establo y llevarles el forraje a los cabritos, bebería suero y echaría gordo

muslo. Mas como ya es ducho en malas obras, no querrá aplicarse al trabajo; antes irá mendigando por la población para llenar su vientre insaciable. Lo que voy a decir se cumplirá: si fuere al palacio del divinal Odiseo, rozarán sus costados muchos escabeles que habrán hecho llover sobre su cabeza las manos de aquellos varones.”

Así dijo, y, acercándose, dióle una coz en la cadera, locamente; pero no le pudo arrojar del camino, sino que el héroe permaneció muy firme. Entonces se le ocurrió a Odiseo acometerle y quitarle la vida con el palo, o levantarlo un poco y estrellarle la cabeza contra el suelo. Mas al fin sufrió el ultraje y contuvo la cólera de su corazón. Y el porquerizo increpó a aquel, mirándole cara a cara, y oró fervientemente levantando las manos:

“¡Ninfas de las fuentes! ¡Hijas de Zeus! Si Odiseo os quemó alguna vez muslos de corderos y de cabritos, cubriéndolos de pingüe grasa, cumplidme este voto: ojalá vuelva aquel varón, traído por algún dios, pues él te quitaría toda esa jactancia con que ahora nos insultas, vagando siempre por la ciudad, mientras pastores perversos acaban con los rebaños.”

Replicóle el cabrero Melantio: “¡Oh dioses! ¡Qué dice ese perro, que solo entiende en cosas malas! Un día me lo he de llevar lejos de Ítaca, en negro bajel de muchos bancos, para que, vendiéndolo, me proporcione una buena ganancia. Ojalá Apolo, que lleva arco de plata, hiriera a Telémaco hoy mismo en el palacio, o sucumbiera el joven a manos de los pretendientes, como perdió Odiseo, lejos de aquí, la esperanza de ver el día de su regreso.”

Cuando así hubo hablado, dejólos atrás, pues caminaban lentamente, y llegó muy presto al palacio del rey. Acto continuo entró en el mismo, sentándose en medio de los pretendientes, frente a Eurímaco,<sup>2</sup> que era a quien más quería. Sir-

viéronle unos trozos de carne los que en esto se ocupaban, y trájole pan la veneranda despensera. En tanto, detuviéronse Odiseo y el divinal porquerizo junto al palacio, y oyeron los sones de la hueca cítara, pues Femio empezaba a cantar. Y tomando aquella mano del porquerizo hablóle de esta suerte:

“¡Eumeo! Es esta, sin duda, la hermosa mansión de Odisseo, y sería fácil conocerla aunque entre muchas se la viera. Tiene más de un piso, cerca su patio almenado muro, las puertas están bien ajustadas y son de dos hojas: ningún hombre despreciaría un casa semejante. Conozco que, dentro de la misma, multitud de varones celebran un banquete, pues llegó hasta mí el olor de la carne asada y se oye la cítara, que los dioses hicieron compañera de los festines.”

Y tú le respondiste así, porquerizo Eumeo: “Fácilmente lo habrás conocido, que tampoco te falta discreción para las demás cosas. Mas, ea, deliberemos sobre lo que puede hacerse. O entra tú primero en el cómodo palacio y mézclate con los pretendientes, y yo me detendré un poco; o, si lo prefieres, quédate tú y yo iré delante, pero no tardes: no sea que alguien, al verte fuera, te tire algo o te dé un golpe. Yo te invito a que pienses en esto.”

Contestóle el paciente divinal Odiseo: “Entiendo, hágame cargo, lo mandas a quien te comprende. Mas adelantate tú y yo me quedaré, que ya he probado lo que son golpes y heridas y mi ánimo es sufrido por lo mucho que hube de padecer, así en el mar como en la guerra; venga, pues, ese mal tras de los otros. No se pueden disimular las instancias del ávido y funesto vientre, que tantos perjuicios les origina a los hombres y por el cual se arman las naves de muchos bancos que surcan el estéril mar y van a causar daño a los enemigos.”

Así estos conversaban. Y un perro, que estaba echado, alzó la cabeza y las orejas: era Argos,<sup>3</sup> el can del paciente Odiseo,

a quien este criara, aunque luego no se aprovechó del mismo porque tuvo que partir a la sagrada Ilión. Anteriormente llevábanlo los jóvenes a correr cabras monteses, ciervos y liebres; mas entonces, en la ausencia de su dueño, yacía abandonado sobre mucho fiemo de mulos y de bueyes, que vertían junto a la puerta a fin de que los siervos de Odiseo lo tomasen para estercolar los dilatados caminos. Allá estaba tendido Argos, todo lleno de garrapatas. Al advertir que Odiseo se aproximaba, le halagó con la cola y dejó caer ambas orejas, mas ya no pudo salir al encuentro de su amo; y este, cuando lo vio, enjugóse una lágrima que con facilidad logró ocultar a Eumeo, a quien hizo después esta pregunta:

“¡Eumeo! Es de admirar que este can yazca en el fiemo, pues su cuerpo es hermoso; aunque ignore si con tal belleza fue ligero para correr o como los que algunos tienen en su mesa y solo por gusto los crían sus señores.”

Y tú le respondiste así, porquerizo Eumeo: “Ese can perteneció a un hombre que ha muerto lejos de nosotros. Si fuese tal como era en el cuerpo y en la actividad cuando Odiseo le dejó al irse a Troya, pronto admirarás su ligereza y su vigor: no se le escapaba ninguna fiera que levantase, ni aun en lo más hondo de intrincada selva, porque era sumamente hábil en seguir un rastro. Mas ahora abrímanle los males a causa de que su amo murió fuera de la patria, y las negligentes mozas no lo cuidan, porque los siervos, así que el amo deja de mandarlos, no quieren trabajar como es debido; que el longividente Zeus le quita al hombre la mitad de la virtud el mismo día en que cae esclavo.”

Diciendo así, entróse por el cómodo palacio y se fue derecho a la sala, hacia los ilustres pretendientes. Entonces la negra muerte se apoderó de Argos, después que tornara a ver a Odiseo al vigésimo año.<sup>4</sup>

Advirtió el deiforme Telémaco mucho antes que nadie la llegada del porquerizo y, haciéndole una señal, lo llamó a su vera. Eumeo miró en contorno suyo, tomó una silla desocupada —la que solía utilizar el trinchante al distribuir carne en abundancia a los pretendientes cuando celebraban sus festines en el palacio— y fue a colocarla junto a la mesa de Telémaco, enfrente de este, que se hallaba sentado. Y luego sirvióle el heraldo vianda y pan, sacándolo de un canastillo.

Poco después que Eumeo, penetró Odiseo en el palacio transfigurado en un viejo y miserable mendigo, que se apoyaba en el bastón y llevaba feas vestiduras. Sentóse en el umbral de fresno, a la parte interior de la puerta, y se recostó en la jamba de ciprés que en otro tiempo el artífice había pulido hábilmente y enderezado valiéndose de un nivel. Y Telémaco llamó al porquerizo y le dijo, después de tomar un pan entero del hermoso canasto y tanta carne como le cupo en sus manos:

“Dáselo al forastero y mándale que pida a todos los pretendientes, acercándose a los mismos, que al que está necesitado no le conviene ser vergonzoso.”

Así se expresó. Fuése el porquero al oírlo y, llegado que hubo adonde estaba Odiseo, díjole estas aladas palabras:

“¡Oh forastero! Telémaco te da lo que te traigo y te manda que pidas a todos los pretendientes, acercándote a los mismos, pues dice que al mendigo no le conviene ser vergonzoso.”

Respondióle el ingenioso Odiseo: “¡Zeus soberano! Haz que Telémaco sea dichoso entre los hombres y se cumpla cuanto su corazón desea.”

Dijo; tomó las viandas con las dos manos, las puso delante de sus pies, encima del astroso zurrón, y comió mientras el aedo cantaba en el palacio, de suerte que cuando acabó la cena, el divinal aedo negaba al fin de su canto. Los pretendientes empezaron a mover alboroto en la sala, y Palas Ate-

nea se acercó a Odiseo Laertiada excitándole a que les pidiera algo y fuera recogiendo mendrugos, para que conociese cuáles de aquellos eran justos y cuáles malvados, aunque ninguno tenía que librarse de la ruina. Fue, pues, el héroe a pedirle a cada varón, comenzando por la derecha, y a todos les alargaba la mano como si desde largo tiempo mendigase.<sup>5</sup> Ellos, compadeciéndole, le daban limosna, le miraban con extrañeza y preguntábanse unos a otros quién era y de dónde había venido. Y el cabrero Melantio hablóles de esta suerte:

“Oídme, oh pretendientes del ilustre reino, que os voy a hablar del forastero, a quien vi antes que ahora. Guiábalo hacia acá el porquerizo, pero a él no lo conozco, ni sé de dónde se precia de ser por su linaje.”

Así les habló, y Antínoo increpó al porquerizo con estas palabras: “¡Ah, famoso porquero! ¿Por qué le trajiste a la ciudad? ¿Acaso no tenemos bastantes vagabundos, que son mendigos importunos y peste de los festines? ¿O te parece poco que los que aquí se juntan devoren los bienes de tu señor y has ido a otra parte a llamar a este?”

Y tú le respondiste así, porquerizo Eumeo: “¡Antínoo! No hablas bien, aunque seas noble. ¿Quién iría a parte alguna a llamar a nadie, como no fuere de los que ejercen su profesión en el pueblo: un adivino, un médico para curar las enfermedades, un carpintero o un divinal aedo que nos deleite cantando? Estos son los mortales a quienes se llama en la tierra inmensa; y nadie traería un pobre para que lo arruinase. Siempre has sido el más áspero de todos los pretendientes para los esclavos de Odiseo y en especial para mí; aunque no por ello he de preocuparme, mientras me vivan en el palacio la discreta Penélope y Telémaco, semejante a un dios.”

Contestóle el prudente Telémaco: “Calla, no le respondas largamente, que Antínoo suele irritarnos siempre y de mal modo con ásperas palabras, o incita a los demás a hacer lo propio.”

Dijo, y hablóle a Antínoo con estas aladas palabras: “¡Antínoo! ¡En verdad que te tomas por mí tan buen cuidado como un padre por su hijo, cuando con duras voces me ordenas arrojar del palacio a ese huésped! ¡No permitan las númeras que así suceda! Coge algo y dáselo, que no te lo prohíbo, antes bien te invito a hacerlo; y no temas que lo lleven a mal ni mi madre ni ninguno de los esclavos que viven en la casa del divinal Odiseo. Mas no hay en tu pecho tal propósito, que prefieres comértelo a darlo a nadie.”

Antínoo le respondió diciendo: “¡Telémaco altílocuo, incapaz de moderar tus ímpetus, ¿qué has dicho? Si todos los pretendientes le dieran tanto como yo, se estaría tres meses en su casa, lejos de nosotros.”

Así habló, y mostróle, tomándolo de debajo de la mesa, el escabel en que apoyaba sus nítidas plantas cuando asistía a los banquetes. Pero todos los demás le dieron algo, de modo que el zurrón se llenó de pan y de carne. Y ya Odiseo iba a tornar al umbral para comer lo que le habían regalado los aqueos, pero se detuvo cerca de Antínoo y le dijo estas palabras:

“Dame algo, amigo, que no me pareces el peor de los aqueos, sino por el contrario, el mejor, ya que te asemejas a un rey. Por eso te corresponde a ti, más aún que a los otros, darme pan; y yo divulgaré tu fama por la tierra inmensa. En otra época, también yo fui dichoso entre los hombres, habité una rica morada, y di muchas veces limosna al vagabundo, cualquiera que fué y hallárase en la necesidad en que se hallase; entonces tenía innúmeros esclavos y otras muchas cosas con

las cuales los hombres viven en regalo y gozan fama de opulentos. Mas Zeus Cronida me arruinó, porque así lo quiso, incitándome a ir al Egipto con errabundos piratas; viaje largo, en el cual había de hallar mi perdición. Así que detuve en el río Egipto los corvos bajeles; después de mandar a los fieles compañeros que se quedaran a custodiar las embarcaciones, envié espías a los parajes oportunos para explorar la comarca; pero los míos, cediendo a la insolencia por seguir su propio impulso, empezaron a devastar los hermosos campos de los egipcios, y se llevaban las mujeres y los niños, y daban muerte a los varones. No tardó el clamoreo en llegar a la ciudad. Sus habitantes, habiendo oído los gritos, vinieron al amanecer: el campo se llenó de infantería, de jinetes y de reluciente bronce; Zeus, que se huelga con el rayo, mandó a mis compañeros la perniciosa fuga; y ya, desde entonces, nadie se atrevió a resistir, pues los males nos cercaban por todas partes. Allí nos mataron con el agudo bronce muchos hombres, y a otros se los llevaron para obligarlos a trabajar en provecho de los ciudadanos. A mí me entregaron a un forastero que se encontraba presente, a Dmétor Yásida, el cual me llevó a Chipre, donde reinaba con gran poder, y de allí he venido, después de padecer muchos infortunios.”

Antínoo le respondió diciendo: “¿Qué dios nos trajo esa peste, esa amargura del banquete? Quédate ahí, en medio, a distancia de mi mesa: no sea que pronto vayas al amargo Egipto y a Chipre por ser un mendigo tan audaz y sin vergüenza. Ahora te detienes ante cada uno de estos que te dan locamente, porque ni usan de moderación ni sienten piedad al regalar cosas ajenas de que disponen en gran abundancia.”

Díjole, retrocediendo, el ingenioso Odiseo: “¡Oh dioses! En verdad que el juicio que tienes no se corresponde con tu presencia. No darías de tu casa ni tan siquiera sal a quien te



suplicara, cuando, sentado a la mesa ajena, no has querido entregarme un poco de pan, con tener a mano tantas cosas.”

Así se expresó. Irritóse Antínoo aún más en su corazón y, encarándole la torva vista, le dijo estas palabras:

“Ya no creo que puedas volver atrás y salir impune de este palacio, habiendo proferido tales injurias.”

Así habló, y, tomando el escabel, tiróselo y acertóle en el hombro derecho, hacia la extremidad de la espalda. Odiseo se matuvo firme como una roca, sin que el golpe de Antínoo lo hiciera vacilar, pero meneó en silencio la cabeza, agitando en lo íntimo de su espíritu siniestros propósitos. Retrocedió en seguida al umbral, sentóse, puso en tierra el zurrón que llevaba repleto, y dijo a los pretendientes:

“Oídme, pretendientes de la ilustre reina, para que os manifieste lo que en el pecho el ánimo me ordena deciros. Ningún varón siente dolor en el alma ni pesar alguno al ser herido cuando pelea por sus haciendas, por sus bueyes o por sus blancas ovejas; mas Antínoo hirióme a mí por causa del odioso y funesto vientre, que tantos males acarrea a los hombres. Si en alguna parte hay dioses y furias para los mendigos, cójale la muerte a Antínoo antes que el casamiento se lleve a término.”

Díjole nuevamente Antínoo, hijo de Eupites: “Come sentado tranquilamente, oh forastero, o vete a otro lugar; no sea que, con motivo de lo que hablas, estos jóvenes te arrastren por la casa, asiéndote de un pie o de una mano, y te laceren todo el cuerpo.”

Tales fueron sus palabras. Todos sintieron vehemente indignación y alguno de aquellos soberbios mozos habló de esta manera:

“¡Antínoo! No procediste bien hiriendo al infeliz vagabundo. ¡Insensato! ¿Y si por acaso fuese alguna celestial deidad...? que los dioses, haciéndose semejantes a huéspedes de

otros países y tomando toda clase de figuras, recorren las ciudades para conocer la insolencia o la justicia de los hombres.”

Así hablaban los pretendientes, pero Antínoo no hizo caso de sus palabras. Telémaco sintió en su pecho una gran pena por aquel golpe, sin que por esto le cayese ninguna lágrima desde los ojos al suelo, pero meneó en silencio la cabeza, agitando en lo íntimo de su espíritu siniestros propósitos.

Cuando la discreta Penélope oyó decir que al huésped lo había herido Antínoo en el palacio, habló así en medio de sus esclavas: “¡Ojalá Apolo, célebre por su arco, te hiriese a ti de la misma manera!”

Díjole entonces Eurínome, la despensera: “Si nuestros votos se cumpliesen, ninguno de aquellos viviría cuando se descubra Eos, de hermoso trono.”

Respondióle la discreta Penélope: “¡Ama! Todos son aborrecibles porque traman acciones inicuas, pero Antínoo casi tanto como la negra Ker. Un infeliz forastero anda por el palacio y pide limosna, pues la necesidad lo apremia; los demás llenaron el zurrón con sus dádivas, y este le ha tirado el escabel, acertándole en el hombro derecho.”

De tal suerte habló, sentada en su estancia entre las siervas, mientras el divinal Odiseo cenaba. Y llamando después al divinal porquero, díjole de este modo:

“Ve, divinal Eumeo, acércate al huésped y mándale que venga para que yo lo salude y le interrogue también acerca de si oyó hablar de Odiseo, de ánimo paciente, o le vio acaso con sus propios ojos, pues parece que ha vagado por muchas tierras.”

Y tú le respondiste así, porquerizo Eumeo: “Ojalá se callaran los aqueos, oh reina, pues cuenta tales cosas que encantaría tu corazón. Tres días con sus noches lo detuve en mi cabaña, pues fui el primero a quien acudió al escaparse del bajel, pero ni aun así pudo terminar la narración de sus desventu-

ras. Como se contempla al aedo que, instruido por los dioses, les canta a los mortales deleitosos relatos, y ellos no se sacian de oírle cantar, así me tenía transportado mientras permaneció en mi majada. Asegura que fue huésped del padre de Odiseo y que vive en Creta, donde está el linaje de Minos.<sup>6</sup> De allí viene, habiendo padecido infortunios y vagando de una parte a otra; y refiere que oyó hablar de Odiseo, el cual vive, está cerca —en el opulento país de los tesprotos— y trae a esta casa muchas preciosidades.”

Respondióle la discreta Penélope: “Anda, ve, hazle venir para que lo relate en mi presencia. Regocíjense los demás, sentados en la puerta, o aquí en la sala, ya que tienen el corazón alegre, porque sus bienes, el pan y el dulce vino se guardan íntegros en sus casas, si no es lo que comen sus esclavos; mientras que ellos vienen día tras día a nuestro palacio, nos degüellan los bueyes, las ovejas y las pingües cabras, celebran espléndidos banquetes, beben el vino locamente y así se consumen muchas cosas, porque no tenemos un hombre como Odiseo, que fuera capaz de librar a nuestra casa de la ruina. Si Odiseo tornara y volviera a su patria, no tardaría en vengar, juntándose con su hijo, las violencias de estos hombres.”

Así dijo, y Telémaco estornudó tan recio que el palacio retumbó horrendamente. Rióse Penelope y enseguida dirigió a Eumeo estas aladas palabras:<sup>7</sup>

“Anda y tráeme ese forastero. ¿No ves que mi hijo estornudó a todas mis palabras? Esto indica que no dejará de llevarse a cabo la matanza de los pretendientes, sin que ninguno escape a la muerte. Otra cosa te diré, que pondrás en tu corazón: si llego a conocer que cuanto me relatare es verdad, le entregaré un manto y una túnica, vestidos muy hermosos.”

Así se expresó. Fuése el porquerizo al oírle y, llegándose adonde estaba Odiseo, le dijo estas aladas palabras:

“¡Padre huésped! Te llama la discreta Penélope, madre de Telémaco, pues, aunque afligida por los pesares, su ánimo la incita a hacerte algunas preguntas sobre su esposo. Y si llega a conocer que cuanto le relatares es cierto, te entregaría un manto y una túnica, de que tienes gran falta; y en lo sucesivo mantendrás tu vientre yendo por el pueblo a pedir pan, pues te dará limosna el que quiera.”

Respondióle el paciente divinal Odiseo: “¡Eumeo! Yo diría incontinenti la verdad de todas estas cosas a la hija de Icario, a la discreta Penélope, porque sé muy bien de su esposo y hemos sufrido igual infortunio; mas temo a la muchedumbre de los crueles pretendientes, cuya insolencia y orgullo llegan al férreo Uranos. Ahora mismo, mientras andaba yo por la casa sin hacer mal a nadie, dióme este varón un doloroso golpe y no lo impidió Telémaco ni otro alguno. Así, pues, exhorta a Penélope, aunque esté impaciente, a que aguarde en el palacio hasta la puesta de Helios; o interrúgueme entonces sobre su marido y el día en que volverá, haciéndome sentar cerca del fuego, pues mis vestidos están en mísero estado, como sabes tú muy bien por haber sido el primero a quien dirigí mis súplicas.”

Tal dijo. El porquero se fue en cuanto oyó estas palabras. Y ya repasaba el umbral cuando Penélope le habló de esta manera:

“¿No lo traes, Eumeo? ¿Por qué se niega el vagabundo? ¿Siente hacia alguien un gran temor, o se avergüenza en el palacio por otros motivos? Malo es que un vagabundo peque de vergonzoso.”

Y tú le respondiste así, porquerizo Eumeo: “Habla razonablemente, y dice lo que otro pensara en su caso, queriendo evitar la insolencia de varones tan soberbios. Te invita a que aguardes hasta la puesta de Helios. Y será mucho mejor para ti, oh reina, que estés sola cuando le hables al huésped y escuches sus respuestas.”

Contestóle la discreta Penélope: “No pensó neciamente el forastero, sea quien fuere, pues no hay en país alguno, entre los mortales hombres, otros de más insolencia, ni que maquinen más inicuas acciones que los pretendientes.”

Así habló. El divinal porquero se fue hacia la turba de los pretendientes tan pronto como dijo a Penélope cuanto deseaba, y acto seguido dirigió a Telémaco estas aladas palabras, acercando la cabeza para que los demás no se enteraran:

“¡Amigo! Yo me voy a guardar los puercos y todas aquellas cosas que son tus bienes y los míos; y lo de acá, quede a tu cuidado. Mas lo primero de todo, sálvate a ti mismo y considera en tu espíritu cómo evitarás que te hagan daño, pues traman maldades muchos de los aqueos, a quienes Zeus destruya antes que se convierta en una plaga para nosotros.”

Respondióle el prudente Telémaco: “Así se hará, abuelo. Vete después de cenar, y al romper el alba traerás hermosas víctimas que de las cosas presentes cuidaré yo y también los Inmortales.”

Tal dijo. Sentóse Eumeo nuevamente en la bien pulimentada silla, y después que satisfizo el deseo de comer y de beber, volvióso a sus puercos, dejando atrás la cerca y la casa, que rebosaban de convidados y recreábanse estos con el baile y el canto, porque ya la tarde había venido.



## Notas

- <sup>1</sup> Con estas y otras frases análogas da a entender Homero que la vuelta de Odiseo a su patria se verificó en el otoño, estación a la que convienen las observaciones que sobre la temperatura reinante hace a veces el poeta.
- <sup>2</sup> La razón de la confianza del cabrero Melantio con el altivo príncipe itacense se revela en la rapsodia siguiente, cuando habla el poeta del ilícito comercio entre Eurímaco y la desvergonzada hermana de aquel, criada desagradecida de Penélope.
- <sup>3</sup> Dificilmente se hallará episodio más bello, tomado de un asunto que seudo críticos de alto coturno calificarían de trivial y bajo. En manos del verdadero poeta el barro puede convertirse en oro. Más conmueve (;maravilla del arte!) la muerte del perro de Odiseo que la de altos héroes desdichadamente tratados por medianos postes. *Telephe vel Peleu, male si mandata loqueris, aut dormitabo aut ridebo.*
- <sup>4</sup> Se ha censurado a Homero por la excesiva longevidad que concede a Argos. No comprendemos por qué han de escatimarse a un poeta esas licencias, pero además no hay tal inverosimilitud, pues aunque la vida de los perros es por lo común más breve, se dan casos extraordinarios, y este pudo muy bien ser uno de ellos. Plinio, por otra parte, habla de perros que solían vivir veinte años. *Canes Laconici vivunt annis denis, caetera genera quindecim annos, aliquando viginti.*
- <sup>5</sup> Comentando este pasaje dice Eustacio: Ved cuán ingenioso es Odiseo; es maestro en el arte de pedir.
- <sup>6</sup> Idomeneo reinaba todavía en Creta cuando ocurrían en Ítaca estos sucesos.
- <sup>7</sup> Penélope toma como de buen agüero el estornudo de Telémaco, porque se verifica a la terminación de las palabras en que manifiesta sus deseos. La superstición de tener el estornudo como agüero procedía de que, viniendo de la cabeza, residencia de la razón y del juicio, se le tomaba como un signo de aprobación enviado por el mismo Zeus. Véase en comprobación de lo dicho este pasaje de *La Anábasis* de Jenofonte (lib. III, cap. II); “Estando diciendo esto, estornudó uno de los soldados del ejército; lo cual como lo oyese los otros soldados, tomándolo por buen agüero, todos a una se hincaron de rodillas, y comenzaron a adorar a Dios.”

## Rapsodia decimaoctava

**L**EGÓ ENTONCES UN MENDIGO QUE ANDABA POR TODO EL pueblo, el cual pedía limosna en la ciudad de Ítaca, se señalaba por su vientre glotón —pues comía y bebía incesantemente— y hallábase falto de fuerza y de vigor, aunque tenía gran presencia. Arneo era su nombre, el que al nacer le puso su veneranda madre,<sup>1</sup> pero llamábanle Iro<sup>2</sup> todos los jóvenes, porque hacía los mandados que se le ordenaban. Propúsose el tal sujeto, cuando llegó, echar a Odiseo de su propia casa e insultóle con estas aladas palabras:

“Retírate del umbral, oh viejo, para que no hayas de haberte muy pronto asido de un pie y arrastrado afuera. ¿No adviertes que todos me guiñan el ojo, instigándome a que te arrastre, y no lo hago porque me de vergüenza? Mas, ea, álzate, si no quieres que en la disputa lleguemos a las manos.”

Mirándole con torva faz, le respondió el ingenioso Odiseo: “¡Desdichado! Ningún daño te causo, ni de palabra ni de obra; ni me opongo a que te den, aunque sea mucho. En este umbral hay sitio para entrambos y no has de envidiar las cosas de otro; me parece que eres un vagabundo como yo, y son las deidades quienes proporcionan la opulencia. Pero no me provoques demasiado a venir a las manos, ni excites mi cólera, no sea que, viejo como soy, te llene de sangre el pecho y los labios, y así gozaría mañana de mayor descanso, pues no creo que asegundaras la vuelta a la mansión de Odiseo Laertiada.”

Contestóle muy enojado el vagabundo Iro: “¡Oh dioses! Cuán atropelladamente habla el glotón, que parece la vejezuela del horno. Algunas cosas malas pudiera tramar contra él; golpeándole con mis brazos le echaría los dientes de las mandíbulas al suelo como a una marrana que destruye las mieses. Cíñete ahora, a fin de que estos nos juzguen en el combate. Pero ¿cómo podrás luchar con un hombre más joven?”

De tal modo se zaherían ambos, con gran animosidad en el pulimentado umbral, delante de las elevadas puertas. Advirtiolo la sacra potestad de Antínoo y, con dulce risa, dijo a los pretendientes:

“¡Amigos! Jamás hubo una diversión como la que un dios nos ha traído a esta casa. El forastero e Iro riñen y están para venir a las manos; hagamos que peleen cuanto antes.”

Así se expresó. Todos se levantaron con gran risa y se pusieron alrededor de los haraposos mendigos. Y Antínoo, hijo de Eupites, díjoles de esta suerte:

“Oíd, ilustres pretendientes, lo que voy a proponeros: de los vientres de cabra<sup>3</sup> que llenamos de gordura y de sangre, y pusimos a la lumbre para la cena, escoja el que quiera aquel que resulte vencedor, por ser el más fuerte, y en lo sucesivo, comerá con nosotros y no dejaremos que entre ningún otro mendigo a pedir limosna.”

Así se expresó Antínoo, y a todos les plugo cuanto dijo. Pero el ingenioso Odiseo, meditando engaños, hablóles de esta suerte:

“¡Amigos! Aunque no es justo que un hombre viejo y abrumado por la desgracia luche con otro más joven, el maléfico vientre me instiga a aceptar el combate, para que haya de sucumbir a los golpes que me dieren. Ea, pues, prometed todos,



con firme juramento, que ninguno, para socorrer a Iro, me golpeará con pesada mano, procediendo inicua y empleando la fuerza para someterme a aquel.”

Así les dijo, y todos juraron como se los pedía. Y tan pronto como hubieron acabado de prestar el juramento, el esforzado y divinal Telémaco hablóles con estas palabras:

“¡Huésped! Si tu corazón y tu ánimo valiente te impulsan a quitar a este de enmedio, no temas a ningún otro de los aquivos, pues con muchos tendría que luchar quien te pegare. Yo soy aquí el que da hospitalidad, y aprueban mis palabras los reyes Antínoo y Eurímaco, prudentes ambos.”

Así lo dijo, y todos lo aprobaron. Odiseo se ciñó los andrajos, ocultando las partes verendas, y mostró sus muslos hermosos y grandes; también aparecieron las anchas espaldas, el pecho y los fuertes brazos; y Atenea, poniéndose a su lado, acrecentóle los miembros al pastor de hombres. Admiráronse muchísimo los pretendientes, y uno de ellos dijo al que tenía más cercano:

“Pronto a Iro, al infortunado Iro, le alcanzará el mal que se buscó. ¡Tal muslo ha descubierto el viejo, al quitarse los harapos!”

Así decían, y a Iro se le turbó el ánimo miserablemente. Mas con todo eso, ciñéronle, a viva fuerza los criados, y sacáronlo lleno de temor, pues las carnes le temblaban en sus miembros. Y Antínoo le increpó de esta guisa:

“Ojalá no existieras, fanfarrón, ni hubieses nacido, puesto que tiembles y temes de tal modo a un viejo, abrumado por el infortunio que le persigue. Lo que voy a decir se cumplirá. Si este quedare vencedor, por tener más fuerza, te echaré en una negra embarcación y te mandaré al Epiro, al rey Equeeto,<sup>4</sup>

plaga de todos los mortales, que te cortará la nariz y las orejas con el cruel bronce y te arrancará las partes viriles para dárselas crudas a los perros.”

Así habló, y a Iro crecióle el temblor que agitaba sus miembros. Condujéronlo al centro y entrambos contendientes levantaron los brazos. Entonces pensó el paciente y divinal Odiseo si le daría tal golpe a Iro que el alma se le fuera en cayendo a tierra, o le pegaría con más suavidad, derribándolo al suelo. Y después de considerarlo bien, le pareció que lo mejor sería pegarle suavemente, para no ser reconocido por los aquivos. Alzados los brazos, Iro dio un golpe a Odiseo en el hombro derecho; y Odiseo, tal puñada a Iro en la cerviz, debajo de la oreja, que le quebrantó los huesos allá en el interior y le hizo echar roja sangre por la boca: cayó Iro, y, tendido en el suelo, batió los dientes y golpeó con los pies la tierra; y en tanto los ilustres pretendientes levantaban los brazos y se morían de risa.<sup>5</sup> Pero Odiseo cogió a Iro del pie y, arrastrándolo por el vestíbulo hasta llegar al patio y a las puertas del pórtico, lo asentó, recostándolo contra la pared, le puso un bastón en la mano y le dirigió estas aladas palabras:

“Quédate allí sentado para ahuyentar los puercos y los canes; y no quieras, siendo tan ruin, ser el señor de los huéspedes y de los pobres, no sea que te atraigas un daño aún peor que el de ahora.”

Dijo, y colgándose del hombro el astroso zurrón lleno de agujeros, con su cuerda retorcida, volvióse al umbral y allí tomó asiento. Y entrando los demás, que se reían placenteramente, le festejaron con estas palabras:

“¡Zeus y los inmortales dioses te den, oh huésped, lo que más anheles y a tu ánimo le sea grato, ya que has conseguido que ese pordiosero insaciable deje de mendigar por el pueblo,

pues en seguida lo llevaremos al Epiro, al rey Equeto, plaga de todos los mortales!”

Así dijeron, y el divinal Odiseo holgó del presagio. Antinoo le puso delante un vientre de cabra grandísimo, lleno de gordura y de sangre, y Anfinomo le sirvió dos panes, que tomara del canastillo, ofrecióle vino en copa de oro, y le habló de esta manera:

“¡Salve, padre huésped! Sé dichoso en lo sucesivo, ya que ahora te abruman tantos males.”

Respondióle el ingenioso Odiseo: “¡Anfinomo! Me parece muy discreto, como hijo de tal padre. Llegó a mis oídos la buena fama que el duliquiense Niso gozara de bravo y de rico; dicen que él te ha engendrado, y en verdad que tu apariencia es la de un varón afable. Por esto voy a decirte una cosa, y tú atiéndeme y óyeme: la tierra no cría ser alguno más mísero que el hombre, entre cuantos respiran y se mueven sobre el suelo. No se figura el hombre que haya de padecer infortunios, mientras las deidades le proporcionan la felicidad y sus rodillas se mueven, pero cuando los bienaventurados dioses le mandan la desgracia, ha de soportarla, mal de su grado, con ánimo paciente, pues es tal el pensamiento de los terrestres varones que cambia según el día que les trae el Padre de los hombres y de los Dioses. También yo, en otro tiempo, hubiera debido ser feliz entre los hombres, pero cometí repetidas maldades, prevaliéndome de mi fuerza y de mi poder y confiando en mi padre y en mis hermanos... Nadie, por consiguiente, sea injusto en cosa alguna; antes bien, disfrute sin ruido de las dádivas que los númenes le deparen. Observo que los pretendientes maquinan muchas iniquidades, consumiendo las posesiones y ultrajando a la esposa de un varón que te aseguro que no estará largo tiempo apartado de sus amigos y de

su patria, porque ya se halla muy cerca de nosotros. Ojalá un dios te conduzca a tu casa y no te encuentres con él cuando torne a la patria tierra, que no ha de ser incruenta la lucha que entable con los pretendientes tan luego como vuelva a estar debajo de la techumbre de su morada.”

Así habló y, hecha la libación, bebió el dulce vino y puso nuevamente la copa en manos del príncipe de hombres. Este se fue por la casa, con el corazón angustiado y meneando la cabeza, pues su ánimo le presagiaba desventuras, aunque no por eso había de librarse de la Ker, pues Atenea lo detuvo, a fin de que cayera vencido por las manos y la robusta lanza de Telémaco. Mas entonces, volvióse a la silla que antes ocupaba.

Entretanto, Atenea, la deidad de los claros ojos, puso en el corazón de la discreta Penélope, hija de Icarío, el deseo de mostrarse a los pretendientes para que se les alegrara grandemente el ánimo y fué ella más honrada que nunca por su esposo y por su hijo. Rióse Penélope sin motivo y profirió estas palabras:

“¡Eurínome! Mi ánimo desea lo que antes no apetecía: que me muestre a los pretendientes, aunque a todos deteste. Quisiera hacerle a mi hijo una advertencia que le será provechosa: que no trate de continuo a estos soberbios, que dicen buenas palabras y maquinan acciones inicuas.”

Respondióle Eurínome, la dispensera: “Sí, hija, es muy oportuno cuanto acabas de decir. Ve, hazle a tu hijo esa advertencia y nada le ocultes, pero antes lava tu cuerpo y unge tus mejillas; no te presentes con el rostro afeado por las lágrimas, que es malísima cosa afligirse siempre y sin descanso, ahora que tu hijo ya tiene la edad que anhelabas cuando pedías a las deidades que pudieses ver que echaba barbas.”

Respondióle la discreta Penélope: “¡Eurínome! Aunque andes solícita por mi bien, no me aconsejes tales cosas —que

lave mi cuerpo y me unja con aceite—, pues destruyeron mi belleza los dioses que habitan el Olimpo, cuando aquel se fue en las cóncaves naves. Pero manda que Autónoe e Hipodamia vengan y me acompañarán por el palacio, que sola no iría adonde están los hombres, porque me da vergüenza.”

Así habló, y la vieja se fue por el palacio a decirle a las mujeres y mandarles que se presentaran.

Entonces Atenea, la deidad de los zarcos ojos, tramó otro arbitrio: infundióle dulce sueño a la hija de Icarío, que se quedó recostada en el lecho y todas las articulaciones se le relajaron; y acto continuo, la divina entre las diosas la favoreció con inmortales dones, para que la admiraran los aqueos: primeramente, le lavó la bella faz con ambrosía, que aumenta la hermosura, del mismo modo que se unge Citerea, la de linda corona, cuando va al amable coro de las Cárites, y luego hizo que apareciese más alta y más gruesa y que su blancura aventajara la del marfil recientemente labrado. Después de lo cual, partió la divina entre las diosas.

Llegaron al interior de la casa, con gran alboroto, las doncellas de níveos brazos; y el dulce sueño dejó a Penélope, que se enjugó las mejillas con las manos, y habló de esta manera:

“Blando sopor se apoderó de mí, que estoy tan apenada. Ojalá que ahora mismo me diera la casta Artemisa una muerte tan dulce para que no tuviese que consumir mi vida lamentándome en mi corazón y echando de menos las cualidades de toda especie que adornaban a mi esposo, el más señalado de todos los aqueos.”

Diciendo así, bajó del magnífico aposento superior, sin que fuese sola, sino acompañada de dos esclavas. Cuando la divina entre las mujeres hubo llegado adonde estaban los pretendientes, paróse ante la columna que sostenía el techo sólidamente construido, con las mejillas cubiertas por espléndido

velo y una honrada doncella a cada lado. Los pretendientes sintieron flaquear sus rodillas, fascinada su alma por el amor, y todos deseaban acostarse con Penélope en su mismo lecho. Mas ella habló de esta suerte a Telémaco, su hijo amado:

“¡Telémaco! Ya no tienes ni firmeza de voluntad ni juicio. Cuando estabas en la niñez revolvías en tu inteligencia pensamientos más sensatos, pero ahora que eres grande, por haber llegado a la flor de la juventud, y que un extranjero al contemplar tu estatura y tu belleza consideraría dichoso al varón de quien eres prole, no muestras ni recta voluntad ni tampoco juicio. ¡Cuál acción no ha tenido lugar en esta sala, donde permitiste que se maltratara a un huésped de semejante modo! ¿Qué sucederá si el huésped que se halla en nuestra morada es objeto de una vejación tan penosa? La vergüenza y el oprobio caerán sobre ti, ante todos los hombres.”

Respondióle el prudente Telémaco: “¡Madre mía! No me causa indignación que estés irritada, mas ya en mi ánimo conozco y entiendo muchas cosas buenas y malas, pues hasta ahora he sido un niño. Esto no obstante, me es imposible resolverlo todo prudentemente, porque me turban los que se sientan a mis lados, pensando cosas inicuas, y no tengo quien me auxilie. El combate del huésped con Iro no terminó como lo habían acordado los pretendientes, y fue vencedor aquel que tuvo más fuerza. Ojalá, ¡oh padre Zeus, Atenea, Apolo!, que los pretendientes ya hubieran sido vencidos en este palacio y se hallaran, unos en el patio y otros dentro de la sala, con la cabeza caída y los miembros relajados, del mismo modo que Iro, sentado a la puerta del patio mueve la cabeza como un beodo y no logra ponerse en pie ni tornar a su morada por donde solía ir, porque tiene los miembros relajados.”

Así estos conversaban. Y Eurímaco habló con estas palabras a Penélope:

“¡Hija de Icarío! ¡Discreta Penélope! Si todos los aqueos te viesen en Argos de Yaso,<sup>6</sup> muchos más serían los pretendientes que desde el amanecer celebrasen banquetes en tu palacio, porque sobresales entre las mujeres por tu belleza, por tu estatura y por tu buen juicio.”

Contestóle la discreta Penélope: “¡Eurímaco! Mis atractivos —la hermosura y la gracia de mi cuerpo— destruyéronlos los inmortales cuando los argivos partieron para Ilión, y se fue con ellos mi esposo Odiseo. Si este, volviendo, cuidara de mi vida, mayor y más bella sería mi gloria. Ahora estoy angustiada por tantos males como me envió algún dios. Por cierto que Odiseo, al dejar la tierra patria, me tomó por la diestra y me habló de esta guisa:

“¡Oh mujer! No creo que todos los aquivos, de hermosas grebas, tornen de Troya sanos y salvos; mas dicen que los teucros son belicosos, sumamente hábiles en tirar dardos y flechas, y peritos en montar carros de veloces corceles, que acostumbran a decidir muy pronto la suerte de un empeñado y dudoso combate. No sé, por tanto, si algún dios me dejará volver, o sucumbió en Troya. Todo lo de aquí quedará a tu cuidado; acuérdate, mientras estés en el palacio, de mi padre y de mi madre, como lo haces ahora, o más aún durante mi ausencia; y así que notes que nuestro hijo ya tiene barba, cástate con quien quieras y abandona esta morada.”

Así habló aquel y todo se va cumpliendo. Vendrá la noche en que ha de celebrarse el casamiento tan odioso para mí, ¡oh infeliz!, a quien Zeus ha privado de toda ventura. Pero un pesar terrible me llega al corazón y al alma, porque antes de

ahora no se portaban de tal modo los pretendientes. Los que pretenden a una mujer ilustre, hija de un hombre opulento, y rivalizan entre sí para alcanzarla, traen bueyes y pingües ovejas para dar un convite a los amigos de la novia, hacen espléndidos regalos y no devoran impunemente los bienes ajenos.”

Así dijo, y el pariente divinal Odiseo se holgó de que les sacase regalos y les lisonjeara el ánimo con dulces palabras, cuando eran tan diferentes los propósitos que en su inteligencia revolvía.

Respondióle Antínoo, hijo de Eupites: “¡Hija de Icario! ¡Prudente Penélope! Admito los regalos que cualquiera de los aqueos te trajere, porque no está bien que se rehúse una dádiva, pero nosotros ni volveremos a nuestros campos ni nos iremos a parte alguna hasta que te cases con quien sea el mejor de los aqueos.”

Así se expresó Antínoo. A todos les plugo cuanto dijo, y cada uno envió su propio heraldo para que le trajese los presentes. El de Antínoo le trajo un peplo grande, hermosísimo, que tenía doce hebillas de oro sujetas por sendos anillos, hermosamente retorcidos. El de Eurímaco se apresuró a traerle un collar magníficamente labrado, de oro engastado en electro, que resplandecía como Helios. Dos servidores le trajeron a Euridamante unos pendientes de tres piedras preciosas, grandes como ojos, espléndidas, de gracioso brillo. Un siervo trajo de la casa del príncipe Pisandro Polictérica un collar, que era un adorno bellísimo, y otros aqueos hicieron traer, a su vez, otros costosos regalos.

La divina entre las mujeres volvió luego a la estancia superior con las esclavas, que se llevaron los magníficos presentes, y ellos volvieron a solazarse con la danza y el deleitoso canto, en espera de que llegase la noche. Sobrevino la obscura noche cuando aún se divertían, y entonces colocaron en la sala



tres tederos para que alumbrasen; amontonaron a su alrededor leña seca, cortada desde hace mucho tiempo, muy dura, y partida recientemente con el bronce; mezclaron teas con la misma y las esclavas de Odiseo, de ánimo paciente, cuidaban por turno de mantener el fuego. A ellas el ingenioso Odiseo, de linaje divino, les dijo de esta suerte:

“¡Esclavas de Odiseo, del rey que se halla ausente desde largo tiempo! Idos a la habitación de la venerable reina y dad vueltas a los husos y alegradla sentadas en su cuarto, o cardad lana con vuestras manos, que yo cuidaré de alumbrarles a todos los que aquí se encuentran. Pues aunque deseen quedarse hasta que venga Eos, de hermoso trono, no me cansarán, que estoy habituado a sufrir mucho.”

Así dijo; ellas se rieron, mirándose las unas a las otras, e increpóle groseramente Melanto, la de bellas mejillas, a la cual engendrara Dolio y creara y educara Penélope como a hija suya, dándole cuanto le pudiese recrear el ánimo; mas con todo eso, no compartía los pesares de Penélope y se juntaba con Eurímaco, de quien era amante. Esta, pues, increpó a Odiseo con injuriosas palabras:

“¡Miserable forastero! Tú estás falto de juicio, y en vez de irte a dormir a una herrería o a la Lesque, hablas aquí largamente y con audacia ante tantos varones, sin que el ánimo se te turbe: o el vino te trastornó el seso, o tienes este carácter, y tal es la causa de que digas necedades. ¿Acaso te desvanece la victoria que conseguiste contra el vagabundo Iro? No sea que se levante de súbito alguno más valiente que Iro, que te golpee la cabeza con su mano robusta y te arroje de la casa, llenándote de sangre.”

Mirándola con torva faz, exclamó el ingenioso Odiseo: “Voy en el acto a contarle a Telémaco lo que dices, ¡perra!, para que aquí mismo te despedace.”

Diciendo así, espantó con sus palabras a las mujeres. Fuéronse estas por la casa, y las piernas les flaqueaban, del gran temor, pues figurábanse que había hablado seriamente. Y Odiseo se quedó junto a los tederos, cuidando de mantener la lumbre y dirigiendo la mirada a los que allí se encontraban, mientras en su pecho revolvía otros propósitos, que no dejaron de llevarse a cabo.

Pero tampoco permitió Atenea aquella vez que los ilustres pretendientes se abstuvieran por completo de la dolorosa injuria, a fin de que el pesar atormentara aún más el corazón de Odiseo Laertíada. Y Eurímaco, hijo de Pólipo, comenzó a hablar para hacer mofa de Odiseo, causándoles gran risa a sus compañeros:

“Oídme, pretendientes de la ilustre reina, para que os manifieste lo que en el pecho el ánimo me ordena deciros. No sin la voluntad de los dioses, vino ese hombre a la casa de Odiseo. Parece como si el resplandor de las antorchas saliese de él y de su cabeza, en la cual ya no queda cabello alguno.”

Dijo, y seguidamente habló de esta manera a Odiseo, asolador de ciudades: “¡Huésped! ¿Querrías servirme en un rincón de mis campos, si te tomase a sueldo —y te lo diera muy cumplido—, atando setos y plantando árboles grandes? Yo te proporcionaría pan todo el año, y vestidos, y calzado para tus pies. Mas como ya eres ducho en malas obras, no querrás aplicarte al trabajo, sino tan solo a pedir limosna por la población, a fin de poder llenar tu vientre insaciable.”

Respondióle el ingenioso Odiseo: “¡Eurímaco! Si nosotros hubiéramos de competir sobre el trabajo de la siega cada estación vernal, cuando los días son más largos, y yo tuviese una bien curvada hoz y tú otra tal para probarnos en la faena, no quedáramos en ayunas hasta el anochecer, y la hierba no faltara; o si conviniera guiar unos magníficos bueyes de luciente

pelaje, graneles, hartos de hierba, parejos en la edad, y una carga, cuyo vigor no fuera chico, para la labranza de un campo de cuatro yugadas y de tan buen tempero que los terrones cediesen al arado, veríasme rompiendo un no interrumpido surco. En igual modo, si el Cronida suscitara una guerra en cualquier parte y yo tuviese un escudo, dos lanzas y un casco de bronce, que se adaptara a mis sienes, veríasme mezclado con los que mejor y más adelante lucharan, y ya no me reprocharías por mi vientre como ahora. Pero tú te portas con gran insolencia, tienes ánimo cruel y quizás te creas grande y fuerte, porque estás entre pocos y no de los mejores. Si Odiseo tornara y volviera a su patria, estas puertas tan anchas te serían angostas cuando salieses huyendo por el vestíbulo.”

Así habló. Irritóse Eurímaco todavía más en su corazón y, encarándole la torva vista, le dijo estas aladas palabras: “¡Ah, miserable! Pronto he de imponerte el castigo que mereces por la audacia con que hablas ante tantos varones y sin que tu ánimo se turbe o el vino te trastorne el seso, o tienes este carácter, y tal es la causa de que digas necedades. ¿Te desvanece acaso la victoria que conseguiste contra el vagabundo Iro?”

En acabando de hablar, cogió un escabel, pero como Odiseo, temiéndole, se sentara en las rodillas del duliquiense Anfínomo, acertó al copero en la mano derecha; el jarro de este cayó a tierra con gran estrépito y él mismo fue a dar, gritando, de espaldas en el polvo. Los pretendientes movían alboroto en la obscura sala, y uno de ellos dijo al que tenía más cerca:

“Ojalá acabara sus días el forastero vagando por otros lugares, antes que viniese, y así no hubiera originado este gran tumulto. Ahora disputamos por los mendigos, y ni en el banquete se hallará placer alguno, porque prevalece lo peor.”

Y el esforzado y divinal Telémaco les habló, diciendo: “¡Desgraciados! Os volvéis locos y vuestro ánimo ya no puede disi-

mular los efectos de la comida y del vino; algún dios os excita sin duda. Mas ya que comisteis bien, vaya cada uno a recogerse a su casa, cuando el ánimo se lo aconseje, que yo no pienso echar a nadie.”

Esto les dijo, y todos se mordieron los labios, admirándose de que Telémaco les hablase con tanta audacia. Y Anfinomo, el preclaro hijo del rey Niso Aretíada, les arengó de esta manera:

“¡Amigos! Nadie se irrite, oponiendo contrarias razones al dicho justo de Telémaco, y no maltratéis al huésped ni a ninguno de los esclavos que moran en la casa del divinal Odiseo. Mas, ea, comience el escanciador a repartir las copas, para que, en haciendo la libación, nos vayamos a recoger en nuestras casas; dejaremos que el huésped se quede en el palacio de Odiseo, al cuidado de Telémaco, ya que a la morada de este enderezó el camino.”

Así habló, y su discurso los plugo a todos. El héroe Mulio, heraldo duliquiense y criado de Anfinomo, mezcló la bebida en una crátera, y sirvióla a cuantos se hallaban presentes, llevándosela por su orden; y ellos, después de ofrecer la libación a los bienaventurados dioses, bebieron el dulce vino. Mas después que hubieron libado y bebido cuanto desearan, cada uno se fue a acostar a su mansión.



## Notas

- <sup>1</sup> Aunque de esta frase pudiera deducirse que la madre tenía derecho a imponer el nombre que le agradase a su hijo, parece que esto solía hacerse de común acuerdo entre los padres, y aun interviniendo otras personas allegadas. “Después, cuando nos nació este hijo (dice Estrepsíades en *Las Nubes*), disputamos mi buena mujer y yo acerca del nombre que habíamos de darle... Tras largo debate, adoptamos, por fin, un término medio, y le llamamos Fidípides.” Más tarde veremos que a Odiseo se le impone este nombre por voluntad de su abuelo materno Autólico.
- <sup>2</sup> Iro vale tanto como correo o mensajero. El nombre *Iris* tiene etimología y significación idénticas.
- <sup>3</sup> Este y otro pasaje análogo podrían servir para extender la carta ejecutoria de nobleza de la morcilla, gran bocado digno de veneración, que dijo jocosamente Alcázar, a pesar de que quizá ignorara su antiquísima estirpe.
- <sup>4</sup> Hijo de Euquenor y de Ilogea, o, según otros, de Buqueto, rey de los sicelos. Era crudelísimo. Para castigar un desliz amoroso de su hija, le sacó los ojos y la condenó a moler toda su vida granos de cebada. Al corruptor le cortó en un festín todas las extremidades del cuerpo. Hay quien duda de su existencia real, y quien piensa que fue algún contemporáneo de Homero condenado a perpetua ignominia por el poeta, a quien había inferido alguna injuria.
- <sup>5</sup> Traducción literal del original.
- <sup>6</sup> Quiere decir en el Peloponeso, pues Argos era el principal asiento de los aqueos. Yaso fue hijo de Argos y de Evadne, padre de Agenor y rey del Peloponeso.



## Rapsodia decimanovena

QUEDOSE EN EL PALACIO EL DIVINAL ODISEO Y, JUNTO CON Atenea, pensaba en la matanza de los pretendientes, cuando de súbito dijo a Telémaco estas aladas palabras:

“¡Telémaco! Es preciso llevar adentro las marciales armas y engañar a los pretendientes con suaves frases cuando las echen de menos y te pregunten por las mismas: “Las he llevado lejos del humo, porque ya no parecen las que dejó Odiseo al partir para Troya, sino que están afeadas en la parte que alcanzó el ardor del fuego. Además, alguna deidad me sugirió en la mente esta otra razón más poderosa: no sea que, embriagándoos, trabéis una disputa, os hiráis los unos a los otros, y mancilléis el convite y el noviazgo, que ya el hierro por sí solo atrae al hombre.”

Así se expresó. Telémaco obedeció a su padre y, llamando a su nodriza Euriclea, hablóle de esta suerte:

“¡Ama! Ea, tenme encerradas las mujeres en sus habitaciones, mientras llevo a otro cuarto las magníficas armas de mi padre, pues en su ausencia nadie las cuida y el humo las empaña. Hasta aquí he sido un niño. Mas ahora quiero depositarlas adonde no las alcance el ardor del fuego.”

Respondióle su nodriza Euriclea: “¡Oh hijo! Ojalá hayas adquirido la necesaria prudencia para cuidarte de la casa y conservar tus heredades. Pero, ¿quién será la que vaya con-

tigo, llevándote la luz, si no dejas venir las esclavas, que te hubiesen alumbrado?”

Contestóle el prudente Telémaco: “Este huésped; pues no toleraré que permanezca ocioso quien coma de lo mío, aunque haya llegado de lejas tierras.”

Así dijo, y ninguna palabra voló de los labios de Euriclea, que cerró las puertas de las cómodas habitaciones. Odiseo y su ilustre hijo se apresuraron a llevar adentro los cascos, los abollonados escudos y las agudas lanzas; y precedíales Palas Atenea, con una lámpara de oro,<sup>1</sup> la cual daba una luz hermosísima. Y Telémaco dijo de repente a su padre:

“¡Oh padre! Grande es el prodigio que contemplo con mis propios ojos: las paredes del palacio, los hermosos intercolumnios, las vigas de abeto y los pilares encumbrados aparecen a mi vista como si fueran ardiente fuego. Sin duda debe de estar aquí alguno de los dioses que poseen el anchuroso Uranos.”

Respondióle el ingenioso Odiseo: “Calla, refrena tu pensamiento y no me interrogues, pero de este modo suelen proceder, en efecto, los dioses que habitan el Olimpo. Ahora acuéstate, yo me quedaré para provocar todavía a las esclavas y departir con tu madre, la cual, lamentándose, me preguntará muchas cosas.”

Así habló, y Telémaco se fue por el palacio, a la luz de las resplandecientes antorchas, y se recogió en el aposento donde acostumbraba dormir cuando el dulce sueño lo vencía; allí se acostó para aguardar que se descubriera la divina Eos. Empero, el divino Odiseo se quedó en la sala, y junto con Atenea concertaba la matanza de los pretendientes.

Salió de su cuarto la discreta Penélope, semejante a Artemisa o a la dorada Afrodita, y colocáronle junto al hogar el torneado sillón, con adornos de marfil y de plata, en que solía sentarse, el cual había sido fabricado antiguamente por el ar-



tífice Icmalio, que le puso un escabel para los pies, adherido al mismo y cubierto con una grande piel. Allí se sentó la discreta Penélope. Llegaron de dentro de la casa las doncellas de níveos brazos, retiraron el abundante pan, las mesas, y las copas en que bebían los soberbios pretendientes y, echando por tierra las brasas de los tederos, amontonaron en las mismas gran cantidad de leña, para que hubiese luz y calor. Y Melanto increpó a Odiseo por segunda vez:

“¡Forastero! ¿Nos importunarás todavía, andando por la casa durante la noche y espionando a las mujeres? Vete afuera, oh mísero, y conténtate con lo que comiste, o muy pronto te echarán a tizonazos.”

Mirándola con torva faz, exclamó el ingenioso Odiseo: “¡Desdichada! ¿Por qué me acometes de esta manera, con ánimo irritado? ¿Quizás porque voy sucio, llevo miserables vestiduras y pido limosna por la población? La necesidad me fuerza a ello, y así son los mendigos y los vagabundos. Pues en otra época también yo fui dichoso entre los hombres, habité una rica morada y en multitud de ocasiones di limosna al vagabundo, cualquiera que fuese y hallárase en la necesidad en que se hallase; entonces poseía innumerables siervos y otras muchas cosas, con las cuales los hombres viven en regalo y gozan fama de opulentos. Mas Zeus Cronida me arruinó, porque así lo quiso. No sea que también tú, oh mujer, vayas a perder toda la hermosura por la cual sobresaes entre las esclavas; que tu señora, irritándose, se embravezca contigo; o que Odiseo llegue, pues aún hay esperanza de que torne. Y si, por haber muerto, no volviese, ya su hijo Telémaco es tal, por la voluntad de Apolo, que ninguna de las mujeres del palacio le pasará inadvertida si fuere mala, pues ya tiene edad para entenderlo.”

Así habló. Oyóle la discreta Penélope, y respondió a su esclava diciéndole de este modo:

“¡Atrevida! ¡Perra desvergonzada! No se me oculta la mala acción que estás cometiendo y que pagarás con tu cabeza. Muy bien te constaba, por haberlo oído de mi boca, que he de interrogar al forastero en esta sala, acerca de mi esposo, pues me hallo sumamente afligida.”

Dijo, y acto continuo dirigió estas palabras a Eurínome, la despensera: “¡Eurínome! Trae una silla y cúbrela con una piel, a fin de que se acomode el forastero, y hable y me escuche, que deseo interrogarle.”

Así habló. Apresuróse Eurínome a traer una pulimentada silla, la cubrió con una piel, y en ella tomó asiento el paciente divinal Odiseo.

Entonces rompió el silencio la discreta Penélope, hablando de esta suerte:

“¡Forastero! Ante todo te haré yo misma estas preguntas: ¿Quién eres y de qué país procedes? ¿Dónde se hallan tu ciudad y tus padres?

Respondióle el ingenioso Odiseo: “¡Oh mujer! Ninguno de los mortales de la vasta tierra podría censurarte, pues tu gloria llega hasta el anchuroso Uranos como la de un rey eximio y temeroso de los dioses, que impera sobre muchos y esforzados hombres, hace triunfar la justicia, y al amparo de su buen gobierno, la negra tierra produce trigo y cebada, los árboles se cargan de fruta, las ovejas paren hijuelos robustos, el mar da peces, y son dichosos los pueblos que le están sometidos. Mas ahora que nos hallamos en tu casa, hazme otras preguntas, y no te propongas averiguar mi linaje, ni mi patria; no sea que con el recuerdo acreciente los pesares de mi corazón, pues he sido muy desgraciado. Y tampoco conviene que en casa ajena esté llorando y lamentándome, porque es muy malo afligirse siempre y sin descanso; no fuere que alguna de las esclavas se enojara conmigo, o tú misma, y

dijerais que derramo lágrimas porque el vino me perturbó el entendimiento.”

Contestóle en seguida la discreta Penélope: “¡Huésped! Mis atractivos —la belleza y la gracia de mi cuerpo— destruyéronlos los Inmortales cuando los argivos partieron para Ilión y se fue con ellos mi esposo Odiseo. Si este, volviendo, cuidara de mi vida, mayor y más hermosa fuera mi gloria, pues estoy angustiada por tantos males como me envió algún dios. Cuantos próceres mandan en las islas, en Duliquio, en Same y en la selvosa Zakinto, y cuantos viven en la propia Ítaca, que se ve de lejos, me pretenden contra mi voluntad y arruinan nuestra casa. Por esto no me curo de los huéspedes, ni de los suplicantes, ni de los heraldos, que son ministros públicos; sino que, padeciendo la ausencia de Odiseo, se me consume el ánimo. Ellos me dan prisa a que me case, y yo tramo engaños. Primeramente sugirióme un dios que me pusiese a tejer en el palacio una gran tela sutil e interminable, y entonces les hablé de este modo: “¡Jóvenes pretendientes míos! Ya que ha muerto el divinal Odiseo, aguardad, para instar mis bodas, que acabe este lienzo —no sea que se pierdan inútilmente los hilos—, a fin de que tenga sudario el héroe Laertes en el momento fatal de la aterradora muerte. ¡No se me vaya a indignar alguna de las aqueas del pueblo, si ve enterrar sin mortaja a un hombre que ha poseído tantos bienes! Así les dije y su ánimo generoso se dejó persuadir. Desde aquel instante pasábame el día labrando la gran tela, y por la noche, tan luego como me alumbraba con las antorchas, deshacía lo tejido. De esta suerte logré ocultar el engaño y que mis palabras fueran creídas por los aqueos durante un trienio; mas así que vino el cuarto año y volvieron a sucederse las estaciones, después de transcurrir los meses y de pasar muchos días, entonces, gracias a las perras de mis esclavas, que de nada se cuidan, vi-

nieron a sorprenderme y me increparon con sus palabras. Así fue como, mal de mi grado, me vi en la necesidad de acabar la tela. Ahora, ni me es posible evitar las bodas, ni encuentro ningún otro consejo que me valga. Mis padres desean apresurar el casamiento y mi hijo siente gran pena al notar cómo son devorados nuestros bienes, porque ya es un hombre apto para regir la casa y Zeus le da la gloria. Mas, con todo eso, dime tu linaje y de dónde eres, que no serán tus progenitores la encina o el peñasco de la vieja fábula.”

Respondióle el ingenioso Odiseo: “¡Oh veneranda esposa de Odiseo Laertíada! ¿No cesarás de interrogarme acerca de mi progenie? Pues bien, voy a decírtela, aunque con ello acrecientes los pesares que me agobian, pues así le ocurre al hombre que, como yo, ha permanecido mucho tiempo fuera de su patria, peregrinando por tantas ciudades y padeciendo fatigas. Mas, con todo, te hablaré de aquello acerca de lo cual me preguntas e interrogas.

“En medio del sombrío ponto, rodeada del mar, existe una tierra hermosa y fértil, Creta, donde hay muchos, innumerables hombres, y noventa ciudades.<sup>2</sup> Allí se oyen mezcladas varias lenguas, pues viven en aquel país los aqueos,<sup>3</sup> los magnánimos cretenses indígenas,<sup>4</sup> los cidones,<sup>5</sup> los dorios, que están divididos en tres tribus,<sup>6</sup> y los divinales pelasgos.<sup>7</sup> Entre las ciudades se halla Cnoso,<sup>8</sup> gran urbe, en la cual reinó por espacio de nueve años Minos, que conversaba con el gran Zeus y fue padre de mi padre, del magnánimo Deucalión. Este engendróme a mí y al rey Idomeneo, que fue a Ilión en las corvas naves, juntamente con los atridas; mi preclaro nombre es Eton y soy el más joven de los dos hermanos, pues aquel es el mayor y el más valiente. En Cnoso, conocí a Odiseo y aun le ofrecí los dones de la hospitalidad. El héroe enderezaba el viaje para Troya cuando la fuerza del viento lo apartó de Ma-

lea y lo llevó a Creta; y entonces ancló sus barcos en un puerto peligroso, en la desembocadura del Amniso,<sup>9</sup> donde está la gruta de Ilitia, y a duras penas pudo escapar de la tormenta. Entró en seguida por la ciudad y preguntó por Idomeneo, que era, según afirmaba, su huésped querido y venerado, mas ya Eos había aparecido diez u once veces desde que partiera para Ilión con sus corvas naves. Al punto lo conduje al palacio, le proporcioné digna hospitalidad, tratándole solícita y amistosamente —en nuestra casa reinaba la abundancia— e hice que a él y a los compañeros que llevaba se les diera harina y negro vino, en común por el pueblo, y también bueyes para que los sacrificaran y satisficieran de este modo su apetito. Los divinales aqueos permanecieron con nosotros doce días, por soplar el Bóreas tan fuertemente que casi no se podía estar ni aun en la tierra. Debió de excitarlo alguna deidad malévola. Mas en el día treceno echóse el viento y se dieron a la vela.”

De tal suerte forjaba su relato, refiriendo muchas cosas falsas que parecían verdaderas; y a Penélope, al oírlo, le brotaban las lágrimas de los ojos y se le desconcertaba el cuerpo. Así como en las altas montañas se derrite la nieve al soplo del Euro, después que el Céfito la hiciera caer, y la corriente de los ríos crece con la que se fundó, así se derretían con el llanto las hermosas mejillas de Penélope, que lloraba por su marido, teniéndolo a su vera. Odiseo, aunque interiormente compadecía a su mujer que sollozaba, tuvo los ojos tan firmes dentro de los párpados, cual si fueran de cuerno o de hierro, y logró con astucia que no se le rezumasen las lágrimas. Y Penélope, después de que se hubo saciado de llorar y de gemir, tornó a hablarle con estas palabras:

“Ahora, oh huésped, pienso someterte a una prueba, para saber si es verdad, como lo afirmas, que en tu palacio hospedaste a mi esposo con sus compañeros iguales a los dioses.

Dime qué vestiduras llenaba su cuerpo y cómo eran el propio Odiseo y los compañeros que lo seguían.”

Respondióle el ingenioso Odiseo: “¡Oh mujer! Es difícil referirlo después de tanto tiempo, porque hace ya veinte años que se fue de allá y dejé mi patria; esto no obstante, te diré cómo se lo representa mi corazón. Llevaba el divinal Odiseo un manto lanoso, doble, purpúreo, con áureo broche de dos agujeros; en la parte anterior del manto estaba bordado un perro que tenía entre sus patas delanteras un manchado cervatillo, mirándole forcejear; y a todos pasmaba que, siendo entrambos de oro, aquel miraba al cervatillo a quien ahogaba, y este forcejeaba con los pies, deseando escapar. En torno al cuerpo de Odiseo, vi una espléndida túnica que semejaba sutil binza de cebolla, ¡tan suave era!, y relucía como Helios; y en verdad que muchas mujeres la contemplaban admiradas. Pero he de decirte una cosa que fijarás en la memoria: no sé si Odiseo ya llevaría estas vestiduras en su casa o se las dio uno de los compañeros, cuando iba en su velera nave, o quizás algún huésped, que Odiseo tenía muchos amigos, como que eran pocos los aqueos que pudieran comparársele. También yo le regalé una bronceína espada, un hermoso manto doble, de color de púrpura, y una túnica talar; después de lo cual fui a despedirlo con gran respeto hasta su nave de muchos bancos. Acompañábalo un heraldo un poco más viejo que él, y voy a decirte cómo era: metido de hombros, de negra tez y rizado cabello, y su nombre Euríbates. Honrábale Odiseo mucho más que a otro alguno de sus compañeros, porque ambos solían pensar de igual manera.”

Así lo dijo, y acrecentóle el deseo del llanto, pues Penélope reconoció las señales que Odiseo describiera con tal certidumbre. Y cuando estuvo harta de llorar y de gemir, le respondió con estas palabras:

“¡Oh huésped! Aunque ya antes de ahora te tuve compasión, en adelante has de ser querido y venerado en esta casa, pues yo misma le entregué esas vestiduras que dices, sacándolas bien plegadas de mi estancia, y les puse lustroso broche, para que le sirviese de ornamento a Odiseo. Mas ya no tornaré a recibirle, de vuelta a su hogar y a su patria, que con hado funesto partió en las cóncavas naves para ver aquella Ilión perniciosa y nefanda.”

Respondióle el ingenioso Odiseo: “¡Oh veneranda consorte de Odiseo Laertiada! No mortifiques más el hermoso cuerpo, ni consumas el ánimo, llorando a tu marido, bien que por ello no he de reprenderte, porque la mujer acostumbra sollozar cuando perdió el varón con quien se casó virgen y de cuyo amor tuvo hijos, aunque no sea como Odiseo, que, según cuentan, se asemejaba a los dioses. Suspende el llanto y presta atención a mis palabras, pues voy a hablarte con sinceridad y no te callaré nada de cuanto sé sobre el regreso de Odiseo, el cual vive, está cerca —en el opulento país de los tesprotos— y trae muchas y excelentes preciosidades que ha logrado recoger por entre el pueblo. Perdió sus fieles compañeros y la cóncava nave en el vinoso ponto, al venir de la isla de Trinacria, porque contra él se airaron Zeus y Helios, a cuyas vacas habían dado muerte sus compañeros. Los demás perecieron en el alborotado ponto, y Odiseo, que montó en la quilla de su nave, fue arrojado por las olas a tierra firme, al país de los feacios, que son cercanos por su linaje a los dioses; y ellos le honraron cordialmente como a un numen, le hicieron muchos regalos y deseaban conducirlo sano y salvo a su casa. Y ya estuviera Odiseo aquí mucho tiempo ha, si no le hubiese parecido más útil irse por la vasta tierra, para juntar riquezas; como que sobresale por sus astucias entre los mortales hombres y con él no puede rivalizar ninguno. Así

me lo dijo Fidón, rey de los tesprotos, y juró en mi presencia, haciendo libaciones en su casa, que ya habían botado la nave al mar y estaban a punto los compañeros para conducirlo a su tierra. Pero antes envióme a mí, porque se ofreció casualmente un barco de varones tespretos que iba a Duliquio, la abundosa en trigo, y me mostró todos los bienes que Odiseo hubo juntado, con los cuales pudiera mantenerse un hombre y sus descendientes hasta la décima generación: ¡tantos objetos preciosos tenía en el palacio de aquel rey! Añadió que Odiseo estaba en Dodona para saber por la alta encina la voluntad de Zeus acerca de si convendría que volviese manifiesta o encubiertamente a su patria, de la cual tanto ha que se halla ausente. Salvo está, pues, y vendrá pronto, que no permanecerá mucho tiempo alejado de sus amigos y de su patria; y sobre esto último voy a prestar un juramento. Sean testigos Zeus, el más excelso y poderoso de los dioses, y el hogar del irreprochable Odiseo a que he llegado, de que todo se cumplirá como lo digo: Odiseo vendrá aquí este año, al terminar el corriente mes y al comenzar el próximo.”

Respondióle la discreta Penélope: “Ojalá se cumpliera cuanto dices, oh forastero, que bien pronto conocerías mi amistad, pues te haría tantos regalos que te considerara dichoso quien contigo se encontrara. Pero mi ánimo presiente lo que ha de ocurrir: ni Odiseo volverá a esta casa, ni tú conseguirás que te lleven a la tuya, que no hay en el palacio quienes lo rijan, siendo cual era Odiseo —si todo no fue un sueño— para acoger y conducir a los venerables huéspedes. Mas vosotras, criadas, lavad al huésped y aparejadle un lecho, con su cama, mantas y colchas espléndidas para que, calentándose bien, aguarde la aparición de Eos de áureo trono. Mañana, muy temprano, bañadle y ungidle, y coma aquí den-



tro, en esta sala, al lado de Telémaco. Mal para aquel que con el ánimo furioso le molestore, pues será la última acción que aquí realice por muy irritado que se ponga. ¿Cómo sabrías, oh huésped, si aventajo a las demás mujeres en inteligencia y prudente consejo, si dejara que así, tan sucio y miserablemente vestido, comieras en el palacio? Son los hombres de vida corta: el cruel, el que procede inicualemente, consigue que todos los mortales le imprequen desventuras mientras vive y que todos lo insulten después que ha muerto; mas el intachable, el que soporta con corrección, alcanza una fama grandísima que sus huéspedes difunden entre todos los hombres y son muchos los que le llaman bueno.”

Rcspondiólo el ingenioso Odiseo: “¡Oh veneranda mujer de Odiseo Laertiada! Los mantos y las colchas espléndidos los tengo aborrecidos desde la hora en que dejé los nevados montes de Creta y partí en la nave de largos remos. Me acostaré como antes, cuando pasaba las noches sin pegar el ojo, pues en muchas de ellas descansé en ruin lecho, aguardando la aparición de la divinal Eos, de hermoso trono. Tampoco le agradan a mi ánimo los baños de pies, ni tocará los míos ninguna mujer de las que te sirven en el palacio, si no hay alguna muy vieja y de honestos pensamientos que en su alma haya sufrido tanto como yo, pues a esa no le he de impedir que mis pies toque.”

Contestóle la discreta Penólope: “¡Huésped amado! Jamás aportó a mi casa otro varón de tan buen juicio entre los amigables huéspedes que vinieron de lejas tierras a mi morada; tal perspicuidad y cordura denotan tus palabras. Tengo una anciana de prudente espíritu, que fue la que alimentó y crió a aquel infeliz después de recibirlo en sus brazos cuando la madre lo parió: esta te lavará los pies aunque sus fuerzas son ya menguadas. Vamos, prudente Euriclea, levántate y lava a este

varón coetáneo de tu señor, que en los pies y en las manos debe de estar Odiseo de semejante modo, pues los mortales envejecen presto en la desgracia.”

Así habló. La vieja cubrióse el rostro con ambas manos, rompió en ardientes lágrimas y dijo estas lastimeras razones:

“¡Ay, hijo mío, que no puedo salvarte! Sin duda Zeus te cobró más odio que a hombre alguno, a pesar de que tu ánimo era tan temeroso de las deidades. Ningún mortal quemó tantos pingües muslos en honor de Zeus, que se huelga con el rayo, ni le sacrificó tantas y tan selectas hecatombes como tú le has ofrecido, rogándole que te diese placentera senectud y te dejara criar a tu hijo ilustre; y ahora te ha privado, a ti tan solo, de ver lucir el día de la vuelta. Quizás se mofaron de mi señor las criadas de lejano huésped a cuyo magnífico palacio llegara, como se burlan de ti, oh forastero, estas perras cuyos denuestos y abundantes infamias quieres evitar no permitiendo que te laven; y por tal razón me manda que lo haga yo, no ciertamente contra mi deseo, la hija de Icarío, la discreta Penélope. Y así, te lavaré los pies por consideración a la propia Penélope y a ti mismo, pues siento que en el interior me conmueven el ánimo tus desventuras. Mas, ea, oye lo que voy a decir: muchos huéspedes infortunados vinieron a esta casa, pero en ninguno he advertido una semejanza tan grande con Odiseo en el cuerpo, en la voz y en los pies, como en ti la noto.”

Respondióle el ingenioso Odiseo: “¡Oh anciana! Lo mismo dicen cuantos nos vieron con sus propios ojos: que somos muy semejantes, como tú lo has observado.”

Tales fueron sus palabras. La vieja tomó un reluciente caldero en el que acostumbraba lavar los pies, echóle gran cantidad de agua fría y derramó sobre ella otra caliente. Mientras tanto, sentóse Odiseo cabe al hogar y se volvió hacia lo obscuro, pues súbitamente le entró en el alma el temor de que la an-

ciana, al asirle el pie, reparáse en cierta cicatriz y todo quedara descubierto. Euriclea se acercó a su señor, comenzó a lavarlo y pronto reconoció la cicatriz de la herida que le hiciera un jabalí con sus albos colmillos, con ocasión de haber ido aquel al Parnaso,<sup>10</sup> a ver a Autólico y sus hijos. Era este el padre ilustre de la madre de Odiseo, y descollaba sobre los hombres en hurtar y jurar,<sup>11</sup> presentes que le había hecho el propio Hermes, en cuyo honor quemaba agradables muslos de corderos y de cabritos; por esto el dios le asistía benévolo. Cuando anteriormente fue Autólico a la opulenta población de Ítaca, halló un niño recién nacido de su hija y, después de cenar, Euriclea se lo puso en las rodillas y le habló de semejante modo:

“¡Autólico! Busca tú ahora algún nombre para ponérselo al hijo de tu hija, que tanto deseaste.”

Y Autólico respondió diciendo: “¡Yerno, hija mía! Ponedle el nombre que os voy a decir: como llegué aquí después de haberme airado contra muchos hombres y mujeres, yendo por la fértil tierra, sea Odiseo el nombre por el que se le llame.<sup>12</sup> Y cuando llegue a mozo y vaya al Parnaso, a la grande casa materna donde se hallen mis riquezas, le daré parte de las mismas y os lo enviaré contento.”

Por esto fue Odiseo: para que aquel le entregara los espléndidos dones. Autólico y sus hijos recibieronlo afectuosamente, con apretones de manos y dulces palabras; y Anfitea, su abuela materna, lo abrazó y le besó la cabeza y los lindos ojos. Autólico mandó a sus gloriosos hijos que aparejasen la comida y, habiendo ellos atendido la exhortación, trajeron un buey de cinco años. Al instante lo desollaron y prepararon, lo partieron todo, lo dividieron con suma habilidad en pedazos pequeños que espetaron en los asadores y asaron cuidadosamente, y acto continuo, distribuyeron las raciones. Todo el día, hasta la puesta del sol, celebraron el festín, y nadie careció

de su respectiva porción. Y tan pronto como el sol se puso y sobrevino la noche, acostáronse y el don del sueño recibieron.

Así que se descubrió la hija de la mañana, Eos de rosáceos dedos, los hijos de Autólico y el divinal Odiseo se fueron a cazar llevándose los canes. Encamináronse al alto monte Parnaso, cubierto de bosque, y pronto llegaron a sus ventosos collados. Ya el sol hería con sus rayos los campos, saliendo de la plácida y profunda corriente del Océano, cuando los cazadores penetraron en un valle: iban al frente los perros, que rastreaban la caza; detrás, los hijos de Autólico, y con estos, pero a poca distancia de los canes, el divinal Odiseo, blandiendo ingente lanza. En aquel sitio estaba echado un enorme jabalí, en medio de una espesura tan densa que ni el húmedo soplo de los vientos pasaba a su través, ni la herían los rayos del resplandeciente Helios, ni la lluvia la penetraba del todo, ¡así era tan densa!, habiendo en la misma gran copia de hojas secas amontonadas. El ruido de los pasos de los hombres y de los canes, que se acercaban cazando, llegó hasta el jabalí, y este dejó el soto, fue a encontrarles con las crines del cuello erizadas y los ojos echando fuego, y se detuvo muy cerca de los mismos. Odiseo, que fue el primero en acometerle, levantó con su mano robusta la luenga lanza, deseando herirle, pero adelantándosele el jabalí, le dio un golpe sobre la rodilla y, como arremetiera oblicuamente, desgarró con sus colmillos mucha carne sin llegar al hueso. Entonces Odiseo le acertó en la espalda derecha, se la atravesó con la punta de la luciente lanza, y el animal quedó tendido en el polvo y perdió la vida. Los caros hijos de Autólico reuniéronse en torno del eximio Odiseo, igual a un dios, para socorrerle; vendáronle hábilmente la herida, restañaron la negruzca sangre con un ensalmo, y volvieron todos a la casa paterna. Autólico y sus hijos, después de curarle bien, le hicieron espléndidos regalos; y

pronto, con mutuo regocijo, lo enviaron a Ítaca. El padre y la veneranda madre de Odiseo holgáronse de su vuelta y le preguntaron muchas cosas y qué le había ocurrido que llevaba aquella cicatriz; y él refirióles por menor cómo, habiendo ido al Parnaso a cazar con los hijos de Autólico, hiriólo un jabalí con sus albos colmillos.

Al tocar la vieja con la palma de la mano esa cicatriz, reconocióla y soltó el pie a Odiseo; dio la pierna contra el caldero, resonó el bronce, inclinóse la vasija hacia atrás, y el agua se derramó en tierra. El gozo y el dolor invadieron simultáneamente el corazón de Euriclea, se le arrasaron los ojos de lágrimas y la voz sonora se le cortó. Mas luego tomó a Odiseo de la barba y hablóle así:

“Tú eres ciertamente Odiseo, hijo querido; y yo no te conocí hasta que pude tocarte todo, mi señor, con estas manos.”

Dijo, y volvió los ojos hacia Penélope, queriendo indicarle que tenía dentro de la casa a su marido. Mas ella no pudo notarlo ni advertirlo desde la parte opuesta, porque Atenea le distrajo el pensamiento. Odiseo, tomando del cuello a la anciana con la mano derecha, con la otra la atrajo a sí y le dijo:

“¡Ama! ¿Por qué quieres perderme si tú me criaste a tus pechos, y ahora, después de pasar muchas fatigas, he llegado en el vigésimo año a la patria tierra? Mas ya que lo entendiste y un dios lo sugirió a tu mente, calla y nadie lo sepa en el palacio. Lo que voy a decir llevarase a efecto. Si un dios hiciere sucumbir a mis manos los ilustres pretendientes, no te perdonaría a ti, a pesar de que fuiste mi ama, cuando matare a las demás esclavas en el palacio.”

Contestóle la prudente Euriclea: “¡Hijo mío! ¡Qué palabras se te escaparon del cerco de los dientes! Bien sabes que mi ánimo es firme e indomable, y guardará el secreto como una sólida piedra o como el hierro. Otra cosa quiero manifes-

tarte, que pondrás en tu corazón: si un dios hace sucumbir a tus manos los ilustres pretendientes, te diré cuales mujeres no te honran en el palacio y cuáles están sin culpa.”

Respondióle el ingenioso Odiseo: “¡Ama! ¿A qué nombrarlas? Ninguna necesidad tienes de hacerlo. Yo mismo las observaré, para conocerlas una por una. Guarda silencio y confía en los dioses.”

Así dijo, y la vieja se fue por el palacio a buscar agua para lavarle los pies, porque la primera se había derramado toda. Después que lo hubo lavado y ungido con pingüe aceite, Odiseo acercó nuevamente la silla al fuego, para calentarse, y cubrióse la cicatriz con los harapos. Entonces rompió el silencio la discreta Penélope, hablando de este modo:

“¡Huésped! Aún te haré algunas preguntas, muy pocas, que presto será hora de dormir plácidamente, para quien logre conciliar el dulce sueño, aunque esté afligido. A mí me ha dado algún dios un pesar inmenso, pues durante el día me complazco en llorar, gemir y ver mis labores y las de las siervas de la casa; pero así que viene la noche y todos se acuestan, yazgo en mi lecho y fuertes y punzantes inquietudes me asedian el oprimido corazón y me excitan los sollozos. De la suerte que Aedon,<sup>13</sup> la hija de Pandáreo, canta hermosamente en la verde espesura, al comenzar la primavera y, posada en el tupido follaje de los árboles, deja oír su voz de variados sonos que muda a cada momento, llorando a Itilo, el vástago que tuvo del rey Zeto y mató con el bronce por imprudencia, de semejante manera está mi ánimo, vacilando entre dos partidos, pues no sé si seguir viviendo con mi hijo y guardar y mantener en pie todas las cosas —mis posesiones, mis esclavas y esta casa grande y de elevada techumbre— por respeto al tálamo conyugal y temor del dicho de la gente, oirme ya con quien sea el mejor de los aqueos que me pretenden en el

palacio y me haga muchísimas donaciones nupciales. Mi hijo, mientras fue incipiente muchacho, no quiso que me casara y me fuera de esta mansión de mi esposo, mas ahora, que ya es grande por haber llegado a la flor de la juventud, desea que desampare el palacio, viendo con indignación que sus bienes son devorados por los aquivos. Pero, ea, oye y declárame este sueño: hay en la casa veinte gansos que comen trigo remojado en agua y yo me huelgo de contemplarlos; mas he aquí que bajó del monte un águila grande, de corto pico y, rompiéndoles el cuello, los mató a todos, quedando estos tendidos en montón y subióse aquella al divino éter. Yo, aunque entre sueños, lloré y di gritos; y las aquivas, de hermosas trenzas, fueron juntándose a mi alrededor, mientras me lamentaba tanto de que el águila hubiese matado mis gansos, que moví a compasión. Entonces el águila tornó a venir, se posó en el borde de la techumbre, y me calmó diciendo con voz humana:

“¡Cobra ánimo, hija del celeberrimo Icaro, pues no es sueño, sino visión veraz que ha de cumplirse. Los gansos son los pretendientes; y yo, que era el águila, soy tu esposo, que he llegado y dará a todos los pretendientes ignominiosa muerte.”

Así dijo. Ausentóse de mí el dulce sueño, y mirando en derredor vi los gansos en el palacio, junto al pesebre, que comían trigo como antes.

Respondióle el ingenioso Odiseo: “¡Oh, mujer! No es posible declarar el sueño de otra manera, ya que el propio Odiseo te manifestó cómo lo llevará a cabo; aparece clara la perdición de todos los pretendientes y ninguno escapará de la Kera y de la muerte.”

Contestóle la discreta Penélope: “¡Huésped! Hay sueños inexplicables y de lenguaje obscuro, y no se cumple todo lo que anuncian a los hombres. Existen dos puertas para los leves sueños:<sup>14</sup> una, construida de cuerno; y otra, de marfil.

Los que vienen por el bruñido marfil nos engañan, trayéndonos palabras sin efecto; y los que salen por el pulimentado cuerno, anuncian, al mortal que los ve, cosas que realmente han de cumplirse. Mas no me figuro que mi terrible sueño haya salido por el último, que nos fuera muy grato a mí y a mi hijo. Otra cosa voy a decirte que pondrás en tu corazón. No tardará en lucir la infausta Eos que ha de alejarme de la casa de Odiseo, pues yo quiero ofrecer a los pretendientes un certamen: las segures, que aquel fijaba en línea recta y en número de doce, dentro de su palacio, cual si fuesen los puntales de un navío en construcción, y desde muy lejos hacía pasar una flecha por los anillos. Ahora, pues, los invitaré a esa lucha y aquel que más fácilmente maneje el arco, lo arme y haga pasar una flecha por el ojo de las segures será con quien yo me vaya, dejando esta casa a la que vine doncella, que es tan hermosa, que está tan abastecida, y de la cual me figuro habré de acordarme aún entre sueños.”

Respondióle el ingenioso Odiseo: “¡Oh veneranda mujer de Odiseo Laertiada! No difieras por más tiempo ese certamen que ha de efectuarse en el palacio, pues el ingenioso Odiseo vendrá antes que ellos, manejando el pulido arco, logren tirar de la cuerda y consigan que pase la flecha a través del hierro.”

Díjole entonces la discreta Penélope: “¡Huésped! Si quisieras deleitarme con tus dichos, sentado junto a mí, en esta sala, no caería ciertamente el sueño en mis ojos; mas no es posible que los hombres estén sin dormir porque los númerones han ordenado que los mortales de la fértil tierra empleen una parte del tiempo en cada cosa. Voyme a la estancia superior y me acostaré en mi lecho tan luctuoso que siempre está



regado de lágrimas desde que Odiseo partió para ver aquella Ilión perniciosa y nefanda. Allí descansaré. Acuéstate tú en el interior del palacio, tendiendo algo por el suelo o en la cama que te hicieren.

Diciendo así, subió a la espléndida habitación superior sin que fuese sola, pues la acompañaban las esclavas. Y en llegando con ellas a lo alto de la casa, se puso a llorar por Odiseo, su caro marido, hasta que Atenea, la de los ojos zarcos, le difundió en los párpados el dulce sueño.



## Notas

- <sup>1</sup> En memoria de este portento de Atenea, consagró a esta diosa un artífice llamado Calímaco una lámpara de oro, cuyo aceite, aunque ardiese día y noche, duraba un año entero. Estaba en la Acrópolis de Atenas. Demuestra este pasaje que las lámparas ya eran conocidas en los tiempos heroicos, o por lo menos en los de Homero.
- <sup>2</sup> En la *Iliada* (libro II) se dice que Creta tiene cien ciudades, lo cual ha proporcionado un argumento, a la verdad poco sólido, a los mantenedores de la distinta paternidad de los dos poemas comúnmente atribuidos a Homero. Explican esta contradicción notable en autor tan puntual como el de la *Odisea*, suponiendo que después de la guerra de Troya debieron destruir diez ciudades los enemigos de Idomeneo. Estrabón, con más juicio, dice que Homero, en la *Iliada*, habla por cuenta propia, y cita las ciudades que Creta tenía en su tiempo, que eran ciento; si hubiera hablado por boca de otro, como en la *Odisea*, quizá hubiera contado tan solo noventa. Creta, pues, tenía noventa ciudades en el tiempo de la guerra de Troya, y cien en el de Homero. Las diez de diferencia fueron edificadas por los lacedemonios, que, después de aquella lucha, fueron por Altémenes a poblar en la isla.
- <sup>3</sup> Estos aqueos deben ser los lacedemonios de que se habla en la nota precedente.
- <sup>4</sup> Habitaban el este de Creta, de la cual eran los primitivos habitantes, como lo indica su nombre.
- <sup>5</sup> De este pueblo y de su capital ya hemos hablado anteriormente.
- <sup>6</sup> Los hileenses, los dimanos y los pánfilos.
- <sup>7</sup> Su primitiva población se cree que radicó en la Tesalia, de cuyo país se derramaron por otros muchos de Europa y Asia. Los citados por Homero en este lugar debían ser una colonia de arcades o tesalios.
- <sup>8</sup> Ciudad opulentísima, cerca de la costa septentrional de Creta. Era residencia de Minos y metrópoli de la isla. Próximo a ella estaba el famoso Laberinto.
- <sup>9</sup> Río de Creta, que desaguaba en el *mare Creticum*, cerca de Cnoso.

- <sup>10</sup> Montaña de la Fócida, bajo la cual estaba Delfos con su oráculo de Apolo. Los poetas han abusado de este nombre.
- <sup>11</sup> Para poder tomar a buena parte este terrible elogio que Homero hace de las grandes dotes de Autólico, hoy día *presidiables*, véase la ingeniosa y erudita nota de Mme. Dacier (*L'Odyssee*, t. IV, p. 83 y siguientes).
- <sup>12</sup> Odiseo tiene, en efecto, la misma radical que el verbo griego *odissonai*: yo me irrito o enfurezco.
- <sup>13</sup> La fábula seguida por Homero, diferente de la aceptada comúnmente por otros autores, es la siguiente: Pándaro, hijo de Merope, tenía tres hijas: Merope, Cleótera y Aedon. La mayor, Aedon, se casó con Zeto, hermano de Anfión, de quien tuvo un solo hijo, llamado Itilo. Envidiosa de la numerosa prole de Anfión, resolvió matar al primogénito de este, y por una desdichada equivocación mató a su propio hijo.
- <sup>14</sup> Son por demás curiosas y sutiles y hasta extravagantes las explicaciones que se han dado de este pasaje, imitado en la poesía latina por Virgilio (*Eneida*, lib. VI), y por Horacio (Oda 27 del lib. III). Solo citaré una como muestra: la de Erasmo, en el libro VIII de sus *Apotegmas*. La puerta de cuerno se refiere a la córnea, membrana externa del ojo; y la de marfil, a los dientes, parecidos a él en la blancura. Consecuencia: las cosas percibidas por la vista son dignas de todo crédito, pero de las que percibimos por el oído, hay que poner muchas en cuarentena.



## Rapsodia vigésima

**A** COSTÓSE A SU VEZ EL DIVINAL ODISEO EN EL VESTÍBULO DE la casa: tendió la piel cruda de un buey, echó encima otras muchas pieles de ovejas sacrificadas por los aqueos y, tan pronto como yació, cobijóle Eurinomo con un manto. Mientras Odiseo estaba echado y en vela y discurría males contra los pretendientes, salieron del palacio, riendo y bromeando unas con otras, las mujeres que con ellos solían juntarse. El héroe sintió conmovérsele el ánimo en el pecho, y revolvió muchas cosas en su mente y en su espíritu, pues se hallaba indeciso entre echarse sobre las criadas y matarlas o dejar que por la última y postrera vez se uniesen con los orgullosos pretendientes; y en tanto el corazón desde dentro le ladraba<sup>1</sup> como la perra que anda alrededor de sus tiernos cachorrillos, ladra y desea acometer cuando ve a un hombre a quien no conoce, así, al presenciar con indignación aquellas malas acciones, ladraba interiormente el corazón de Odiseo. Y este, dándose de golpes en el pecho, reprendióse<sup>2</sup> con semejantes palabras:

“¡Sufre, corazón, que algo más vergonzoso hubiste de soportar aquel día en que el Cíclope, de fuerza indómita, me devoraba los esforzados compañeros, y tú lo toleraste, hasta que mi astucia nos sacó del antro donde creíamos perecer.”

Tal dijo, increpando en su pecho al corazón que en todo instante se mostraba sufrido y obediente; mas Odiseo revol-

víase ya a un lado, ya al opuesto. Del modo que, cuando un hombre asa a un grande y encendido fuego un vientre repleto de gordura y de sangre, le da vueltas acá y allá con el propósito de acabar pronto, así se revolvió Odiseo a una y otra parte, mientras pensaba de qué manera conseguiría poner las manos en los desvergonzados pretendientes, hallándose solo contra tantos. Pero acercósele Atenea, que había descendido del cielo, y transfigurándose en una mujer, se detuvo sobre su cabeza y le habló diciendo:

“¿Por qué velas todavía, oh desdichado sobre todos los varones? Esta es tu casa y tienes dentro a tu mujer y a tu hijo, que es tal como todos desearan que fuese el suyo.”

Respondió el ingenioso Odiseo: “Sí, muy oportuno es, oh diosa, cuanto acabas de decir; pero mi ánimo me hace pensar cómo lograré poner las manos en los desvergonzados pretendientes, hallándome solo, mientras que ellos están siempre reunidos en el palacio. Considero también otra cosa aún más importante: si logro matarlos, por la voluntad de Zeus y la tuya, ¿adónde me podré refugiar? Yo te invito a que lo pienses.”

Díjole entonces Atenea, la deidad de los ojos claros: “¡Desdichado! Se tiene confianza en un compañero peor, que es mortal y no sabe dar tantos consejos; y yo soy una diosa que te guarda en todos tus trabajos. Te hablaré muy claramente. Aunque nos rodearan cincuenta compañías de hombres de voz articulada, ansiosos de acallar con nosotros peleando, te fuera posible llevarte sus bueyes y sus pingües ovejas. Pero ríndete al sueño, que es gran molestia pasar la noche sin dormir y vigilando, y ya en brevee saldrás de estos males.”

Así le habló y, apenas hubo infundido el sueño en los párpados de Odiseo, la divina entre las diosas volvió al Olimpo.

Cuando al héroe lo vencía el sueño, que deja el ánimo libre de inquietudes y relaja los miembros, despertaba su hones-

ta esposa, la cual rompió en llanto, sentándose en la mullida cama. Y así que su ánimo se cansó de sollozar, la divina entre las mujeres elevó a Artemisa la siguiente súplica:

“¡Oh Artemisa, venerable diosa hija de Zeus! ¡Ojalá que, tirándome una saeta al pecho, ahora mismo me quitaras la vida; o que una tempestad me arrebatara, conduciéndome hacia las sombrías sendas, y me dejara caer en los confines del refluyente océano, de igual modo que las borrascas se llevaron a las hijas de Pandáreo.<sup>3</sup> Cuando, por haberles los númenes muerto los padres, se quedaran huérfanas en el palacio, la diosa Afrodita las crió con queso, dulce miel y fragante vino; dotólas Hera de hermosura y prudencia sobre todas las mujeres; dióles la casta Artemisa buena estatura,<sup>4</sup> y adiestrólas Atenea en labores eximias. Pero mientras la diosa Afrodita se encaminaba al vasto Olimpio a pedirle a Zeus, que se huelga con el rayo, florecientes nupcias para las doncellas —pues aquel dios lo sabe todo y conoce el destino favorable o adverso de los mortales—, arrebatáronlas las Harpías y se las dieron a las odiosas Erinnias como esclavas. Háganme desaparecer de igual suerte los que viven en olímpicos palacios o máteme Artemisa, la de lindas trenzas, para que yo penetre en la odiosa tierra, teniendo ante mis ojos a Odiseo, y no haya de alegrar la mente de ningún hombre inferior. Cualquier mal es soportable, aunque pasemos el día llorando y con el corazón muy triste, si por la noche viene el sueño, que nos trae el olvido de la cosas buenas y malas al cerrarnos los ojos. Pero a mí me envía algún dios perniciosos ensueños. Esta misma noche acostóse a mi lado un fantasma muy semejante a él, tal como era Odiseo cuando partió con el ejército, y mi corazón se alegraba, figurándose que no era sueño sino veras.”

Así dijo, y al punto se descubrió Eos, de áureo trono. Odiseo oyó las voces que Penélope daba en su llanto, meditó lue-

go y le pareció como si la tuviese junto a su cabeza por haberlo reconocido. A la hora recogió el manto y las pieles en que estaba echado y lo puso todo en una silla de palacio, sacó fuera la piel de buey y, alzando las manos, dirigió a Zeus esta súplica:

“¡Padre Zeus! Si vosotros los dioses me habéis traído de buen grado, por tierra y por mar, a mi patrio suelo, después de enviarme multitud de infortunios, haz que diga algún presagio cualquiera de los que en el interior despiertan y muéstrese en lo exterior otro de tus prodigios.”

Tal fue su plegaria. Oyóla el pródigo Zeus y en el acto mandó un trueno desde el resplandeciente Olimpo, desde lo alto de las nubes, que le causó a Odiseo profunda alegría. El presagio dióselo en la casa una mujer que molía el grano cerca de él, donde estaban las muelas del pastor de hombres. Doce eran las que ahí trabajaban solícitamente, fabricando harinas de cebada y de trigo, que son el alimento de los hombres, pero todas descansaban ya, por haber molido su parte correspondiente de trigo, a excepción de una que aún no había terminado porque era muy flaca. Esta, pues, paró la muela y dijo las siguientes palabras, que fueron una señal para su amo:

“¡Padre Zeus, que imperas sobre los dioses y sobre los hombres! ¡Has enviado un fuerte trueno desde el Uranos estrellado, y no hay nube alguna; indudablemente es una señal que haces a alguien. Cúmpleme ahora también a mí, a esta mísera, lo que ye voy a pedir: Tomen hoy los pretendientes por la última y postrera vez la agradable comida en el palacio de Odiseo y, ya que hicieron desfallecer mis rodillas con el penoso trabajo de fabricarles harina, sea también esta la última vez que comen.”

Así se expresó, y holgóse el divinal Odiseo con el presagio y el trueno enviado por Zeus, pues creyó que podía castigar a los culpables.



Las demás esclavas, juntándose en la bella mansión de Odiseo, encendían en el hogar el fuego infatigable. Telémaco, varón igual a un dios, se levantó de la cama, vistióse, colgó del hombro la aguda espada, ató a sus nítidos pies hermosas sandalias y asió la fuerte lanza de bronceína punta. Salió luego y, parándose en el umbral, dijo a Euriclea:

“¡Ama querida! ¿Honraste al huésped dentro de la casa, dándole leche y cena, o yace por ahí sin que nadie lo cuide? Pues mi madre es tal, aunque la discreción no le falta, que suele honrar inconsideradamente al peor de los hombres de voz articulada y despedir sin honra alguna al que más vale.”

Respondióle la prudente Euriclea: “No le acuses ahora, hijo mío, que no es culpable. El huésped estuvo sentado y bebiendo vino hasta que le plugo; y en cuanto a comer, manifestó que ya no tenía más gana, y fue ella misma quien le hizo la pregunta. Tan luego como decidió acostarse para dormir, ordenó tu madre a las esclavas que le aparejasen la cama, pere como es tan mísero y desventurado, no quiso descansar en un lecho ni entre colchas y se tendió en el vestíbulo sobre una piel cruda de buey y otras de ovejas. Y nosotras lo cubrimos con un manto.”

Así le dijo. Telémaco salió del palacio con su lanza en la mano y los perros de ágiles pies que le seguían, y fué al ágora, a juntarse con los aqueos de hermosas grebas. Entonces la divina entre las mujeres, Euriclea, hija de Opos Pisenórida, comenzó a mandar de este modo a las esclavas:

“Ea, algunas de vosotras barran el palacio diligentemente, riéguenlo y pongan tapetes purpúreos sobre las labradas sillas; pasen otras la esponja por las mesas y limpien las cráteras y las copas dobles, artísticamente fabricadas, y vayan las demás por agua a la fuente y tráiganla presto. Pues los pretendientes no han de tardar en venir al palacio; antes acudirán muy de mañana, que hoy es día de fiesta para todos.”<sup>5</sup>

Así les habló; ellas la escucharon y obedecieron. Veinte esclavas se encaminaron a la fuente de aguas profundas y las otras se pusieron a trabajar hábilmente dentro de la casa.

Presentáronse poco después los servidores de los aqueos y cortaron leña con gran pericia; volvieron de la fuente las esclavas, e inmediatamente llegó el porquerizo con tres cerdos, los mejores de cuantos tenía a su cuidado. Eumeo dejó que pacieran en el hermoso cercado y hablóle a Odiseo con dulces palabras:

“¡Huésped! ¿Te ven los aqueos con mejores ojos, o siguen ultrajándote en el palacio como anteriormente?”

Respondióle el ingenioso Odiseo: “Ojalá castigue un dios, oh Eumeo, los ultrajes que con tal descaro infieren, maquinando inicuas acciones en la casa de otro, sin tener ni sombra de vergüenza.”

De tal suerte conversaban. Acercóseles el cabrero Melantio, que traía las mejores cabras de sus rebaños para la comida de los pretendientes y lo acompañaban dos pastores. Y, atando a aquellas debajo del sonoro pórtico, le dijo a Odiseo estas mordaces palabras:

“¡Forastero! ¿Nos importunarás todavía en esta casa con pedir limosna a los varones? ¿Por ventura no saldrás de aquí? Ya me figuro que no nos separaremos hasta haber probado la fuerza de nuestros brazos, porque tú no mendigas como se debe. ¿Por ventura no hay otros convites de los aqueos?”

Así se expresó. El ingenioso Odiseo no le dio respuesta, pero meneó la cabeza silenciosamente, agitando en lo íntimo de su alma siniestros propósitos.

Fue el tercero en llegar, Filotio, mayoral de los pastores, que traía una vaca no paridera y pingües cabras. Los barqueros, que conducen a cuantos hombres se les presentan, los habían

transportado.<sup>6</sup> Y atando aquel las reses debajo del sonoro pórtico, paróse cabe el porquerizo y le interrogó de esta manera:

“¡Porquerizo! ¿Quién es ese forastero recién llegado a nuestra casa? ¿A qué hombres se gloria de pertenecer? ¿Dónde se hallan su familia y su patria tierra? ¡Infeliz! Parece, por su cuerpo, un rey soberano, mas los dioses anegan en males a los hombres que han vagado mucho, cuando hasta a los reyes les destinan infortunios.”

Dijo. Y, parándose junto a Odiseo, le saludó con la diestra y le habló con estas aladas palabras:

“¡Salve, padre huésped! Sé dichoso en lo sucesivo, ya que ahora te abruman tantos males. ¡Oh, padre Zeus!: no hay dios más funesto que tú, pues sin compadecerte de los hombres, a pesar de haberlos creado, los entregas al infortunio y a los tristes dolores. Desde que te vi empecé a sudar y se me arrasaron los ojos de lágrimas, acordándome de Odiseo, porque me figuro que aquel vaga entre los hombres cubierto con unos harapos semejantes, si aún vive y goza de la lumbre de Helios. Y si ha muerto y está en la morada de Hades, ¡ay de mí!, a quien desde niño puso el eximio Odiseo al frente de sus vacadas en el país de los kefalonios. Hoy las vacas son innumerables y a ningún hombre podría crecerle más el ganado vacuno de ancha frente, pero unos extraños me ordenan que les traiga vacas para comérselas, y no se cuidan del hijo de la casa, ni temen la venganza de las deidades, pues ya desean repartirse las posesiones del rey cuya ausencia se hace tan larga. Muy a menudo mi ánimo revuelve en el pecho estas ideas: malo es que en vida del hijo me vaya a otro pueblo, emigrando con las vacas hacia los hombres de un país extraño, pero me resulta más duro quedarme, guardando las vacas para otros y sufriendo pesares. Y mucho ha que me hubiese ido a

refugiarme cerca de alguno de los prepotentes reyes, porque lo de acá ya no es tolerable, pero aguardo aún a aquel infeliz por si, viniendo de algún sitio, dispersa a los pretendientes que están en el palacio.”

Respondióle el ingenioso Odiseo: “¡Boyero! No me pares ni vil ni insensato, y conozco que la prudencia rige tu espíritu; voy a decirte una cosa que afirmaré con solemne juramento: sean testigos primeramente Zeus entre los dioses y luego la mesa hospitalaria y el hogar del irreprochable Odiseo a que he llegado, de que Odiseo vendrá a su casa, estando tú en ella, y podrás ver con tus ojos, si quieres, la matanza de los pretendientes que hoy señorean en el palacio.”

Díjole entonces el boyero: “¡Oh huésped! Ojalá el Cronida llevara a cumplimiento cuanto dices, que no tardarías en conocer cuál es mi fuerza y de qué brazos dispongo.”

Eumeo suplicó asimismo a todos los dioses que el prudente Odiseo volviera a su casa.

Así estos decían. Los pretendientes maquinaban contra Telémaco la Moira y la muerte, cuando de súbito apareció un ave a su izquierda, un águila altanera, con una tímida paloma entre las garras. Y Amfínomo les arengó diciendo:

“¡Amigos! Este propósito —la muerte de Telémaco— no tendrá buen éxito para nosotros; mas, ea, pensemos ya en la comida.”

De tal suerte se expresó Amfínomo, y a todos les plugo lo que dijo. Volviendo, pues, al palacio del divinal Odiseo, dejaron sus mantos en sillas y sillones; sacrificaron ovejas muy crecidas, pingües cabras, puercos gordos y una gregal vaca; asaron y distribuyeron las entrañas; mezclaron el vino en las cráteras; y el porquerizo les sirvió las copas. Filetio, mayoral de los pastores, repartióles el pan en hermosos canastillos, y

Melantio les escanciaba el vino. Y todos echaron mano a las viandas que tenían delante.

Telémaco, con astuta intención, hizo sentar a Odiseo dentro de la sólida casa, junto al umbral de piedra, donde le había colocado una pobre silla y una mesa pequeña; sirvióle parte de las entrañas, escancióle vino en una copa de oro y le habló de esta manera:

“Siéntate aquí, entre estos varones, y bebe vino. Yo te libraré de las injurias y de las manos de todos los pretendientes, pues esta casa no es pública, sino de Odiseo que la adquirió para mí. Y vosotros, oh pretendientes, reprimid el ánimo y absteneos de las amenazas y de los golpes, para que no se suscite disputa ni altercado alguno.”

Tales fueron sus palabras y todos se mordieron los labios, admirándose de que Telémaco les hablase con tanta audacia. Entonces Antínoo, hijo de Eupites, dijo de esta suerte:

“¡Aqueos! Cumplamos, aunque es dura, la orden de Telémaco, que con tono tan amenazador acaba de hablarnos. No lo ha querido Zeus Cronida, pues de otra suerte ya lo habríamos hecho callar en el palacio, aunque sea arengador sonoro.”

Así habló Antínoo, pero Telémaco no hizo caso de sus palabras. En esto, ya los heraldos conducían por la ciudad la sacra hecatombe de las deidades; y los aqueos, de lengua cabellera, se juntaban en el umbrío bosque consagrado al flechador Apolo.

Tan pronto como los pretendientes hubieron asado los cuartos delanteros, retirándolos de la lumbre, dividiólos en partes y celebraron un gran banquete. A Odiseo sirviéronle los que en esto se ocupaban una parte tan cumplida como la que a ellos mismos les cupo en suerte, pues así lo ordenó Telémaco, el hijo amado del divinal Odiseo.

Tampoco dejó entonces Atenea que los ilustres pretendientes se abstuvieran por completo de la dolorosa injuria, a fin de que el pesar atormentara aún más el corazón de Odiseo Laertiada. Hallábase entre los mismos un hombre de ánimo perverso llamado Ctesipo, que tenía su morada en Same, y, confiando en sus posesiones inmensas, solicitaba a la esposa de Odiseo, ausente a la sazón desde largo tiempo. Este tal dijo a los ensoberbecidos pretendientes:

“Oíd, ilustres pretendientes, lo que os voy a decir. Rato ha que el forastero tiene su parte igual a la nuestra, como es debido; que no fuera decoroso ni justo privar del festín a los huéspedes de Telémaco, sean cuales fueren los que vengan a este palacio. Mas, ea, también yo voy a ofrecerle el don de la hospitalidad, para que a su vez haga un presente al bañero o a algún otro de los esclavos que viven en la casa del divinal Odiseo.”

Habiendo hablado así, tiróle con fuerte mano una pata de buey, que tomó de un canastillo; Odiseo evitó el golpe, inclinando ligeramente la cabeza, y en seguida se sonrió con risa sardónica, y la pata fue a dar en el bien construido muro. Acto continuo increpó Telémaco a Ctesipo con estas palabras:

“¡Ctesipo! Mucho mejor ha sido para ti no acertar al forastero, porque este haya evitado el golpe; que yo te traspasara con mi aguda lanza y tu padre te hiciera largos funerales en vez de celebrar tu casamiento. Por tanto, nadie se porte insolentemente dentro de la casa, que ya conozco y entiendo muchas cosas, buenas y malas, aunque antes fuese un niño. Y si toleramos lo que vemos —que sean degolladas las ovejas, y se beba el vino, y se consuma el pan—, es por la dificultad de que uno solo refrene a muchos. Mas, ea, no me causéis más daño, siéndome malévolos; y si deseáis matarme con el bronce, yo quisiera que lo llevaseis a cumplimiento, pues más valdría morir que ver de continuo esas inicuas acciones: mal-

tratados los huéspedes y forzadas indignamente las siervas en las hermosas estancias.”

Así habló. Todos enmudecieron y quedaron silenciosos. Mas al fin les dijo Agelao Damastórida:

“¡Amigos! Nadie se irrite oponiendo contrarias razones al dicho justo de Telémaco; y no maltratéis al huésped, ni a ningún esclavo de los que moran en la casa del divinal Odiseo. A Telémaco y a su madre les diría unas suaves palabras, si fuere grato al corazón de entrambos. Mientras en vuestro pecho esperaba el ánimo que el prudente Odiseo volviese, no podíamos indignarnos por la demora, ni porque se entretuviera en la casa a los pretendientes; y aun hubiese sido lo mejor si Odiseo viniera y tornara a su palacio. Pero ahora ya es evidente que no volverá. Ea, pues, siéntate al lado de tu madre y dile que tome por esposo al varón más eximio y que más donaciones le haga, para que tú sigas en posesión de los bienes de tu padre, comiendo y bebiendo en los mismos, y ella cuide la casa de otro.”

Respondióle el prudente Telémaco: “¡No, por Zeus y por los trabajos de mi padre que ha fallecido o va errante lejos de Ítaca!, no difiero, oh Agelao, las nupcias de mi madre; antes la exhorto a casarse con aquel que, siéndole grato, le haga muchísimos presentes, pero me daría vergüenza arrojarla del palacio contra su voluntad y con duras palabras. ¡No permitan los dioses que así suceda!”

Tales fueron las palabras de Telémaco. Palas Atenea movió a los pretendientes a una risa inextinguible y les perturbó la razón. Reíanse con risa forzada, devoraban sanguinolentas carnes, y se les llenaron de lágrimas los ojos y su ánimo presagiaba el llanto. Entonces Teoclímeneo, semeiante a un dios, les dijo de esta suerte:

“¡Ah míseros! ¿Qué mal es ese que padecéis? Noche obscura os envuelve la cabeza, y el rostro, y abajo las rodillas;

crecen los gemidos; báñense en lágrimas las mejillas; y así los muros como los hermosos intercolumnios aparecen rociados de sangre. Llenan el vestíbulo y el patio las sombras de los que descienden al tenebroso Erebo; el sol desapareció del cielo y una horrible obscuridad se extiende por doquier.”

En tales términos les habló, y todos rieron dulcemente. Entonces Eurímaco, hijo de Pólipo, comenzó a decirles:

“Está loco este huésped venido de país extraño. Ea, jóvenes, llevadlo ahora mismo a la puerta y váyase al ágora, ya que aquí le parece que es de noche.”

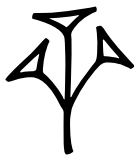
Contestóle Teoclímeneo, semejante a un dios: “¡Eurímaco! No pido que me acompañen. Tengo ojos, orejas y pies, y en mi pecho la razón que está sin menoscabo: con su auxilio me iré afuera, porque comprendo que viene sobre vosotros la desgracia, de la cual no podréis huir ni libraros ninguno de los pretendientes que en el palacio del divinal Odiseo insultáis a los hombres, maquinando inicuas acciones.”

Cuando eso hubo dicho, salió del cómodo palacio y se fue a la casa de Pireo, que lo acogió benévolo. Los pretendientes se miraban los unos a los otros y zaherían a Telémaco, burlándose de sus huéspedes. Y entre los jóvenes soberbios hubo quien habló de esta manera:

“¡Telémaco! Nadie tiene entre los que se huelgan de recibir huéspedes más desgracias que tú. Uno es tal como ese mendigo vagabundo, necesitado de que le den pan y vino, inhábil para todo, sin fuerzas, carga inútil de la tierra; y el otro se ha levantado a pronunciar vaticinios. Si quieres creerme —y sería lo mejor—, echemos a los huéspedes en una nave de muchos bancos, y mandémoslos con los sículos; y allí te los comprarán por razonable precio.”



Así decían, pero Telémaco no hizo ningún caso de estas palabras, sino que miraba silenciosamente a su padre, aguardando el momento en que había de poner las manos en los desvergonzados pretendientes. La discreta Penélope, hija de Icaro, mandó colocar su magnífico sillón enfrente de los hombres, y oía cuanto se hablaba en la sala. Y los pretendientes reían y se preparaban al almuerzo que fue dulce y agradable, pues sacrificaron multitud de reses, pero ninguna cena tan triste como la que pronto iban a darles la diosa y el esforzado varón, porque habían sido los primeros en maquinar acciones inicuas.



## Notas

- <sup>1</sup> Enérgica manera de denotar la indignación de Odiseo. Imitóla Ennio: *Animusque in pectore latrat*.
- <sup>2</sup> Este pasaje es objeto de lisonjero comentario en el *Fedón* de Platón (XLIII), siendo aducido por el divino filósofo para demostrar que el alma del hombre no es una armonía, como sostenían algunos, sino una cosa más divina y alta.
- <sup>3</sup> Merope y Cleótera, hermanas de Aedon, de quienes se ha hablado en una nota a la rapsodia precedente.
- <sup>4</sup> Cada deidad solía conceder la prenda o virtud en que más sobresalía. Así, Hera otorga a las hijas de Pándaro su majestuosa hermosura, adecuada a unas princesas; Artemisa, su talla arrogante, y Atenea su conocimiento y su habilidad para primorosas labores.
- <sup>5</sup> Era el día nuevo y viejo de Solón, o primero del mes, en el cual se celebraban las Neomenias, fiestas propias de los novilunios. En ellas se ofrecían sacrificios a Apolo, como después se dice, y se verificaban las Sisicias, o comidas en común.
- <sup>6</sup> Porque los ganados que Melanteo y Filecio apacentaban estaban en la isla de Cefalonia, y era preciso atravesar en barca el pequeño estrecho que la separaba de Ítaca.

## Rapsodia vigesimaprimerá

**A**TENEA, LA DEIDAD DE LOS OJOS CLAROS, INSPIRÓLE EN EL corazón a la discreta Penélope, hija de Icarío, que en la propia casa de Odiseo les sacara a los pretendientes el arco y el pulido hierro, a fin de celebrar el certamen que habría de ser el prelude de su matanza. Subió Penélope la alta escalera de la casa; tomó en su hermosa y robusta mano una magnífica llave bien curvada, de bronce, con el cabo de marfil; y se fue con las siervas al aposento más interior donde guardaba los objetos preciosos del rey —bronce, oro y labrado hierro— y también el flexible arco y la aljaba para las flechas, que contenía muchas y dolorosas saetas, dones ambos que a Odiseo le hiciera su huésped Ifito Eurítida, semejante a los Inmortales, cuando se juntó con él en Lacedemonia. Encontráronse en Mesena, en casa del belicoso Orsíloco. Odiseo iba a cobrar una deuda de todo el pueblo, pues los mesenios se habían llevado de Ítaca, en naves de muchos bancos, trescientas ovejas con sus pastores: por esta causa Odiseo, que aún era joven, emprendió como embajador aquel largo viaje, enviado por su padre y otros ancianos. A su vez, Ifito iba en busca de doce yeguas de vientre con sus potros, pacientes en el trabajo, que antes le quitaran y que luego habían de ser la causa de su muerte y miserable destino, pues habiéndose ligado a Heracles, hijo de Zeus, varón de ánimo esforzado que sabía realizar grandes hazañas, este le mató en su misma casa, sin embargo de

tenerlo como huésped. ¡Inicuo! No temió la venganza de los dioses, ni respetó la mesa que le puso él en persona: matóle y retuvo en su palacio las yeguas de fuertes cascós. Cuando Ifito iba, pues, en busca de las mentadas yeguas, se encontró con Odiseo y le dio el arco que antiguamente llevara el gran Eurito y que este legó a su vástago al morir en su excelsa casa; y Odiseo, por su parte, regaló a Ifito afilada espada y fornida lanza, presentes que hubieran originado entre ambos cordial amistad, mas los héroes no llegaron a verse el uno en la mesa del otro, porque el hijo de Zeus mató antes a Ifito Eurítida, semejante a los Inmortales. Y el divinal Odiseo servíase en su patria del arco que le había dado Ifito, pero no lo quiso tomar al partir para la guerra en las negras naves; lo dejó en el palacio como recuerdo de su caro huésped.

Al instante que la divina entre las mujeres llegó al aposento y puso el pie en el umbral de encima que en otra época puliera el artífice con gran habilidad, y enderezara por medio de un nivel, alzando los dos postes en que había de encajar la espléndida puerta, desató la correa del anillo, introdujo la llave e hizo correr los cerrojos de la puerta, empujándola hacia dentro. Rechinaron las hojas como muge un toro que pace en la pradera —¡tanto ruido produjo la hermosa puerta al empuje de la llave!— y abriéronse inmediatamente. Penélope subió al excelso tablado, donde estaban las arcas de los perfumados vestidos y, tendiendo el brazo, descolgó de un clavo el arco con la funda espléndida que lo envolvía. Sentóse allí mismo, teniéndolo en sus rodillas, lloró ruidosamente y sacó de la funda el arco del rey. Y cuando ya estuvo harta de llorar y de gemir, fué hacia la habitación donde se hallaban los ilustres pretendientes, y llevó en su mano el flexible arco y la al-

jaba para las flechas, la cual contenía abundantes y dolorosas saetas. Juntamente con Penélope, llevaban las sillas una caja con mucho hierro y bronce que servía para los juegos del rey. Cuando la divina entre las mujeres hubo llegado adonde estaban los pretendientes, paróse ante la columna que sostenía el techo sólidamente construido, con las mejillas cubiertas por espléndido velo y una honrada doncella a cada lado. Y allí dirigió la palabra a los pretendientes, hablándoles de esta guisa:

“Oídme, ilustres pretendientes, los que habéis caído sobre esta casa para comer y beber de continuo durante la prolongada ausencia de mi esposo, sin poder hallar otra excusa que la intención de casaros conmigo y tenerme por mujer. Ea, pretendientes míos, os propongo este certamen: pondré aquí el gran arco del divinal Odiseo, y aquel que más fácilmente lo maneje, lo tienda y haga pasar una flecha por el ojo de las doce segures, será con quien yo me vaya, dejando esta casa a la que vine doncella, que es tan hermosa, que está tan abastecida, y de la cual me figuro que habré de acordarme aun entre sueños.”

Tales fueron sus palabras, y mandó en seguida a Eumeo, el divinal porquerizo, que ofreciera a los pretendientes el arco y el blanquizco hierro.<sup>1</sup> Eumeo lo recibió llorando y lo puso en la tierra, y desde la parte contraria el boyero, al ver el arco de su señor, lloró también. Y Antínoo les increpó, diciéndoles de esta suerte:

“¡Rústicos necios, que no pensáis más que en lo del día! ¡Ah, míseros! ¿Por qué, vertiendo lágrimas, conmovéis el ánimo de esta mujer, cuando ya lo tiene sumido en el dolor desde que perdió a su consorte? Comed ahí, en silencio, o idos afuera a llorar, dejando ese pulido arco que ha de ser causa de un certamen fatigoso para los pretendientes, pues creo que

nos sería difícil armarlo. Que no hay entre todos los que aquí nos encontramos un hombre como fue Odiseo. Le vi y de él guardo memoria, aunque en aquel tiempo era yo un rapaz.”

Así les habló, pero allá dentro en su ánimo tenía esperanzas de armar el arco y hacer pasar la flecha a través del hierro, aunque debía gustar antes que nadie la saeta despedida por mano de Odiseo, a quien estaba ultrajando en su palacio y aun incitaba a sus compañeros a que también lo hiciesen. Mas el esforzado y divinal Telémaco les dirigió la palabra y les dijo:

“¡Oh dioses! En verdad que Zeus Cronida me ha vuelto el juicio. Díceme mi madre querida, siendo tan discreta, que se irá con otro y saldrá de esta casa; y yo me río y me deleito con ánimo insensato. Ea, pretendientes, ya que os espera este certamen propuesto por una mujer que no tiene par en el país aqueo, ni en la sacra Pilos, ni en Argos, ni en Micenas, ni en la misma Baca, ni en el obscuro continente, como vosotros mismos lo sabéis —¿qué necesidad tengo de alabar a mi madre?, ea, pues, no difiráis la lucha con pretextos y no tardéis en hacer la prueba de armar el arco, para que os veamos. También yo lo intentaré, y si logro armarlo y hacer pasar la flecha a través del hierro, mi veneranda madre no me dará el disgusto de irse con otro y abandonar el palacio, pues me dejaría en él, si es que yo pudiera alcanzar la victoria en los hermosos juegos de mi padre.”

Dijo, y poniéndose en pie, se quitó el purpúreo manto y descolgó de su hombro la aguda espada. Acto continuo comenzó por hincar las segures, abriendo para todas un gran surco, alineándolas a cordel, y poniendo tierra a entrambos lados. Todos se quedaron sorprendidos al notar con qué buen orden las colocaba, sin haber visto nunca aquel juego. De seguida fué al umbral y probó a tender el arco. Tres veces lo movió, con el deseo de armarlo, y tres veces hubo de desistir de su propósito, aunque sin perder la esperanza de tirar de la

cuerda y hacer pasar la flecha a través del hierro. Y lo hubiese armado, tirando con gran fuerza por la cuarta vez, pero Odiseo se lo prohibió con una seña, y lo contuvo en su deseo. Entonces habló de esta manera el esforzado y divinal Telémaco:

“¡Oh dioses! O tengo que ser en adelante ruin y menguado, o soy aún demasiado joven y no puedo confiar en mis brazos para rechazar a quien me ultraje. Mas, ea, probad el arco vosotros, que me superáis en fuerzas, y acabemos el certamen.”

Diciendo así, puso el arco en el suelo, arrimándolo a las tablas de la puerta que estaban sólidamente unidas y bien pulimentadas, dejó la veloz saeta apoyada en el hermoso anillo, y volvióse al asiento que antes ocupaba. Y Antínoo, hijo de Eupites, les habló de esta manera:

“Levantaos consecutivamente, compañeros, empezando por la derecha del lugar donde se escancia el vino.”

De tal modo se expresó Antínoo y a todos les plugo cuanto dijo. Levantóse el primero Liodes, hijo de Enope, el cual era el arúspice de los pretendientes y acostumbraba sentarse en lo más hondo, al lado de la magnífica crátera,<sup>2</sup> siendo el único que aborrecía las iniquidades y que se indignaba contra los demás pretendientes. Tal fue quien primero tomó el arco y la veloz flecha. En seguida se encaminó al umbral y probó el arco; mas no pudo tenderlo, que antes se le fatigaron con tanto tirar sus manos blandas y no encallecidas. Y al momento hablóles así a los demás pretendientes:

“¡Amigos! Yo no puedo armarlo; tómelo otro. Este arco privará del ánimo y de la vida a muchos príncipes, porque es preferible la muerte a vivir sin realizar el propósito que nos reúne aquí continuamente y que nos hace aguardar día tras día. Ahora cada cual espera en su alma que se le cumplirá el deseo de casarse con Penélope, la esposa de Odiseo, mas tan pronto como vea y pruebe el arco, ya puede decidirse a

pretender a otra aquiva, de hermoso peplo, solicitándola con regalos de boda; y luego se casará aquella con quien le haga más presentes y venga designado por el destino.”

Dichas estas palabras, apartó de sí el arco, arrimándolo a las tablas de la puerta, que estaban sólidamente unidas y bien pulimentadas, dejó la veloz saeta apoyada en el hermoso anillo, y volvióse al asunto que antes ocupaba. Y Antínoo le increpó, diciéndole de esta suerte:

“¡Liodes! ¡Qué palabras tan graves y molestas se te escaparon del cerco de los dientes! Me indigné al oírlas. Dices que este arco privará del ánimo y de la vida a los príncipes, tan solo porque no puedes armarlo. No te parió tu madre veneranda para que entendieses en manejar el arco y las saetas, pero verás cómo lo tienden muy pronto otros ilustres pretendientes.”

Así lo dijo, y al punto dio al cabrero Melantio la siguiente orden: “Ve, Melantio, enciende fuego en la sala, coloca junto al hogar un sillón con una pelleja, y trae una gran bola de sebo del que hay en el interior, para que los jóvenes, calentando el arco y untándolo con grasa, probemos de armarlo y terminemos este certamen.”

Tal fue lo que le mandó. Melantio se puso inmediatamente a encender el fuego infatigable, colocó junto al mismo un sillón con una pelleja y sacó una gran bola de sebo del que había en el interior. Untándolo con sebo y calentándolo en la lumbre, fueron probando el arco todos los jóvenes, mas no consiguieron tenderlo, porque les faltaba gran parte de la fuerza que para ello se requería. Y ya solo quedaban sin probarlo Antínoo y el deiforme Eurímaco, que eran los príncipes entre los pretendientes y a todos superaban por su fuerza.

Entonces salieron juntos de la casa el boyero y el porquerizo del divinal Odiseo; siguióles este y díjoles tan suaves palabras así que dejaron a su espalda la puerta y el patio:



“¡Boyero, y tú, porquerizo! ¿Os revelaré lo que pienso o lo mantendré oculto? Mi ánimo me ordena que lo diga. ¿Cuáles fuerais para ayudar a Odiseo, si llegara de súbito porque alguna deidad nos lo trajese? ¿Os pondríais de parte de los pretendientes o del propio Odiseo? Contestad como vuestro corazón y vuestro ánimo os lo dicten.”

Dijo entonces el boyero: “¡Padre Zeus! Ojalá me cumplas este voto: que vuelva aquel varón traído por alguna deidad. Tú verías, si así sucediese, cuál es mi fuerza y de qué brazo dispongo.”

Eumeo suplicó asimismo a todos los dioses que el prudente Odiseo volviera a su casa. Cuando el héroe conoció el verdadero modo de pensar de entrambos, hablóles nuevamente diciendo de esta suerte:

“Pues dentro está, aquí lo tenéis: soy yo, que después de pasar muchos trabajos he vuelto en el vigésimo año a la patria tierra. Conozco que entre mis esclavos tan solamente vosotros deseábais mi vuelta, pues no he oído que ningún otro hiciera votos para que tornara a esta casa. Os voy a revelar con sinceridad lo que ha de llevarse a efecto. Si por ordenarlo un dios, sucumben a mis manos los eximios pretendientes, os buscaré esposa, os daré bienes y sendas casas labradas junto a la mía, y os consideraré en lo sucesivo como compañeros y hermanos de Telémaco. Y si queréis, ea, voy a mostraros una manifiesta señal para que me reconozcáis y se convenza vuestro ánimo: la cicatriz de la herida que me infirió un jabalí con su blanco diente cuando fui al Parnaso con los hijos de Autólico.”

Apenas hubo dicho estas palabras, apartó los harapos para enseñarles la extensa cicatriz. Ambos la vieron y examinaron cuidadosamente, y acto continuo rompieron en llanto, echaron los brazos sobre el prudente Odiseo y, apretándole, le besaron la cabeza y los hombros. Odiseo, a su vez, besóles la

cabeza y las manos. Y entregados al llanto los dejara Helios al ponerse, si el propio Odiseo no les hubiese calmado, diciéndoles de esta suerte:

“Cesad ya de llorar y de gemir: no sea que alguno salga del palacio, lo vea y se vaya a contarlo allá dentro. Entremos en el palacio pero no juntos, sino uno tras otro: yo primero y vosotros después. Tened sabida una señal que os quiero dar y es la siguiente: los ilustres pretendientes no han de permitir que se me dé el arco y carcaj, pero tú, divinal Eumeo, tráelo por la habitación, pónmelo en las manos, y di a las mujeres que cierren las sólidas puertas de las estancias y que si alguna oyere gemidos o estrépito de hombres dentro de las paredes de nuestra sala, no se asome y quédese allí, en silencio, junto a su labor. Y a ti, divinal Filetio, te confío las puertas del patio para que las cierres, corriendo el cerrojo que sujetarás mediante un nudo.”

Hablando así, entróse por el espléndido palacio y fue a sentarse en el mismo sitio que antes ocupara. Luego penetraron también los dos esclavos del divinal Odiseo.

Ya Eurímaco manejaba el arco, dándole vueltas y calentándolo, ora por esta, ora por aquella parte, al resplandor del fuego. Mas ni aun así consiguió armarlo, por lo cual, sintiendo gran angustia en su corazón glorioso, suspiró y dijo de esta suerte:

“¡Oh dioses! Grande es el pesar que siento por mí y por vosotros todos. Y aunque me afligen las frustradas nupcias, no tanto me lamento por las mismas —pues hay muchas aqueas en la propia Ítaca, rodeada por el mar, y en las restantes ciudades—, como por ser nuestras fuerzas de tal modo inferiores a las del divinal Odiseo que no podamos tender el arco: ¡vergonzoso será que lleguen a saberlo los venideros!”

Entonces Antínoo, hijo de Eupites, le habló diciendo: “¡Eurímaco! No será así y tú mismo lo comprendes. Ahora, mientras se celebra en la población la sacra fiesta del dios, ¿quién

lograría tender el arco? Ponedlo en tierra tranquilamente y permanezcan clavadas todas las segures, pues no creo que se las lleve ninguno de los que frecuentan el palacio de Odiseo Laertiada. Mas, ea, comience el escanciador a repartir las copas para que hagamos la libación, y dejemos ya el corvo arco. Y ordenad al cabrero Melantio que al romper el día se venga con algunas cabras, las mejores de todos sus rebaños, a fin de que, en ofreciendo los muslos a Apolo, célebre por su arco, probemos de armar el de Odiseo y terminemos este certamen.”

De tal suerte se expresó Antínoo y a todos les plugo lo que proponía. Los heraldos diéronles aguamanos y unos mancebos llenaron las cráteras y distribuyeron el vino después de ofrecer en copas las primicias. No bien se hicieron las libaciones y bebió cada uno cuanto deseara, el ingenioso Odiseo, meditando engaños, les habló de este modo:

“Oídme, pretendientes de la ilustre reina, para que os exponga lo que en mi pecho el ánimo me ordena deciros, y he de rogárselo en particular a Eurímaco y al deiforme Antínoo que ha pronunciado estas oportunas palabras: dejad por ahora el arco y atended a los dioses, y mañana algún numen dará bríos a quien le plazca. Ea, entregadme el pulido acero y probaré con vosotros mis brazos y mi fuerza: si por ventura hay en mis flexibles miembros el mismo vigor que anteriormente o ya se lo hicieron perder la vida errante y la carencia de cuidados.”

Así dijo. Todos sintieron gran indignación, temiendo que armase el pulido arco. Y Antínoo lo increpó, hablándole de esta manera:

“¡Oh, el más miserable de los huéspedes! Tú no tienes ni sombra de juicio. ¿No te basta estar sentado tranquilamente en el festín con nosotros los ilustres, sin que se te prive de ninguna de las cosas del banquete, y escuchar nuestras palabras y conversaciones que no oye huésped ni mendigo alguno? Sin

duda te trastorna el dulce vino, que suele perjudicar a quien lo bebe ávida y descomedidamente. El vino dañó al ínclito centauro Euritión<sup>3</sup> cuando fue al país de los lapitas y se halló en el palacio del magnánimo Pirítoo. Tan luego como tuvo la razón ofuscada por el vino, enloquecido, llevó a cabo perversas acciones en la morada de Pirítoo; los héroes, poseídos de dolor, arrojáronse sobre él y, arrastrándolo hacia la puerta, le cortaron con el cruel bronce orejas y narices; y así se fue, con la inteligencia perturbada y sufriendo el castigo de su falta con ánimo demente. Tal origen tuvo la contienda de los centauros con los hombres; mas aquel fue quien primero se atrajo el infortunio por haberse llenado de vino. De semejante modo, te anuncio a ti una gran desgracia si llegares a tender el arco, pues no habrá quien te defienda en este pueblo, y pronto te enviaremos en negra nave al rey Equeto, plaga de todos los mortales, del cual no has de escapar sano y salvo. Bebe, pues, tranquilamente y no compitas con hombres que son más jóvenes.”

Entonces la discreta Penélope le habló diciendo: “¡Antínoo! No es decoroso ni justo que se ultraje a los huéspedes de Telémaco, sean cuales fueren los que vengan a este palacio. ¿Por ventura crees que si el huésped, confiando en sus manos y en su fuerza, tendiese el grande arco de Odiseo, me llevaría a su casa para tenerme por mujer propia? Ni él mismo concibió en su pecho tal esperanza, ni por su causa ha de comer ninguno de vosotros con el ánimo triste, pues esto no se puede pensar razonablemente.”

Respondióle Eurímaco, hijo de Pólipo: “¡Hija de Icario! ¡Discreta Penélope! No creemos que este te haya de llevar, ni el pensarlo fuera razonable, pero nos da vergüenza el dicho de los hombres y de las mujeres; no sea que exclame algún

aqueo peor que nosotros: ‘Hombres muy inferiores pretenden la esposa de un varón excelente y no pueden armar el pulido arco, mientras que un mendigo que llegó errante, tendiólo con facilidad e hizo pasar la flecha a través del hierro.’ Así dirán, cubriéndonos de oprobio.”

Repuso entonces la discreta Penélope: “¡Eurímaco! No es posible que en el pueblo gocen de buena fama quienes injurian a un varón principal, devorando lo de su casa: ¿por qué os hacéis merecedores de estos oprobios? El huésped es alto y vigoroso, y se precia de tener por padre a un hombre de buen linaje. Ea, entregadle el pulido arco y veamos. Lo que voy a decir se llevará a cumplimiento: si tendiere el arco, por concederle Apolo esta gloria, le pondrá un manto y una túnica, vestidos magníficos; le regalaré un agudo dardo, para que se defienda de los hombres y de los perros, y también una espada de doble filo; le daré sandalias para los pies y le enviaré adonde su corazón y su ánimo deseen.”

Respondióle el prudente Telémaco: “¡Madre mía! Ninguno de los aqueos tiene poder superior al mío para dar o rehusar el arco a quien me plazca, entre cuantos mandan en la áspera Ítaca o en las islas cercanas a la Elide, tierra fértil de caballos: por consiguiente, ninguno de estos podría forzarme, oponiéndose a mi voluntad, si quisiera dar de una vez este arco al huésped aunque fuése para que se lo llevara. Vuelve a tu habitación, ocúpate en las labores que te son propias, el telar y la rueca, y ordena a las esclavas que se apliquen al trabajo, y del arco nos cuidaremos los hombres y principalmente yo, cuyo es el mando en esta casa.”

Asombrada se fue Penélope a su habitación, poniendo en su ánimo las discretas palabras de su hijo. Y así que hubo lle-

gado con las esclavas al aposento superior, lloró por Odiseo, su querido consorte, hasta que Atenea, la de los ojos claros, difundióle en los párpados el dulce sueño.

En tanto, el divinal porquerizo tomó el corvo arco para llevárselo al huésped; mas todos los pretendientes empezaron a increparlo dentro de la sala, y uno de aquellos jóvenes soberbios le habló de esta manera:

“¿Adónde llevas el corvo arco, oh porquero no digno de envidia, oh vagabundo? Pronto te devorarán, junto a los marranos y lejos de los hombres, los ágiles canes que tú mismo has criado, si Apolo y los demás inmortales dioses nos fueren propicios.”

Así decían, y él volvió a poner el arco en el mismo sitio, asustado de que lo increpasen tantos hombres dentro de la sala. Mas Telémaco le amenazó, gritándole desde el otro lado:

“¡Abuelo! Sigue adelante con el arco, que muy pronto verías que no obras bien obedeciendo a todos: no sea que yo, aun siendo el más joven, te eche al campo y te hiera a pedradas, ya que te aventajo en fuerzas. Ojalá superase de igual modo en brazos y fuerzas a todos los pretendientes que hay en el palacio, pues no tardaría en arrojar a alguno vergonzantemente de la casa, porque maquinan acciones malvadas.”

Así les habló, y todos los pretendientes lo recibieron con dulces risas, olvidando su terrible cólera contra Telémaco. El porquerizo tomó el arco, atravesó la sala y, deteniéndose cabe el prudente Odiseo, se lo puso en las manos. Seguidamente, llamó al ama Euriclea y le habló de este modo:

“Telémaco te manda, prudente Euriclea, que cierres las sólidas puertas de las estancias y que si alguna de las esclavas oyere gemidos o estrépito de hombres dentro de las paredes de nuestra sala, no se asome y quédese allí, en silencio, junto a su labor.”

Así lo dijo, y ninguna palabra voló de los labios de Euriclea, que cerró las puertas de las cómodas habitaciones.

Filetio, a su vez, salió de la casa silenciosamente, fue a entornar las puertas<sup>4</sup> del bien cercado patio y, como hallara debajo del pórtico el cable de papiro<sup>5</sup> de una corva embarcación, las ató con el mismo. Luego volvió a entrar y sentóse en el mismo sitio que antes ocupaba, con los ojos clavados en Odiseo. Ya este manejaba el arco, dándose vueltas por todas partes y probando acá y allá: no fuese que la carcoma hubiese roído el cuerno durante la ausencia del rey. Y uno de los presentes dijo al que tenía más cercano:

“Debe de ser experto y hábil en manejar arcos, o quizás haya en su casa otros semejantes, o se proponga construirlos, de tal modo le da vueltas en sus manos, acá y allá, ese vagabundo instruido en malas artes.”

Otro de aquellos jóvenes soberbios habló de esta manera: “¡Así alcance tanto provecho, como en su vida podrá armar el arco!”

De tal suerte se expresaban los pretendientes. Mas el ingenioso Odiseo, tan luego como hubo tentado y examinado el gran arco por todas partes, cual un hábil citarista y cantor tiende fácilmente con la clavija nueva la cuerda formada por el retorcido intestino de una oveja que antes atara del uno y del otro lado: de este modo, sin esfuerzo alguno, armó Odiseo el grande arco. Seguidamente probó la cuerda, asiéndola con la diestra, y dejóse oír un agudo sonido muy semejante a la voz de una golondrina. Sintieron entonces los pretendientes gran pesar y a todos se les mudó el color. Zeus despidió un gran trueno como señal y holgóse el paciente y divino Odiseo de que el hijo del artero Cronos le enviase aquel presagio. Tomó el héroe una veloz flecha que estaba encima de la mesa, porque las otras se hallaban dentro de la hueca aljaba, aunque muy pronto habían de gustarlas los aqueos. Y acomodándola al arco, tiró a la vez de la cuerda y de las barbas, allí mismo,

sentado en la silla; apuntó al blanco, despidió la saeta y no erró a ninguna de las segures, desde el primer agujero hasta el último: la flecha, que el bronce hacía poderosa, las atravesó todas y salió afuera. Después de lo cual dijo a Telémaco:

“¡Telémaco! No te afrenta el huésped que está en tu palacio; ni erré el blanco, ni me costó gran fatiga armar el arco; mis fuerzas están íntegras todavía, no cual los pretendientes, menospreciándome, me lo echaban a la cara. Pero ya es hora de aprestar la cena a los aqueos, mientras hay luz, para que después se deleiten de otro modo, con el canto y la cítara, que son los ornamentos del banquete.”

Dijo, e hizo con las cejas una señal. Y Telémaco, el caro hijo del divinal Odiseo, ciñó la aguda espada, asió su lanza y, armado de reluciente bronce, se puso en pie al lado de su silla, junto a su padre.





*Notas*

- <sup>1</sup> Son las hachas que han de servir para el certamente de arco.
- <sup>2</sup> Liodes, arúspice de los pretendientes, ocupaba este lugar, al decir de los comentaristas, para vigilar la crátera e impedir que echasen en ella alguna droga venenosa, como ya demostró tenerlo uno de los pretendientes en la rapsodia II del poema.
- <sup>3</sup> El lapita Piritoo convidó a sus bodas con Hipodamia, hija de Adrasto, a los centauros. El exceso de vino hizo propasarse a los centauros, y dio origen a una terrible contienda entre ellos y los lapitas, muy celebrada en la poesía, y asunto bastante tratado en las artes plásticas.
- <sup>4</sup> Las puertas se abrían hacia fuera, como se indica en las comedias de Terencio. El cable podía usarse para cerrarlas, pasándolo por la anilla que tenían por dentro, y sujetándolo por los cabos a los extremos del muro, o bien formando con él un nudo complicado y difícil de desatar, cerradura que hemos visto aplicar al cofre regalado a Odiseo por Arete.
- <sup>5</sup> Sobre esta planta, dice Herodoto (lib. II, 92): “Tienen otra planta llamada biblo, de anual cosecha, cuya parte inferior, después de arrancada y sacada del pantano, se come y se vende, siendo de un codo de largo, y cortándose lo superior para otros usos”. Crecía con extraordinaria abundancia en las orillas del Nilo. Entre sus infinitas aplicaciones se usaba para cuerdas, mechas para lámparas, esteras, colchones, velas y cables de navíos, y vestidos de la clase proletaria.



## Rapsodia vigesimasegunda

**A**L INSTANTE DESNUDÓSE DE SUS HARAPOS EL INGENIOSO Odiseo, saltó al grande umbral con el arco y la aljaba repleta de veloces flechas, y derramándolas delante de sus pies, habló de esta guisa a los pretendientes:

“Ya este certamen fatigoso está acabado; ahora apuntaré a otro blanco adonde jamás tiró varón alguno, y he de ver si le acierto por concederme tal gloria el dios Apolo.”

Dijo, y enderezó la amarga saeta hacia Antínoo. Levantaba este una bella copa de oro, de dos asas, y tenía ya en las manos para beber el vino, sin que la idea de la muerte preocupase su espíritu: ¿Quién pensara que, entre tantos convidados, un solo hombre, por valiente que fuera, había de darle tan mala muerte y negra Kera? Pues Odiseo, acertándole en la garganta, hirióle con la flecha y la punta asomó por la tierna cerviz. Desplomóse Antínoo al recibir la herida, cayósele la copa de las manos, y brotó de sus narices un espeso chorro de humana sangre. En la caída empujó la mesa, dándole con el pie, y esparció las viandas por el suelo, donde el pan y la carne asada se mancharon. Al verle caído, los pretendientes levantaron un gran tumulto dentro del palacio; dejaron las sillas y, moviéndose por la sala, recorrieron con los ojos las bien labradas paredes, pero no había ni un escudo siquiera, ni una fuerte lanza de que echar mano. E increparon a Odiseo con airadas voces:

“¡Oh, forastero! Mal haces en disparar el arco contra los hombres. Pero ya no te hallarás en otros certámenes; ahora te aguarda una terrible muerte. Quitaste la vida a un varón que era el más señalado de los jóvenes de Ítaca, y por ello te comerán aquí mismo los buitres.”

Así hablaban, figurándose que había muerto a aquel hombre involuntariamente. No pensaban los muy simples que la ruina pendiera sobre ellos. Pero, encarándoles la torva faz, les dijo el ingenioso Odiseo:

“¡Ah, perros! No creáis que volviese del pueblo troyano a mi morada y me arruinabas la casa, forzabas las mujeres esclavas y, estando yo vivo, cortejabais a mi esposa, sin temer a los dioses que habitan el vasto Uranos, ni recelar venganza alguna de parte de los hombres. Ya pende la ruina sobre vosotros todos.”

Así se expresó. Todos se sintieron poseídos del pálido temor y cada uno buscaba adónde huiría para librarse de una muerte espantosa. Y Eurímaco fue el único que le contestó diciendo:

“Si eres en verdad Odiseo itacense, que has vuelto, te asiste la razón al hablar de este modo de cuanto hacían los aqueos, pues se han cometido muchas iniquidades en el palacio y en el campo. Pero yace en tierra quien fue culpable de todas estas cosas, Antínoo, el cual promovió dichas acciones, no porque tuviera necesidad o deseo de casarse, sino por haber concebido otros designios que el Cronida no llevó al cabo, es a saber, para reinar sobre el pueblo de la bien construida Ítaca, matando a tu hijo con acechanzas. Ya lo ha pagado con su vida, como era justo, mas tú perdona a tus conciudadanos, que nosotros, para aplacarte públicamente, te resarciremos de cuanto se ha comido y bebido en el palacio, estimándolo en el valor de veinte bueyes por cabeza, y te daremos bronce y oro hasta que tu corazón se satisfaga, pues antes no se te puede reprochar que estés irritado.”

Mirándole con torva faz, le contestó el ingenioso Odiseo: “¡Eurímaco! Aunque todos me dierais vuestro respectivo patrimonio, añadiendo a cuanto tenéis otros bienes de distinta procedencia, ni aun así se abstendrían mis manos de matar hasta que todos los pretendientes hayáis pagado por completo vuestras demasías. Ahora se os ofrece la ocasión de combatir conmigo o de huir, si alguno puede evitar la muerte y la Ker, mas no creo que nadie se libre de un fin desastroso.”

Tal dijo, y todos sintieron desfallecer sus rodillas y su corazón. Pero Eurímaco habló nuevamente para decirles:

“¡Amigos! No contendrá este hombre sus manos indómitas: habiendo tomado el pulido arco y la aljaba, disparará desde el liso umbral hasta que a todos nos mate. Pensemos, pues, en combatir. Sacad las espadas, poned las mesas por reparo a las saetas, que causan rápida muerte, y acometámosle juntos por si logramos apartarle del umbral y de la puerta e irnos por la ciudad, donde se promovería gran alboroto. Y quizás disparara el arco por la vez postrera.”

Diciendo así, desenvainó la espada de bronce, aguda y de doble filo, y arremetió contra aquel, gritando de un modo horrible. Pero en el mismo punto tiróle el divino Odiseo una saeta y, acertándole en el pecho junto a la tetilla, le clavó en el hígado la veloz flecha. Cayó en el suelo la espada que empuñaba Eurímaco y este, tambaleándose y dando vueltas, vino a dar encima de la mesa y tiró los manjares y la copa doble; después, angustiado en su espíritu, hirió con la frente el suelo y golpeó con los pies la silla; y por fin, obscura nube se extendió sobre sus ojos.

También Anfínomo se fue derecho hacia el glorioso Odiseo, con la espada desenvainada, para ver si habría medio de echarlo de la puerta. Mas Telémaco le previno con tirarle la broncínea lanza, la cual se le hundió en la espalda, entre los

hombros, y le atravesó el pecho; y aquel cayó ruidosamente y dio de cara contra el suelo. Retiróse Telémaco con prontitud, dejando la luenga pica clavada en Anfinomo, pues temió que, mientras la arrancase, lo hiriera alguno de los aqueos con la punta o con el filo de la espada. Fue corriendo, llegó en seguida adonde se hallaba su padre y, parándose cerca del mismo, díjole estas aladas palabras:

“¡Oh padre! Voy a traerte un escudo, dos lanzas y un casco de bronce que se adapte a tus sienes; y de camino me pondré también las armas y daré otras al porquerizo y al boyero, porque es mejor estar armado.”

Respondióle el ingenioso Odiseo: “Corre, tráelo mientras tengo saetas para rechazarlos, no sea que, por estar solo, me lancen de la puerta.”

Así le dijo. Obedeció Telémaco y se fue al aposento donde estaban las magníficas armas. Tomó cuatro escudos, ocho lanzas y cuatro yelmos de bronce adornados con espesas crines de caballo; y, llevándose todo, volvió pronto adonde se hallaba su padre. Primeramente protegió Telémaco su cuerpo con el bronce; dio en seguida hermosas armaduras a los dos esclavos para que las vistiesen, y luego colocáronse todos cabe el prudente y sagaz Odiseo.

Mientras el héroe tuvo flechas para defenderse, fue apuntando e hiriendo sin interrupción a los pretendientes, los cuales caían unos en pos de otros. Mas en el momento en que se le acabaron las saetas al rey, que las tiraba, arrimó el arco a un poste de la sala sólidamente construída, apoyándolo contra el lustroso muro; echóse al hombro un escudo de cuatro pieles, cubrió la robusta cabeza con un labrado yelmo cuyo penacho de crines de caballo ondeaba terriblemente en la cimera, y asió dos fuertes lanzas de bronceínea punta.

Había en la bien labrada pared un postigo<sup>1</sup> con su umbral mucho más alto que el pavimento de la sala sólidamente construida, que daba paso a una callejuela y lo cerraban unas tablas perfectamente ajustadas. Odiseo mandó que lo custodiara el divinal porquero, quedándose de pie junto al mismo, por ser aquella la única salida. Y Agelao hablóles a todos con estas palabras:

“¡Amigos! ¿No podría alguno subir al postigo, hablarle a la gente y levantar muy pronto un clamoreo? Haciéndolo así, quizás este hombre disparara el arco por la vez postrera.”

Mas el cabrero Melantio le replicó: “No es posible, oh Agelao, alumno de Zeus. Hállase el postigo muy próximo a la hermosa puerta que conduce al patio, la salida al callejón es difícil y un solo hombre que fuese esforzado bastaría para detenernos a todos. Ea, para que os arméis traeré armas del aposento en el cual me figuro que las colocaron —y no será seguramente en otra parte— Odiseo con su preclaro hijo.”

Diciendo de esta suerte, el cabrero Melantio subió a la estancia de Odiseo por la escalera del palacio.<sup>2</sup> Tomó dos escudos, igual número de lanzas y otros tantos bronceos yelmos guarnecidos de espesas crines de caballo, y llevándose todo, lo puso en las manos de los pretendientes. Desfallecieron las rodillas y el corazón de Odiseo cuando les vió coger las armas y blandear las luengas picas, porque era grande el trabajo que se le presentaba. Y al momento dirigió a Telémaco estas aladas palabras:

“¡Telémaco! Alguna de las mujeres del palacio o Melantio enciende contra nosotros el funesto combate.”

Respondióle el prudente Telémaco: “¡Oh padre! Yo tuve la culpa y no otro alguno, pues dejé sin cerrar la puerta sólidamente encajada del aposento. Su espía ha sido más hábil. Ve

tú, divinal Eumeo, a cerrar la puerta y averigua si quien hace tales cosas es una mujer o Melantio, el hijo de Dolio, como yo presumo.”

Así estos conversaban cuando el cabrero Melantio volvió a la estancia para sacar otras magníficas armas. Advirtióle el divinal porquerizo y al punto dijo a Odiseo, que estaba a su lado:

“¡Laertiada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en recursos! Aquel hombre pernicioso en quien sospechábamos vuelve al aposento. Dime claramente si lo he de matar, en el caso de ser yo el más fuerte, o traértelo aquí, para que pague las muchas demasías que cometió en tu casa.”

Respondióle el ingenioso Odiseo: “Yo y Telémaco resistiremos en esta sala a los ilustres pretendientes, aunque están muy enardecidos, y vosotros id, retorcedle hacia atrás los pies y las manos, echadle en el aposento y, cerrando la puerta, atadle una soga bien torcida y levantadlo a la parte superior de una columna, junto a las vigas, para que viva y padezca fuertes dolores por largo tiempo.”

De tal modo habló, y ellos le escucharon y obedecieron, encaminándose a la cámara sin que lo advirtiese Melantio que ya estaba en la misma. Halláronle ocupado en buscar armas en lo más hondo de la habitación y pusiéronse respectivamente a derecha e izquierda de la entrada, delante de las jambas. Y apenas el cabrero Melantio iba a pasar el umbral con un hermoso yelmo en cada una de las manos y en la otra un escudo grande, muy antiguo, cubierto de moho, que el héroe Laertes llevara en su juventud y que se hallaba abandonado y con las correas descosidas, aquellos se le echaron encima, lo asieron y lo llevaron adentro, arrastrándolo por la cabellera. En seguida, tiráronlo contra la tierra, angustiado en su corazón y, retorciéndole hacia atrás los pies y las manos, sujetárenselos juntamente con un penoso lazo, conforme a lo



dispuesto por el hijo de Laertes, por el paciente divinal Odiseo; atáronle luego una soga bien torcida y levantáronle a la parte superior de una columna, junto a las vigas. Entonces fue cuando, hacienda burla de él, le dijiste así, porquerizo Eumeo:

“Ya, oh Melantio, velarás toda la noche, acostado en esa blanda cama cual te mereces; y no te pasará inadvertida Eos, de áureo trono, hija de la mañana, cuando salga de las corrientes del océano a la hora en que sueles traerles las cabras a los pretendientes para aparejar su almuerzo.”

Así se quedó Melantio, suspendido del funesto lazo; y aquellos se armaron en seguida, cerraron la espléndida puerta y fuéronse hacia el prudente y sagaz Odiseo, a cuyos lados se pusieron, respirando valor. Eran, pues, cuatro los del umbral, y muchos y fuertes los de adentro de la sala. Poco tardó en acercárseles Atenea, hija de Zeus, que había tomado el aspecto y la voz de Méntor. Odiseo se alegró de verla y le dijo estas palabras:

“¡Méntor! Aparta de nosotros el infortunio y acuérdate del compañero amado que tanto bien acostumbraba hacerte, pues eres coetáneo mío.”

De tal suerte habló, sin embargo de haber reconocido a Atenea, que enardece a los guerreros. Por su parte zaheríanle los pretendientes en la sala, comenzando por Agelao Damastórida, que así le dijo:

“¡Méntor! No te persuada Odiseo con sus palabras a que los auxilies, luchando contra los pretendientes, pues me figuro que se llevará a cabo nuestro propósito de la siguiente manera: así que los matemos a entrambos, al padre y al hijo, también tú perecerás por las cosas que quieres hacer en el palacio y que has de expiar con tu cabeza, y cuando el bronce haya dado fin a vuestra violencia, sumaremos a los de Odiseo todos los bienes de que disfrutas dentro y fuera de la pobla-

ción, y no permitiremos ni que tus hijos o hijas habiten en tu palacio, ni que tu casta esposa ande por la ciudad de Ítaca.”

Tal dijo. Acrecentósele a Atenea el enojo que sentía en su corazón e increpó a Odiseo con airadas voces:

“Ya no hay en ti, oh Odiseo, aquel vigor ni aquella fortaleza con que durante nueve años luchaste continuamente contra los teucros por Helena, la de los brazos de nieve, hija de nobles padres; diste muerte a muchos varones en la terrible pelea; y por tu consejo fue tomada la ciudad de Príamo, la de muchas calles. ¿Cómo, pues, llegado a tu casa y a tus posesiones no te atreves a ser esforzado contra los pretendientes? Mas, ea, ven acá, amigo, colócate junto a mí, contempla mis hechos y sabrás cómo Méntor Alcímida se porta con tus enemigos para devolvarte los favores que le hiciste.”

Dijo, mas no le dio completamente la indecisa victoria, porque deseaba probar la fuerza y el valor de Odiseo y de su hijo glorioso. Y tomando el aspecto de una golondrina, emprendió el vuelo y fue a posarse en una de las vigas de la espléndida sala.

En esto concitaban a los demás pretendientes Agelao Damastórida, Eurímono, Anfimedón, Democtólemo, Pisandro Polictórida y el valeroso Pólipo, que eran los más señalados por su bravura entre los que aún vivían y peleaban por conservar su existencia, pues a los restantes habíanlos derribado las respectivas flechas que el arco despidiera. Y Agelao hablóles a todos con estas palabras:

“¡Amigos! Ya este hombre contendrá sus manos indómitas, pues Méntor se le fue, después de proferir inútiles baladronadas, y vuelven a estar solos en el umbral de la puerta. Por tanto, no arrojéis todos a una la lengua pica; ea, tírenla primeramente estos seis, por si Zeus nos concede herir a

Odiseo y alcanzar gloria. Que ningún cuidado nos darían los otros si él cayese.”

Así les habló; arrojaron sus lanzas con gran ímpetu aquellos a quienes se lo ordenara, e hizo Atenea que todos los tiros saliesen vanos. Uno acertó a dar en la columna de la habitación sólidamente construida, otro en la puerta fuertemente ajustada y otro hirió el muro con la lanza de fresno que el bronce hacía ponderosa. Mas apenas se hubieron librado de las lanzas arrojadas por los pretendientes, el paciente divinal Odiseo fue el primero en hablar a los suyos de esta manera:

“¡Amigos! Ya os invito a tirar las lanzas contra la turba de los pretendientes, que desean acabar con nosotros después de habernos causado los anteriores males.”

Así se expresó, y ellos arrojaron las agudas lanzas, apuntando a su frente. Odiseo mató a Demeptólemo, Telémaco a Euríades, el porquerizo a Elato y el boyero a Pisandro, los cuales mordieron juntos la vasta tierra. Retrocedieron los pretendientes al fondo de la sala; y Odiseo y los suyos corrieron a sacar de los cadáveres las lanzas que les habían clavado.

Los pretendientes tornaron a arrojar con gran ímpetu las agudas lanzas, pero Atenea hizo que los más de los tiros saliesen vanos. Uno acertó a dar en la columna de la habitación sólidamente construida, otro en la puerta fuertemente ajustada, y otro hirió el muro con la lanza de fresno que el bronce hacía ponderosa. Anfimedón hirió a Telémaco en la muñeca, pero muy levemente, pues el bronce tan solo desgarró el cutis. Y Ctesipo logró que su ingente lanza rasguñase el hombro de Eumeo por cima del escudo, pero el arma voló al otro lado y cayó en tierra.

El prudente y sagaz Odiseo y los que con él se hallaban arrojaron otra vez las agudas lanzas contra la turba de los

pretendientes. Odiseo, asolador de ciudades, hirió a Eurídamente, Telémaco a Anfimedente y el porquerizo a Pólipo; y en tanto el boyero acertó a dar en el pecho a Ctesipo y, gloriándose, hablóle de esta manera:

“¡Oh Polittersida, amante de la injuria! No cedas nunca al impulso de tu mentecatez para hablar altaneramente; antes bien, deja la palabra a las deidades, que son mucho más poderosas. Recibirás este presente de hospitalidad por la patada que diste a Odiseo, igual a un dios, cuando mendigaba en su propio palacio.”

Así habló el pastor de bueyes, de retorcidos cuernos; y en tanto Odiseo le envasaba su gran pica al damastórida. Telémaco hirió por su parte a Leócrito Evenórida con hundirle la lanza en el ijar, que el bronce traspasó enteramente; y el varón cayó de bruces, dando de cara contra el suelo. Atenea, desde lo alto del techo, levantó su égida,<sup>3</sup> perniciosa a los mortales; y los ánimos de todos los pretendientes quedaron espantados. Huían estos por la sala como las vacas de un rebaño al cual agita el movedizo tábano en la estación vernal, cuando los días son muy largos. Y aquellos, de la suerte que unos buitres<sup>4</sup> de retorcidas uñas y corvo pico bajan del monte y acometen a las aves que, temerosas de quedarse en las nubes, han descendido al llano, y las persiguen y matan sin que puedan resistirse ni huir, mientras los hombres se regocijan presenciando la captura: de semejante modo arremetieron en la sala contra los pretendientes, dando golpes a diestro y siniestro, los que eran heridos en la cabeza levantaban horribles suspiros, y el suelo manaba sangre por todos lados. En esto, Liodes corrió hacia Odiseo, le abrazó por las rodillas y comenzó a suplicarle con estas aladas palabras:

“Te lo ruego abrazado a tus rodillas, Odiseo: respétame y apiádate de mí. Yo te aseguro que a las mujeres del palacio

nada inicuo les dije ni les hice jamás; antes bien, contenía a los pretendientes que de tal modo se portaban. Mas no me obedecieron en términos que sus manos se abstuviesen de las malas obras; y de allí que se hayan atraído con sus iniquidades una deplorable muerte. Y yo, que era su arúspice y ninguna maldad he cometido, yaceré con ellos, pues ningún agradecimiento se siente hacia los bienhechores.”

Mirándole con torva faz, exclamó el ingenioso Odiseo: “Si te jactas de haber sido su arúspice, debiste de rogar muchas veces en el palacio que se alejara el dulce instante de mi regreso, y se fuera mi esposa contigo, y te diese hijos; por tanto, no te escaparás tampoco de la cruel muerte.”

Diciendo así, tomó con su robusta mano la espada que Age-lao, al morir, arrojara en el suelo, y le dio un golpe en la cerviz, y la cabeza cayó en el polvo mientras Liodes hablaba todavía.

Pero libróse de la negra Ker al aedo Pemio Terpiada el cual, obligado por la necesidad, cantaba ante los pretendientes. Hallábase de pie junto al postigo, con la sonora cítara en la mano, y revolvía en su corazón dos resoluciones: o salir de la habitación y sentarse junto al bien construido altar del gran Zeus, protector del recinto, donde Laertes y Odiseo quemaran tantos muslos de buey, o correr hacia Odiseo, abrazarlo por las rodillas y dirigir súplicas. Considerándolo bien, parecióle mejor tocarle las rodillas a Odiseo Laertiada. Y dejando en el suelo la cóncava cítara, entre la crátera y la silla de clavazón de plata, corrió hacia Odiseo, abrazóle por las rodillas y comenzó a suplicarle con estas aladas palabras:

“Te lo ruego abrazado a tus rodillas, Odiseo: respétame y apiádate de mí. A ti mismo te pesará más tarde haber quitado la vida a un aedo como yo, que canto a los dioses y a los hombres. Yo de mío me he enseñado<sup>5</sup> que un dios me inspiró en la mente canciones de toda especie y soy capaz de ento-

narlas en tu presencia como si fueses una deidad: no quieras, pues, degollarme. Telémaco, tu caro hijo, te podrá decir que no entraba en esta casa de propio impulso ni obligado por la penuria a cantar después de los festines de los pretendientes, sino que estos, que eran muchos y me aventajaban en poder, forzábanme a que viniera.”

Así habló, y al oírlo el vigoroso y divinal Telémaco, dijo a su padre que estaba cerca:

“Tente y no hieras con el bronce a ese inculpable. Y salvaremos asimismo al heraldo Medonte, que siempre me cuidaba en esta casa mientras fui niño, si ya no le han muerto Piletio o el porquerizo, ni se encontró contigo cuando arremetías por la sala.”

Así dijo y oyóle el discreto Medonte, que se hallaba acurrucado debajo de una silla, tapándose con un cuero de buey para evitar la negra Ker. Corrió en seguida hasta Telémaco, abrazóle por las rodillas y comenzó a suplicarle con estas aladas palabras:

“¡Amigo! Este soy yo. Detente y di a tu padre que no me cause daño con el agudo bronce, prevaliéndose de su fuerza, irritado como está contra los pretendientes que agotaban sus bienes en el palacio y a ti, los muy necios, no te honraban en lo más mínimo.”

Díjole sonriendo el ingenioso Odiseo: “Tranquilízate, ya que este te libró y salvó para que conozcas en tu ánimo y puedas decir a los demás cuánta ventaja llevan las buenas acciones a las malas. Pero salid de la habitación tú y el aedo tan afamado y tomad asiento en el patio, fuera de este lugar de matanza, mientras doy fin a lo que debo hacer en mi morada.”

Así les habló, y ambos salieron de la sala y se sentaron junto al altar del gran Zeus,<sup>6</sup> mirando a todas partes y temiendo recibir la muerte a cada paso. Odiseo registraba con los ojos toda la estancia por si hubiere quedado vivo alguno de

aquellos hombres, librándose de la negra muerte. Pero los vio a tantos como eran, caídos todos entre la sangre y el polvo. Como los peces que los pescadores sacan del espumoso mar a la corva orilla en una red de infinidad de mallas yacen amontonados en la arena, deseosos de las olas, y el resplandeciente Helios Faetón les arrebató la vida, de tal manera estaban tendidos los pretendientes los unos sobre los otros. Entonces el ingenioso Odiseo dijo a Telémaco:

“¡Telémaco! Ve y haz venir al ama Euriclea, para que le diga lo que tengo pensado.”

Así se expresó. Telémaco obedeció a su padre y, tocando a la puerta, hablóle de este modo al ama Euriclea:

“¡Levántate y ven, añosa vieja que cuidas de las esclavas en nuestro palacio! Te llama mi padre para decirte alguna cosa.”

Tal dijo, y ninguna palabra voló de los labios de Euriclea, la cual abrió las puertas de las cómodas habitaciones, comenzó a andar precedida por Telémaco, y halló a Odiseo entre los cadáveres de aquellos a quienes matara, todo manchado de sangre y polvo. Así como un león que acaba de devorar a un buey montés se presenta con el pecho y ambos lados de las mandíbulas teñidas en sangre, e infunde horror a los que lo ven, de igual manera tenía manchados Odiseo los pies y las manos. Cuando ella vio los cadáveres y aquel mar de sangre, empezó a proferir exclamaciones de alegría porque contemplaba una grandiosa hazaña, pero Odiseo se lo estorbó y contrajo su gana de dar gritos, dirigiéndole estas aladas palabras: “¡Anciana! Regocíjate en tu espíritu, pero contente y no proferas exclamaciones de alegría, que no es piadoso alborozarse por la muerte de estos varones. Hiciéronlos sucumbir la Moira de los dioses y las obras perversas, pues no respetaban a ningún hombre de la tierra, malo o bueno, que a ellos se llegase; de allí que con sus iniquidades se hayan atraído una

deplorable muerte. Mas, ea, cuéntame ahora cuáles mujeres me hacen poco honor en el palacio y cuáles están sin culpa.”

Contestóle Euriclea, su ama querida: “Yo te diré, oh hijo, la verdad. Cincuenta esclavas tienes en el palacio, a las cuales enseñé a hacer labores, a cardar lana y a sufrir la servidumbre; de ellas, doce se entregaron a la impudencia, no respetándome a mí ni a la propia Penélope. Telémaco ha muy poco que llegó a la juventud, y su madre no lo dejaba tener mando en las mujeres. Mas, ea, voy a subir a la espléndida habitación superior para enterar de lo que ocurre a tu esposa, a la cual debe de haberle enviado alguna deidad el sueño en que está sumida.”

Respondióle el ingenioso Odiseo: “No la despiertes aún, pero di que vengan cuantas mujeres han cometido acciones indignas.”

Así le habló, y la vieja se fue por el palacio a decirles a las mujeres y mandarles que se presentaran. Entonces llamó el héroe a Telémaco, al boyero y al porquerizo, y les dijo estas aladas palabras:

“Proceded ante todo al traslado de los cadáveres, que ordenaréis a las mujeres, y seguidamente limpien estas con agua y esponjas de muchos ojos las magníficas sillas y las mesas. Y cuando hubiereis puesto en orden toda la estancia, llevaos las esclavas afuera del sólido palacio y allá, entre la rotonda<sup>7</sup> y la bella cerca del patio, heridlas a todas con la espada de larga punta hasta que les arranquéis el alma y se olviden de Afrodita, de cuyos placeres disfrutaban uniéndose en secreto con los pretendientes.”

Así se lo encargó. Llegaron todas las mujeres juntas, las cuales suspiraban gravemente y derramaban abundantes lá-



grimas. Comenzaron por sacar los cadáveres de los que habían muerto y los colocaron unos encima de otros debajo del pórtico, en el bien cercado patio: Odiseo se lo ordenó, dándoles prisa, y ellas se vieron obligadas a transportarlos. Después limpiaron con agua y esponjas de muchos ojos las magníficas sillas y las mesas. Telémaco, el boyero y el porquerizo pasaron la rasqueta por el pavimento de la sala sólidamente construida y las esclavas se llevaron las raeduras y las echaron fuera. Cuando hubieron puesto en orden toda la estancia, sacaron aquellos a las esclavas de palacio a un lugar angosto, entre la rotonda y la bella cerca del patio, de donde no era posible que se escaparan. Y el prudente Telémaco dijo a los otros:

“No quiero privar de la vida con una muerte honrosa a estas esclavas que derramaron el oprobio sobre mi cabeza y sobre mi madre, durmiendo con los pretendientes.”

De tal suerte habló, y, ante la excelsa columna la soga de una nave de azulada proa cercó con ella la rotonda, tendiéndola en lo alto para que ninguna de las esclavas llegase con sus pies al suelo. Así como los tordos de anchas alas o las palomas que, al entrar en un seto, dan con una red colocada ante un matorral y encuentran en ella odioso lecho, así las esclavas tenían las cabezas en línea y sendos lazos alrededor de sus cuellos, para que muriesen del modo más deplorable. Tan solamente agitaron los pies por un breve espacio de tiempo, que no fue en verdad de larga duración.

Después sacaron a Melantio al vestíbulo y al patio; le cortaron con el cruel bronce las narices y las orejas; le arrancaron las partes verendas, para que los perros las despedazaran crudas, y amputáronle las manos y los pies, con ánimo irritado.

Tras de esto, laváronse las manos y los pies, y volvieron a penetrar en la casa de Odiseo, pues la obra estaba consumada. Entonces dijo el héroe a su ama Euriclea:

“¡Anciana! Trae azufre, medicina contra lo malo y trae también fuego para azufrar la casa. Y mandarás a Penélope a que venga acá con sus criadas, y que se presenten asimismo todas las esclavas del palacio.”

Respondióle su ama Euriclea: “Sí, hijo mío, es muy oportuno lo que acabas de decir. Mas, ea, voy a traerte un manto y una túnica para que te vistas y no permanezcas en tu palacio con los anchos hombros cubiertos de harapos, que esto fuera reprensible.”

Contestóle el ingenioso Odiseo: “Ante todo enciéndase fuego en esta sala.”

Tal dijo, y no le desobedeció su ama Euriclea, pues le trajo fuego y azufre.<sup>8</sup> Acto seguido azufró Odiseo la sala, las demás habitaciones y el patio.

La vieja se fue por la hermosa mansión de Odiseo a llamar a las mujeres y mandarles que se presentaran. Pronto salieron del palacio con hachas encendidas, rodearon a Odiseo y le saludaron y abrazaron, besándole la cabeza, los hombros y las manos que le tomaban con las suyas, y un dulce deseo de llorar y de suspirar se apoderó del héroe, pues en su alma las reconoció a todas.



## Notas

- <sup>1</sup> Tal parece la traducción más exacta. Designaba este vocablo una puerta excusada de un batiente, por lo común, que carecía de umbral, y que tocaba directamente con el suelo. Era en el salón donde se reunían a comer los pretendientes en el palacio de Odiseo, y la única salida al patio y de este a la calle, fuera de la principal, estaba así defendida por el héroe y sus auxiliares.
- <sup>2</sup> Mucho ha mortificado a los comentaristas esta nueva puerta del salón que daba acceso a una escalera excusada. Según Eustacio, los antiguos, para explicarse su disposición, habían dibujado un plano, que se conservaba en ciertos manuscritos de la *Odisea*. Mme. Dacier explica cómo no pudo evadirse Melanteo por esta puerta, suponiendo que Telémaco tuvo la precaución de cerrar la que de la sala donde escondieron las armas daba salida a otros corredores, por los cuales se podía llegar a la escalera principal y bajar al patio.
- <sup>3</sup> Muertos los principales pretendientes, Homero abrevia con esta invención el relato del fin de los restantes, indicando poéticamente el terror que se apoderó de todos ellos. La égida, escudo cubierto con la piel de la cabra Amaltea, nodriza de Zeus, y adornada en el centro con la cabeza de Medusa, una de las Gorgonas, se describe bellamente en el libro V de la *Ilíada*: “Suspendió de su cuello la terrible/Égida, de brillantes rapacejos/De oro por todas partes guarnecida/Y del terror en torno coronada,/En la cual la discordia y el combate/Y el alcance en la fuga y la derrota/Entallados estaban, y tenía/La cabeza horrorosa y espantable/De la Gorgona, aborrecido monstruo/Que en su cólera Júpiter criara”.
- <sup>4</sup> Creen algunos escoliastas de Homero que se refiere aquí el poeta a una especie de caza que se verificaba de la manera siguiente: los cazadores se colocaban en las alturas, provistos de aves de rapiña amaestradas. Cuando los pájaros desalojados de los montes descendían al llano, daban en unos lazos y redes, y para evitarlos huían en bandadas. Entonces se daba suelta a las rapaces aves, que hacían en ellas espantosa matanza. Es de advertir que la voz *nubes*, empleada en el texto, puede significar también una especie de lazos para la caza.

- <sup>5</sup> Píndaro, en la segunda Olímpica, dice lo mismo que Homero, pero con impetuosa energía: “Al cielo eleva al vate/Su natural talento;/Pero aquel a quien forma/Estudio sin ingenio,/Insoportable grazna/Como estúpido cuervo,/Que al águila de Jove/Quiere seguir rastrero” (trad. de Montes de Oca).
- <sup>6</sup> Este dios, como protector del hogar, tenía su altar en el vestíbulo de la casa.
- <sup>7</sup> Así traducimos *tholus*, fijándose más bien en la forma que en el uso a que esta construcción solía destinarse. El *tholus* era un techado que servía de cubierta a un edificio circular. Según Didonio, se destinaba primitivamente a guardar los utensilios de cocina y todo lo necesario para el servicio de las mesas. En Atenas dióse este nombre al edificio en que se reunían los pritáneos.
- <sup>8</sup> Se usaba como desinfectante y purificador. Su empleo para el particular era antiquísimo. Cítase ya en el libro de Job (XVIII, XV); Plinio (lib. XXX, cap. XV), asimismo, cita sus virtudes.

## Rapsodia vigesimatercera

**M**UY ALEGRE SE INTERNÓ LA VIEJA A LA ESTANCIA SUPERIOR para decirle a su señora que tenía dentro de la casa al amado esposo. Apenas llegó, moviendo firmemente las rodillas y dando saltos con sus pies, inclinóse sobre la cabeza de Penélope y le dijo estas aladas palabras:

“Despierta, Penélope, hija querida, para ver con tus ojos lo que anhelabas todos los días. Ya llegó Odiseo, ya volvió a su casa, aunque tarde, y ha dado muerte a los osados pretendientes que contristaban el palacio, se comían los bienes y violentaban a tu hijo.”

Respondióle la discreta Penélope: “¡Ama querida! Los dioses te han trastornado el juicio; que ellos pueden entontecer al muy discreto y dar prudencia al simple, y ahora te dañaron a ti cuyo espíritu era tan sesudo. ¿Por qué haces burla de mí, que padezco en el ánimo multitud de pesares, refiriéndome embustes y despertándome del dulce sueño que me tenía absorta por haberse difundido sobre mis párpados? No he descansado de semejante modo desde que Odiseo se fue para ver aquella Ilión pernicioso y nefanda. Mas, ea, torna a bajar y ocupa tu sitio en el palacio: que si otra de mis mujeres viniese con tal noticia a despertarme, pronto la mandara al interior de la casa de vergonzosa manera, pero a ti la senectud te salva.”

Contestóle su ama Euriclea: “No me burlo, hija querida; es verdad que vino Odiseo y llegó a esta casa, como te lo cuen-

to: era aquel huésped a quien todos insultaban en el palacio. Tiempo ha sabía Telémaco que se hallaba aquí, mas con prudente espíritu ocultó los propósitos de su padre, para que pudiese castigar las violencias de aquellos hombres orgullosos.”

Así habló. Alegróse Penélope y, saltando de la cama, abrazó a la vieja, comenzó a destilar lágrimas de sus ojos y dijo estas aladas palabras:

“Pues, ea, ama querida, cuéntame la verdad: si es cierto que vino a esta casa, como aseguras, y de qué manera logró poner las manos en los desvergonzados pretendientes, estando él solo y hallándose los demás siempre reunidos en el interior del palacio.”

Respondióle su ama Euriclea: “No lo he visto, no lo sé, tan solo percibí el suspirar de los que caían muertos, pues nosotras permanecemos, llenas de pavor, en lo más hondo de la sólida habitación, con las puertas cerradas, hasta que tu hijo Telémaco fue desde la sala y me llamó por orden de su padre. Hallé a Odiseo de pie entre los cadáveres, que estaban tendidos en el duro suelo, a su alrededor, los unos encima de los otros: se te holgara el ánimo de verle manchado de sangre y polvo, como un león. Ahora todos yacen amontonados en la puerta del patio y Odiseo ha encendido un gran fuego, azufra la magnífica morada y me envió a llamarte. Sígueme, pues, a fin de que ambos llenéis vuestro corazón de contento, ya que padecisteis tantos males. Por fin se cumplió aquel gran deseo: Odiseo tornó vivo a su hogar, hallandoos a ti y a tu hijo; y a los pretendientes, que lo ultrajaban, los ha castigado en su mismo palacio.”

Contestóle la discreta Penélope: “¡Ama querida! No cantes aún victoria, regocijándote con exceso. Bien sabes cuán grata nos fuera su venida a todos los del palacio y especialmente a mí y al hijo que engendramos, pero la noticia no es

cierta como tú la das, sino que alguno de los Inmortales ha dado muerte a los ilustres pretendientes, indignado de ver sus dolorosas injurias y sus malvadas acciones. Que no respetaban a ningún hombre de la tierra, malo o bueno, que a ellos se llegara; de ahí que, a causa de sus iniquidades, hayan padecido tal infortunio. Pero para Odiseo la esperanza de volver murió lejos de Acaya y este también ha muerto.”

Respondióle en el acto su ama Euriclea: “¡Hija mía! ¡Qué palabras se te escaparon del cerco de los dientes al decir que jamás volverá a esta casa tu marido, cuando ya está junto al hogar! Tu ánimo es siempre incrédulo. Mas, ea, voy a revelarte otra señal manifiesta: la cicatriz de la herida que le infirió un jabalí con su blanco diente. La reconocí mientras lo lavaba y quise decírtelo; pero él, con sagaz previsión, me lo impidió tapándome la boca con su mano.

Sígueme, yo misma me doy en prenda y, si te engaño, me matas haciéndome padecer la más deplorable de las muertes.”

Contestóle la discreta Penélope: “¡Ama querida! Por mucho que sepas, difícil es que averigües los designios de los sempiternos dioses. Mas, con todo, vayamos adonde está mi hijo, para que yo vea muertos a mis pretendientes y a quien los ha matado.”

Dijo así, y bajó de la estancia superior, revolviendo en su corazón muchas cosas: si interrogaría a su marido desde lejos, o si, acercándose a él, le besaría la cabeza y le tomaría las manos. Después que entró en la sala, trasponiendo el umbral de piedra, fue a sentarse enfrente de Odiseo, al resplandor del fuego, en la pared opuesta, pues el héroe se hallaba sentado de espaldas a una elevada columna con la vista baja, esperando si le hablaría su ilustre consorte así que en él pusiera los ojos. Mas Penélope permaneció mucho tiempo sin desplegar los labios por tener el corazón estupefacto; unas veces, mi-

rándole fijamente a los ojos, veía que aquel era realmente su aspecto; y otras no lo reconocía a causa de las miserables vestiduras que llevaba. Y Telémaco la increpó con estas voces:

“¡Madre mía, injusta madre puesto que tienes un ánimo cruel! ¿Por qué estás tan apartada de mi padre, en vez de sentarte a su vera, y hacerle preguntas y enterarte de todo? Ninguna mujer se quedaría así con el ánimo firme, lejos de su esposo, cuando este, después de pasar tantos males, vuelve en el vigésimo año a la patria tierra. Pero tu corazón ha sido siempre más duro que una roca.”

Respondióle la discreta Penélope: “¡Hijo mío! Estupefacto está mi ánimo en el pecho, y no podría decirle ni una sola palabra, ni hacerle preguntas, ni mirarlo frente a frente. Pero si verdaderamente es Odiseo que vuelve a su casa, ya nos reconoceremos mejor, pues hay señas para nosotros que los demás ignoran.”

Así se expresó. Sonrióse el paciente y divinal Odiseo y en seguida dirigió a Telémaco estas aladas palabras:

“¡Telémaco! Deja a tu madre que me pruebe dentro del palacio, pues quizás de este modo me reconozca más fácilmente. Como estoy sucio y llevo miserables vestiduras, me tiene en poco y no cree todavía que sea aquel. Deliberemos ahora para que todo se haga de la mejor manera. Pues si quien mata a un hombre del pueblo, el cual no deja tras de sí muchos vengadores, huye y desampara a sus deudos y a su patria tierra, ¿qué haremos nosotros que hemos dado muerte a los que eran el sostén de la ciudad, a los más eximios jóvenes de Ítaca? Yo te invito a pensar en esto.”

Respondióle el prudente Telémaco: “Conviene que tú mismo lo veas, padre amado, pues dicen que tu consejo es en todas las cosas el más excelente y que ninguno de los hombres mortales competiría contigo. Nosotros te seguiremos muy



pronto, y no han de faltarnos bríos en cuanto lo permitan nuestras fuerzas.”

Contestóle el ingenioso Odiseo: “Pues voy a decir lo que considero más conveniente. Empezad por lavaros, poneos las túnicas y ordenad a las esclavas que se vistan en el palacio; y acto seguido el divinal aedo, tomando la sonora cítara, nos guiará en la alegre danza, de suerte que, en oyéndonos desde fuera algún transeúnte o vecino, piensen que son las nupcias lo que celebramos.<sup>1</sup> No sea que la gran noticia de la matanza de los pretendientes se divulgue por la ciudad antes de salirnos a nuestros campos llenos de arboledas. Allí examinaremos lo que nos presente el Olímpico como más provechoso.”

Así les dijo, y ellos le escucharon y obedecieron. Comenzaron por lavarse y ponerse las túnicas, ataviáronse las mujeres, y el divino aedo tomó la hueca cítara y movió en todos el deseo del dulce canto y la eximia danza. Presto resonó la gran casa con el ruido de los pies de los hombres y de las mujeres de bella cintura que estaban bailando. Y los de fuera, al oírlo, solían exclamar:

“Ya debe de haberse casado alguno con la reina, que se vio tan solicitada. ¡Infeliz! No tuvo constancia para guardar la casa de su primer esposo hasta la vuelta del mismo.”

Así hablaban, por ignorar lo que dentro había pasado. Entonces Eurínome, la despensera, lavó y ungió con aceite al magnánimo Odiseo en su casa, y le puso un hermoso manto y una túnica; y Atenea esmaltó con una gran hermosura la cabeza del héroe e hizo que apareciese más alto y más grueso, y que de su cabeza colgaran ensortijados cabellos que a flores de jacinto semejaban. Y así como el hombre experto, a quien Hefestos y Palas Atenea han enseñado artes de toda especie, cerca de oro la plata y hace lindos trabajos, de semejante modo Palas Atenea difundió la gracia por la cabeza y por los hombros de

Odiseo. El héroe salió del baile con el cuerpo parecido completamente al de los Inmortales; volvió a sentarse en la silla que antes ocupara, frente a su esposa, y le dijo estas palabras:

“¡Desgraciada! Los que viven en olímpicos palacios te dieron un corazón más duro que a las otras mujeres. Ninguna se quedaría así, con el ánimo firme, alejada de su marido, cuando este, después de pasar tantos males, vuelve en el vigésimo año a la patria tierra. Pero ve, nodriza, y aparéjame la cama para que pueda acostarme, que esta tiene en su pecho un corazón de hierro.”

Contestóle la discreta Penélope: “¡Infortunado! Ni me crezco, ni me tengo en poco, ni me admiro en demasía, pues sé muy bien cómo eras cuando partiste de Ítaca en la nave de largos remos. Ve, Euriclea, y ponle la fuerte cama en el interior de la sólida habitación que construyó él mismo: sácale ahí la fuerte cama y aderézale el lecho con pieles, mantas y colchas espléndidas.”

Habló de semejante modo para probar a su marido, pero Odiseo, irritado, díjole a la honesta esposa:

“¡Oh mujer! En verdad que me produce gran pena lo que has dicho. ¿Quién me habrá trasladado el lecho? Difícil le fuera hasta el más hábil, si no viniese un dios a cambiarlo fácilmente de sitio; mas ninguno de los mortales que hoy viven, ni aún de los más jóvenes, lo movería con facilidad, pues hay una gran señal en el labrado lecho que hice yo mismo y no otro alguno.<sup>2</sup> Creció dentro del patio un olivo de alargadas hojas, robusto y floreciente, que tenía el grosor de una columna. En torno del mismo labré las paredes de mi cámara, empleando multitud de piedras; la cubrí con excelente techo, la cerré con puertas sólidas, firmemente ajustadas. Después corté el ramaje de aquel olivo de alargadas hojas, pulí con el

bronce su tronco desde la raíz, haciéndolo diestra y hábilmente; lo enderecé por medio de un nivel para convertirlo en pie de la cama, y lo taladré todo con un barreno. Comenzando por este pie, fui haciendo y pulimentando la cama hasta terminarla; la adorné con oro, plata y marfil; y extendí en su parte interior unas vistosas correas de piel de buey, teñidas de púrpura. Esta es la señal de que te hablaba; pero ignoro, oh mujer, si mi lecho sigue incólume o ya lo trasladó alguno, habiendo cortado el olivo por el pie.”

Así le dijo, y Penélope sintió desfallecer sus rodillas y su corazón, al reconocer las señales que Odiseo describiera con tal certidumbre. Al punto corrió a su encuentro, derramando lágrimas; echóle los brazos alrededor del cuello, le besó en la cabeza y le dijo:

“No te enojés conmigo, Odiseo, ya que eres en todo el más circunspecto de los hombres; y las deidades nos enviaron la desgracia y no quisieron que gozásemos juntos de nuestra juventud, ni que juntos llegáramos al umbral de la vejez. Pero no te enfades conmigo, ni te irrites si no te abracé, como ahora, tan luego como estuviste en mi presencia; que mi ánimo, acá dentro del pecho, temía horrorizado que viniese algún hombre a engañarme con sus palabras, pues son muchos los que traman diversas astucias. La argiva Helena, hija de Zeus, no se hubiera juntado nunca en amor y concúbiteo con un extraño, si hubiese sabido que los belicosos aqueos habían de traerla nuevamente a su casa y a su patria tierra. Algún dios debió de incitarla a realizar aquella vergonzosa acción, pues anteriormente jamás pensara cometer la deplorable falta que fue el origen de nuestras penas. Ahora, como acabas de referirme las señales evidentes de aquel lecho, que no vio mortal alguno sino solos tú y yo, y una esclava, Actoris, que me había

dado mi padre al venirme acá y custodiaba la puerta de nuestra sólida estancia, has logrado traer el convencimiento a mi espíritu con ser este tan obstinado.”

Diciendo de esta guisa, acrecentóle el deseo de sollozar, y Odiseo lloraba, abrazado a su dulce y honesta esposa. Así como la tierra parece grata a los que vienen nadando porque Poseidón les hundió en el ponto la bien construida embarcación, haciéndola juguete del viento y del gran oleaje, y unos pocos, que consiguieron salir del espumoso mar al continente, lleno el cuerpo de sarro, pisan la tierra muy alegres porque se ven libres de aquel infortunio, pues de igual manera le era agradable a Penélope la vista del esposo y no le quitaba del cuello los niveos brazos. Llorando los hallara Eos, de redondos dedos, hija de la mañana, si Atenea, la deidad de los claros ojos, no hubiese ordenado otra cosa: alargó la noche, cuando ya tocaba a su término, y detuvo en el océano a Eos, de áureo trono, no permitiéndole uncir los caballos de pies ligeros que traen la luz a los hombres, Lampo y Faetonte,<sup>3</sup> que son los potros que conducen su carro. Y entonces dijo a su consorte el ingenioso Odiseo:

“¡Mujer! Aún no hemos llegado al fin de todos los trabajos, pues falta otra empresa muy grande, larga y difícil, que he de llevar a cumplimiento. Así me lo vaticinó el alma de Tiresias el día que bajé a la morada de Hades, procurando la vuelta de mis compañeros y la mía propia. Mas, ea, mujer, vámonos a la cama para que, acostándonos, nos regalemos con el dulce sueño.”

Respondióle la discreta Penélope: “El lecho lo tendrás cuando a tu ánimo le plegue, ya que los dioses te hicieron tornar a tu casa bien construida y a tu patria tierra. Mas, puesto que pensaste en ese trabajo, por haberte sugerido su recuerdo

alguna deidad, explícame en qué consiste; me figuro que más tarde lo he de saber y no será malo que me entere desde ahora.”

Respondióle el ingenioso Odiseo: “¡Desdichada! ¿Por qué me incitas tanto, con tus súplicas, a que te lo explique? Voy a decírtelo sin omitir cosa alguna. No se alegrará tu ánimo de saberlo, como yo no me alegro tampoco, pues Tiresias me ordenó que recorriera muchas poblaciones, llevando en la mano un manejable remo, hasta llegar a aquellos hombres que nunca vieron el mar, ni comen manjares sazonados con sal, ni conocen las naves de encarnadas proas, ni tienen noticia de los manejables remos que son como las alas de los buques. Para ello me dio una señal muy manifiesta, que no te he de ocultar. Me mandó que, cuando encuentre otro caminante y me diga que llevo un aventador sobre el gallardo hombro, clave en tierra el manejable remo, haga al soberano Poseidón hermosos sacrificios de un carnero, un toro y un verraco, y vuelva a esta casa, donde ofreceré sagradas hecatombes a los inmortales dioses que poseen el anchuroso Uranos, a todos por su orden. Me vendrá más adelante, y lejos del mar, una muy suave muerte, que me quitará la vida cuando ya esté abrumado por placentera vejez, y a mi alrededor los ciudadanos serán dichosos. Todas estas cosas aseguró Tiresias que habían de cumplirse.”

Repuso entonces la discreta Penélope: “Si los dioses te conceden una feliz senectud, aún puedes esperar que te librarás de los infortunios.”

Así estos conversaban. Mientras tanto, Eurínomo y el ama aparejaban el lecho con blandas ropas, alumbrándose con antorchas encendidas. En acabando de hacer la cama diligentemente, la vieja tornó al palacio para acostarse y Eurínome, la camarera, fue delante de aquellos, con una antorcha en la

mano, hasta que los condujo a la cámara nupcial, retirándose en seguida. Y entrambos consortes llegaron muy alegres al sitio donde se hallaba su antiguo lecho.<sup>4</sup>

Entonces Telémaco, el boyero y el porquerizo dejaron de bailar, mandaron que cesasen igualmente las mujeres, y acostáronse todos en el obscuro palacio.

Después que los esposos hubieron disfrutado del deseable amor, entregáronse al deleite de la conversación. La divina entre las mujeres refirió cuanto había sufrido en el palacio al contemplar la multitud de los funestos pretendientes, que por su causa degollaban muchos bueyes y pingües ovejas, en tanto que se agotaba el copioso vino de las tinajas. Odiseo, de linaje divino, contó a su vez cuantos males había causado a otros hombres y cuantas penas había soportado en sus propios infortunios. Y ella se holgaba de oírlo y el sueño no le cayó en los ojos hasta que se acabó el relato.

Empezó a narrarle cómo venciera a los cicones; y le fue refiriendo su llegada al fértil país de los lotófagos; cuanto hizo el Cíclope y cómo él tomó venganza de que le hubiese devorado despiadadamente los fuertes compañeros; cómo pasó a la isla de Eolo, quien lo acogió benévolo hasta que vino la hora de despedirlo, pero el hado no había dispuesto que el héroe tornara aún a la patria y una tempestad lo arrebató nuevamente y lo llevó por el ponto, abundante en peces, mientras daba profundos suspiros; y cómo desde allí aportó a Telépilo, la ciudad de los lestrigones, que le destruyeron los bajeles y le mataron a todos los compañeros, de hermosas grebas, escapando tan solo Odiseo en su negra nave. Describióle también los engaños y múltiples astucias de Circe; y explicóle luego cómo había ido en su nave de muchos bancos a lóbrega morada de Hades para consultar al alma del tebano Tiresias, y cómo pudo ver allí a todos sus compañeros y a la madre que le dio a luz y

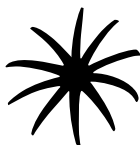
que lo crió en su infancia; cómo oyó más tarde el cantar de las sirenas, de voz sonora; cómo pasó por las peñas Erráticas, por la horrenda Caribdis y por la roca Escila, de la cual nunca pudieron los hombres escapar indemnes; cómo sus compañeros mataron las vacas de Helios; cómo el altitonante Zeus hirió la velera nave con el ardiente rayo, habiendo perecido todos sus esforzados compañeros y librándose él de la perniciosa muerte; cómo llegó a la isla Ogigia y a la ninfa Calipso, la cual le retuvo en huecas grutas, deseosa de tomarle por marido, le alimentó y le dijo repetidas veces que le haría inmortal y lo eximiría perpetuamente de la senectud, sin que jamás consiguiera llevarle la persuasión al ánimo; y cómo, padeciendo muchas fatigas, arribó a los feacios, quienes le honraron cordialmente, cual si fuese un numen, y lo condujeron en una nave después de regalarle bronce, oro en abundancia y vestidos. Tal fue lo postrero que mencionó, cuando ya lo vencía el dulce sueño, que relaja los miembros y deja el ánimo libre de inquietudes.

Luego Atenea, la deidad de los claros ojos, ordenó otra cosa. Tan pronto como le pareció que Odiseo ya se habría recreado con su mujer y con el sueño, hizo que saliese del océano la hija de la mañana, Eos de áureo trono, para que les trajera la luz a los humanos. Entonces se levantó Odiseo del blando lecho y dirigió a su esposa las siguientes palabras:

“¡Mujer! Los dos hemos padecido muchos trabajos; tú aquí, llorando por mi vuelta tan abundante en fatigas, y yo sufriendo los infortunios que me enviaron Zeus y los demás dioses para detenerme lejos de la patria cuando anhelaba volver a ella. Mas ya que nos hemos reunido nuevamente en este deseado lecho, tú cuidarás de mis bienes en el palacio, y yo, para reponer el ganado que los soberbios pretendientes me devoraron, apresaré un gran número de reses y los aqueos me darán otras hasta que llenemos todos los establos. Ahora me

iré al campo, lleno de árboles, a ver a mi padre que tan afligido se halla por mi ausencia; y a ti, oh mujer, aunque eres juiciosa, oye lo que te encomiendo: como con la luz de Helios se divulgará la noticia de que maté en el palacio a los pretendientes, vete a lo alto de la casa con tus siervas y quédate allí sin mirar a nadie ni preguntar cosa alguna.”

Dijo; cubrió sus hombros con la magnífica armadura y, haciendo levantar a Telémaco, al boyero y al porquerizo, los mandó que tomasen las marciales armas. Ellos no dejaron de obedecerle: armáronse todos con el bronce, abrieron la puerta y salieron de la casa, precedidos por Odiseo. Ya la luz se esparcía por la tierra, pero cubrióles Atenea con obscura nube y los sacó de la ciudad muy prestamente.





## Notas

- <sup>1</sup> Téngase en cuenta, para entender esto, que los pretendientes se retiraban a sus casas cuando entraba la noche, y con objeto de evitar la alarma consiguiente a su ausencia, ordena Odiseo que se finja en palacio la celebración de una boda, para quitar toda sospecha de la catástrofe ocurrida, y tener tiempo de ponerse en salvo.
- <sup>2</sup> Los reyes y las reinas de los tiempos heroicos no se desdeñaban de dedicarse a los trabajos manuales y de exceder de ellos. Toda la *Odisea* es un ejemplo continuo de las ventajas que la laboriosidad trae consigo, y una verdadera apoteosis de la mujer consagrada a las faenas de su casa, tan neciamente despreciadas por muchas que, queriendo pasar por distinguidas (¡en qué!), las califican de cursis, cuando no de denigrantes. La holgazanería con los vicios, excesos y desdichas consiguientes está pintada de mano maestra en los orgullosos pretendientes, sobre los cuales deja caer al fin su poderosa mano la invencible Atenea, diosa del saber y de las artes.
- <sup>3</sup> La doctísima Dacieria recomienda este verso a los pintores que traten de pintar el carro de oro de la rosada Aurora.
- <sup>4</sup> Aquí ponían Aristarco y Aristófanes el gramático el fin de la *Odisea*. Refuta su opinión el arzobispo Eustacio, y en general no se duda de la autenticidad de los versos que hay hasta el final de este libro y de los que constituyen todo el siguiente. El asunto de la *Odisea*, en efecto, no es solo la vuelta de Odiseo a su casa y el castigo de los arrogantes pretendientes, sino la toma de posesión de sus estados, y la terminación pacífica de la lucha anunciada y temida a que había de dar motivo su terrible matanza. Por eso entendemos que el poema termina real y completamente cuando Atenea da fin al principiado combate, poniendo en dispersión a la facción itacense y conteniendo el ímpetu de Odiseo.



## Rapsodia vigesimacuarta

**E**L CILENIO HERMES<sup>1</sup> LLAMABA LAS SOMBRAS DE LOS PRE-tendientes, teniendo en su mano la hermosa áurea vara con la cual adormece los ojos de cuantos quiere o despierta a los que duermen. Empleábala entonces para mover y guiar las sombras y estas lo seguían profiriendo estridentes gritos. Como los murciélagos revolotean chillando en lo más hondo de una vasta gruta si alguno de ellos se separa del racimo colgado de la peña, pues se traban los unos con los otros, de la misma suerte las almas andaban clamando, y el benéfico Hermes, que las precedía, llevábalas por lóbregos senderos. Transpusieron en primer lugar las corrientes del océano y la roca de Léucade,<sup>2</sup> después las puertas de Helios<sup>3</sup> y el país de los Sueños, y pronto llegaron a la pradera de asfodelos, donde residen las almas, que son imágenes de los difuntos.

Encontráronse allí con las sombras de Aquiles, hijo de Peleo; de Patroclo, del irreprochable Antíloco, y de Ajax,<sup>4</sup> que fue el más excelente de todos los dánaos, en cuerpo y hermosura, después del eximio Peleida. Estos andaban en torno de Aquiles, y se les acercó, muy angustiada, el alma de Agamenón atrida, a cuyo alrededor se reunían las de cuantos en la mansión de Egisto perecieron con el héroe, cumpliendo su destino. Y el alma del peleida fue la primera que habló, diciendo de esta suerte:

“¡Oh, Atrida! Nos figurábamos que entre todos los héroes eras siempre el más acepto a Zeus, que se huelga con el rayo, porque imperabas sobre muchos y fuertes varones allá en Ilión, donde los aqueos padecimos tantos infortunios y, con todo, te había de alcanzar antes de tiempo la funesta Moira, de la cual nadie puedo librarse, una vez nacido. Ojalá se te hubiesen presentado la muerte y el destino en el país teucro, cuando disfrutabas de la dignidad suprema con que ejercías el mando, pues entonces todos los aqueos te erigieran un túmulo, y le legaras a tu hijo una gloria inmensa. Ahora el hado te ha hecho sucumbir con la más deplorable de las muertes.”

Respondióle la sombra del Atrida: “¡Afortunado tú, oh hijo de Peleo, Aquiles semejante a los dioses, que expiraste en Ilión, lejos de Argos, y a tu alrededor murieron, defendiéndote, otros valentísimos troyanos y aqueos, y tú yacías en tierra sobre un gran espacio, envuelto en un torbellino de polvo y olvidado del arte de guiar los carros! Nosotros luchamos todo el día y por nada hubiésemos suspendido el combate, pero Zeus nos obligó a desistir, enviándonos una tormenta. Después de haber llevado tu hermoso cuerpo del campo de la batalla a las naves, lo pusimos en un lecho, lo lavamos con agua tibia y lo unguimos; y los dánaos, cercándote, vertían muchas y ardientes lágrimas y se cortaban las cabelleras. También vino tu madre, que salió del mar, con las inmortales diosas marinas, en oyendo la nueva: levantóse en el ponto un clamoreo grandísimo y tal temblor los entró a todos los aqueos, que se lanzaran a las cóncavas naves si no los detuviera un hombre que conoce muchas y antiguas cosas, Néstor, cuya opinión era considerada siempre como la mejor. Este, pues, arengándolos con benevolencia, les habló diciendo:

“¡Deteneos, argivos, no huyáis, varones aqueos! Esta es la madre que viene del mar, con las inmortales diosas marinas, a ver a su hijo muerto.”

Así se expresó; y los magnánimos argivos suspendieron la fuga. Rodeáronte las hijas del anciano del mar, lamentándose de tal suerte que movían a compasión, y te pusieron divinales vestidos. Las nueve musas<sup>5</sup> entonaron el canto fúnebre, alternando con su hermosa voz, y no vieras a ningún argivo que no llorara; ¡tanto les conmovía la canora musa! Diecisiete días con sus noches te lloramos, así los inmortales dioses como los mortales hombres, y al deciocheno te entregamos a las llamas, degollando a tu alrededor y en gran abundancia pingües ovejas y bueyes de retorcidos cuernos. Ardió tu cadáver, adornado con vestiduras de dios, con gran cantidad de unguento y de dulce miel; agitáronse con sus armas multitud de héroes argivos, unos a pie y otros en carros, en torno de la pira en que te quemaste, y prodújose un gran tumulto. Después que la llama de Hefestos acabó de consumirte, oh Aquiles, y se mostró Eos, recogimos tus blancos huesos y los echamos en vino puro y unguento. Tu madre nos entregó un ánfora de oro, diciendo que se la había regalado Dionyso y era obra del ínclito Hefestos; y en ella están tus blancos huesos, preclaro Aquiles, junto con los de Patroclo Menetíada,<sup>6</sup> y aparte los de Antíloco, que fue el compañero a quien más apreciaste después del difunto Patroclo. En torno de los restos el sacro ejército de los argivos te erigió un túmulo grande y eximio en un lugar prominente, a orillas del dilatado Hellesponto,<sup>7</sup> para que pudieran verlo a gran distancia, desde el mar, los hombres que ahora viven y los que nazcan en lo futuro. Tu madre puso en la liza, con el consentimiento de

los dioses, hermosos premios para el certamen que habían de celebrar los argivos más señalados. Tú te hallaste en las exequias de muchos héroes cuando, con motivo de la muerte de algún rey, se ciñen los jóvenes y se aprestan para los juegos fúnebres; esto no obstante, te hubieses asombrado muchísimo en tu ánimo al ver cuán hermosos eran los que en honor tuyo estableció la diosa Tetis, la de los pies argénteos, porque siempre fuiste muy caro a las deidades. Así, pues, ni muriendo has perdido tu nombradía, y tu gloriosa fama, oh Aquiles, subsistirá perpetuamente entre todos los hombres. Pero yo, ¿cómo he de gozar de tal satisfacción, si, después que acabó la guerra y volví a la patria me aparejó Zeus una deplorable muerte por la mano de Egisto y de mi funesta esposa?

Mientras de tal modo conversaban, presentóseles el mensajero argicida, guiando las almas de los pretendientes, a quienes matara Odiseo. Ambos, al punto que los vieron, fueron muy admirados a encontrarlos. El alma del atrida Agamenón reconoció al hijo amado de Menelao, al perínclito Anfimedonte, cuyo huésped había sido en la casa que este habitaba en Ítaca, y comenzó a hablarle de esta manera:

“¡Anfimedonte! ¿Qué os ha ocurrido que penetráis en la obscura tierra tantos y tan selectos varones, y todos de la misma edad? Si se escogieran por la población, no se hallaran otros más excelentes. ¿Acaso Poseidón os mató en vuestras naves, desencadenando el fuerte soplo de terribles vientos y levantando grandes olas? ¿O quizás unos hombres enemigos acabaron con vosotros en el continente, porque os llevábais sus bueyes y sus magníficos rebaños de ovejas o porque combatíais para apoderaros de su ciudad y de sus mujeres? Responde a lo que te digo, pues me precio de ser huésped tuyo. ¿No recuerdas que fui allá, a vuestra casa, junto con el deiforme Menelao, a exhortar a Odiseo para que nos siguiera a

Ilión en las naves de muchos bancos? Un mes entero empleamos en atravesar el anchuroso ponto, y a duras penas persuadimos a Odiseo, asolador de ciudades.”

Díjole a su vez el alma de Anfimedonte: “¡Atrida gloriosísimo, rey de hombres Agamenón! Recuerdo cuanto dices, y te contaré exacta y circunstanciadamente de qué triste modo ocurrió que llegáramos al término de nuestra vida. Pretendíamos a la esposa de Odiseo, ausente a la sazón desde largo tiempo, y ni rechazaba las odiosas nupcias ni quería celebrarlas, preparándonos la muerte y la negra Ker; y entonces discurrió en su inteligencia este nueve engaño: se puso a tejer en el palacio una gran tela sutil e interminable, y al punto nos habló de esta guisa: ‘Jóvenes, pretendientes míos! Ya que ha muerto el divinal Odiseo, aguardad, para instar mis bodas, que acabe este lienzo —no sea que se me pierdan inútilmente los hilos— a fin de que tenga sudario el héroe Laertes en el momento fatal de la aterradora muerte. ¡No se me vaya a indignar alguna de las aqueas del pueblo si ve enterrar sin mortaja a un hombre que ha poseído tantos bienes!’ Así dijo, y nuestro ánimo generoso se dejó persuadir. Desde aquel instante pasaba el día labrando la gran tela, y por la noche, tan luego como se alumbraba con las antorchas, deshacía lo tejido. De esta suerte logró ocultar el engaño y que sus palabras fueran creídas por los aqueos durante un trienio; mas así que vino el cuarto año y volvieron a sucederse las estaciones, después de transcurrir los meses y de pasar muchos días, nos lo reveló una de las mujeres, que conocía muy bien lo que pasaba, y sorprendimos a Penélope destejiendo la espléndida tela. Así fue como, mal de su grado, se vio en la necesidad de acabarla. Cuando, después de tejer y lavar la gran tela, nos mostró aquel lienzo que se asemejaba a Helios o a Selene, funesta deidad trajo a Odiseo de alguna parte a los confines del

campo donde el porquero tenía su morada. Allí fue también el hijo amado del divinal Odiseo, cuando volvió de Pilos en su negra nave y, concertándose para dar mala muerte a los pretendientes, vinieron a la ínclita ciudad, y Odiseo entró el último, pues Telémaco se le anticipó algún tanto. El porquero acompañó a Odiseo y este, con sus pobres harapos, parecía un viejo y un miserable mendigo que se apoyaba en el bastón y llevaba feas vestiduras. Ninguno de nosotros pudo reconocerlo, ni aún los más viejos, cuando se presentó de súbito; y lo maltratábamos dirigiéndole injuriosas palabras y dándole golpes. Con ánimo paciente sufrió Odiseo que en su propio palacio se le pegara e injuriara; mas apenas le incitó Zeus, que lleva la égida, comenzó por quitar de las paredes, ayudado de Telémaco, las magníficas armas, que depositó en su habitación, corriendo los cerrojos; y luego, con refinada astucia, aconsejó a su esposa que nos sacara a los pretendientes el arco y el luciente hierro a fin de celebrar el certamen que había de ser para nosotros, oh infelices, el preludio de la matanza. Ninguno logró tender la cuerda del recio arco, pues nos faltaba mucha parte del vigor que para ello se requería. Cuando el gran arco iba a llegar a manos de Odiseo, todos increpábamos al porquero para que no se lo diese, por más que lo solicitara; y tan solo Telémaco, animándolo, mandó que se lo entregase. El paciente divinal Odiseo lo tomó en sus manos, tendiéndolo con suma facilidad, e hizo pasar la flecha a través del hierro; inmediatamente se fue al umbral, derramó por el suelo las veloces flechas, echando terribles miradas, y mató al rey Antínoo. Pero en seguida disparó contra los demás las dolorosas saetas, apuntando a su frente; y caían los unos en pos de los otros. Era evidente que alguno de los dioses los



ayudaba, pues muy pronto, dejándose llevar de su furor, empezaron a matar a diestro y siniestro por la sala: los que recibían los golpes en la cabeza levantaban horribles suspiros, y el suelo manaba sangre por todos lados. Así hemos perecido, Agamenón, y los cadáveres yacen abandonados en el palacio de Odiseo, porque la nueva aún no ha llegado a las casas de nuestros amigos, los cuales llorarían después de lavarnos la negra sangre de las heridas y de colocarnos en lechos, que tales son los honores que han de tributarse a los difuntos.”

Contestóle el alma del atrida: “¡Feliz hijo de Laertes! ¡Odiseo, fecundo en recursos! Tú acertaste a poseer una esposa virtuosísima. Como la irreprochable Penélope, hija de Icarío, ha tenido tan excelentes sentimientos y ha guardado tan buena memoria de Odiseo, el varón con quien se casó virgen, jamás se perderá la gloriosa fama de su virtud y los Inmortales inspirarán a los hombres de la tierra graciosos cantos en loor de la discreta Penélope. No se portó así la hija de Tíndaro, que, maquinando inicuas acciones, dio muerte al marido con quien se casara virgen, por lo cual ha de ser objeto de odiosos cantos, y ya ha proporcionado triste fama a las mujeres, sin exceptuar a las que son virtuosas.”

Así conversaban en la morada de Hades, dentro de las profundidades de la tierra.

Mientras tanto, Odiseo y los suyos, descendiendo de la ciudad, llegaron muy pronto al hermoso y bien cultivado predio de Laertes, que este comprara en otra época después de pasar muchas fatigas. Allí estaba la casa del anciano, con un cobertizo a su alrededor,<sup>8</sup> adonde iban a comer, a sentarse y a dormir los siervos propios de aquel, siervos que le hacían cuantas labores eran de su agrado. Una vieja sícula le cuida-

ba con gran solicitud allá en el campo, lejos de la ciudad. En llegando, pues, a tal paraje, Odiseo les habló de esta manera a sus servidores y a su hijo:

“Vosotros, entrando en la bien labrada mansión, sacrificad al punto el mejor de los cerdos para el almuerzo; y yo iré a probar si mi padre me reconoce al verme ante sus ojos, o no distingue quién soy, después de tanto tiempo de hallarme ausente.”

Diciendo así, entregó las marciales armas a los criados. Fuéronse estos a buen paso hacia la casa y Odiseo se encaminó al huerto, en frutas abundoso, para hacer aquella prueba. Y, bajando al grande huerto, no halló a Dolio, ni a ninguno de los esclavos, ni a los hijos de este, pues todos habían salido a coger espinos para hacer el seto del huerto, y el anciano Dolio los guiaba. Por esta razón halló en el bien cultivado huerto a su padre solo, apercando una planta. Vestía Laertes una túnica sucia, remendada y miserable; llevaba atadas a las piernas unas polainas de vaqueta cosida, para reparo contra los rasguños y en las manos guantes<sup>9</sup> por causa de las zarzas; y cubría su angustiada cabeza con un gorro de piel de cabra. Cuando el paciente divinal Odiseo lo vio abrumado por la vejez y con tan grande dolor allá en su espíritu, se detuvo al pie de un alto peral y le saltaron las lágrimas. Después encontrábase indeciso en su mente y en su corazón, no sabiendo si besar y abrazar a su padre, contárselo todo y explicarle cómo había llegado al patrio suelo; o interrogarlo primeramente con el fin de hacer aquella prueba. Tan luego como lo hubo pensado, parecióle que era mejor tentarle con burlonas palabras. Con este propósito, fué el divinal Odiseo derecho al mismo, que estaba con la cabeza baja cavando en torno de una planta. Y, deteniéndose a su vera, hablóle así su preclaro hijo:

“¡Oh anciano! No te falta pericia para cultivar un huerto, pues en este se halla todo muy bien cuidado y no se ve planta

alguna, ni higuera, ni vid, ni olivo, ni peral, ni cuadro de legumbres, que no lo esté de igual manera. Otra cosa te diré, mas no por ello recibas enojo en tu corazón: no tienes tan buen cuidado de ti mismo, pues no solo te agobia la triste vejez, sino que estás sucio y mal vestido. No será sin duda a causa de tu ociosidad el que un señor te tenga en semejante desamparo y, además, nada servil se advierte en ti, pues por tu aspecto y grandeza te asemejas a un rey, a un varón que, después de lavarse y de comer, haya de dormir en blando lecho, que tal es la costumbre de los ancianos. Mas, ea, habla y responde sinceramente: ¿De quién eres siervo? ¿Cuyo es el huerto que cultivas? Dime con verdad, a fin de que lo sepa, si realmente he llegado a Ítaca, como me aseguró un hombre que encontré al venir, y que no debe de ser muy sensato, pues no tuvo paciencia para referirme algunas cosas ni para escuchar mis palabras cuando le pregunté si cierto huésped mío aún vive y existe o ha muerto y se halla en la morada de Hades. Voy a contártelo a ti: atiende y óyeme: en mi patria hospedé en otro tiempo a un varón que llegó a nuestra morada, y jamás mortal alguno de los que vinieron de lejas tierras a posar en mi casa me fue más grato: preciábase de ser natural de Ítaca y decía que Laertes Arcesiada era su padre. Yo mismo lo conduje al palacio, le proporcioné digna hospitalidad, tratándolo solícita y amistosamente —que en mi mansión reinaba la abundancia—, y le hice los presentes hospitalarios que convenía dar a tal persona. Le entregué siete talentos de oro bien labrado; una argétea crátera floreada; doce mantos sencillos, doce tapetes, doce bellos palios y otras tantas túnicas; y además, cuatro mujeres de hermosa figura, diestras en hacer irreprochables labores, que él mismo escogió entre mis esclavas.”

Respondióle su padre, con los ojos anegados en lágrimas: “¡Forastero! Estás ciertamente en la tierra por la cual pre-

guntas, pero la tienen dominada unos hombres insolentes y malvados, y te saldrán en vano esos múltiples presentes que a aquel le hiciste. Si lo hallaras vivo en el pueblo de Ítaca, no te despidiera sin corresponder a tus obsequios con otros dones y una buena hospitalidad, como es justo que se haga con quien anteriormente nos dejó obligados. Mas, ea, habla y responde sinceramente: ¿Cuántos años ha que acogiste a ese tu infeliz huésped, a mi hijo infortunado, si todo no ha sido un sueño? Alejado de sus amigos y de su patria tierra, o se lo comieron los peces en el ponto o fue pasto, en el continente, de las fieras y de las aves: y ni su madre lo amortajó, llorándole conmigo que lo engendramos; ni su rica mujer, la discreta Penélope, gimió sobre el lecho fúnebre de su marido, como era justo, ni le cerró los ojos, que tales son las honras debidas a los muertos. Dime también la verdad de esto, para que me entere: ¿Quién eres y de qué país procedes? ¿Dónde se hallan tu ciudad y tus padres? ¿Dónde está el rápido bajel que te ha traído con tus compañeros iguales a los dioses? ¿O viniste pasajero en la nave de otro, que después de dejarte en tierra continuó su viaje?"

Díjole en respuesta el ingenioso Odiseo: "De todo voy a informarte circunstanciadamente. Nací en Alibante,<sup>10</sup> donde tengo magnífica morada, y soy hijo del rey Afidante Polipemónida; mi nombre es Epérito; algún dios me ha apartado de Sicania para traerme aquí a pesar mío, y mi nave está cerca del campo, antes de llegar a la población. Hace ya cinco años que Odiseo se fue de allá y dejó mi patria. ¡Infeliz! Propicias aves volaban a su derecha cuando partió, y, al notarlo, le despedí alegre y se alejó contento, porque nos quedaba en el corazón la esperanza de que la hospitalidad volvería a juntarnos y nos podríamos obsequiar con espléndidos presentes."

Tales fueron sus palabras, y negra nube de pesar envolvió a Laertes que tomó ceniza con ambas manos y echóla sobre su

cabeza cana, suspirando muy gravemente. Conmoviósele el corazón a Odiseo; sintió el héroe aguda picazón en la nariz<sup>11</sup> al contemplar a su padre y, dando un salto, le besó y le dijo: “Yo soy, oh padre, ese mismo por quien preguntas, que torno en el vigésimo año a la patria tierra. Pero cesen tu llanto, tus sollozos y tus lágrimas. Y te diré, ya que el tiempo nos apremia, que he muerto a los pretendientes en nuestra casa, vengando así sus dolorosas injurias y sus malvadas acciones.”

Laertes le contestó diciendo: “Pues si eres mi hijo Odiseo que ha vuelto, muéstrame alguna señal evidente para que me convenza.”

Respondióle el ingenioso Odiseo: “Primeramente vean tus ojos la herida que en el Parnaso me infirió un jabalí con sus albos colmillos, cuando tú y mi madre veneranda me enviasteis a Autólico, mi caro abuelo paterno, a recibir los dones que al venir acá prometió hacerme. Y, si lo deseas, te enumeraré los árboles que una vez me regalaste en este bien cultivado huerto, pues yo, que era niño, te seguía y te los iba pidiendo uno tras otro, y, al pasar por entre ellos, me los mostrabas y me decías su nombre. Fueron trece perales, diez manzanos y cuarenta higueras; y me ofreciste, además, cincuenta liños de cepas, cada uno de los cuales daba fruto en diversa época, como que hay aquí racimos de uvas de todas clases cuando los hacen madurar las estaciones que desde lo alto nos envía Zeus.”

Así le dijo, y Laertes sintió desfallecer sus rodillas y su corazón, reconociendo las señales que Odiseo describiera con tal certidumbre. Echó los brazos sobre su hijo, y el paciente divinal Odiseo trajo hacia sí al anciano, que se hallaba sin aliento. Y cuando Laertes tornó a respirar y volvió en su acuerdo, respondió con estas palabras:

“¡Padre Zeus! Vosotros los dioses permanecéis aún en el vasto Olimpo, si es verdad que los pretendientes recibieron el cas-

tigo de su temeraria insolencia. Mas ahora teme mucho mi corazón que se reúnan y vengan muy pronto los itacences, y que además envíen emisarios a todas las ciudades de los cefalenos.”

Respondióle el ingenioso Odiseo: “Cobra ánimo y no te preocupes por tales cosas. Pero vamos a la casa que se halla próxima a este huerto, que allí envíe a Telémaco, al boyero y al porquerizo para que cuanto antes nos aparezan la comida.”

Pronunciadas estas palabras, encamináronse a la hermosa casa. Cuando hubieron llegado a la cómoda mansión, hallaron a Telémaco, al boyero y al porquerizo ocupados en cortar mucha carne y en mezclar el negro vino.

Al punto la esclava sícula lavó y ungió con aceite al magnánimo Laertes dentro de la casa, echándole después un hermoso manto sobre las espaldas; y Atenea se acercó e hizo que le crecieran los miembros al pastor de hombres, de suerte que apareciese más alto y más grueso que anteriormente. Cuando salió del baño, admiróse Odiseo de verlo tan parecido a los inmortales númenes y le dirigió estas aladas palabras:

“¡Oh padre! Alguno de los sempiternos dioses ha mejorado a buen seguro tu aspecto y tu grandeza.”

Contestóle el discreto Laertes: “Ojalá me hallase, ¡oh padre Zeus, Atenea, Apolo!, como cuando reinaba sobre los kefalenos y tomé a Nérico,<sup>12</sup> ciudad bien construida, allí en la punta del continente: si, siendo tal, me hubiera encontrado ayer en nuestra casa, con los hombros cubiertos por la armadura, a tu lado y rechazando a los pretendientes, yo les quebrara a muchos las rodillas en el palacio y tu alma se regocijara al contemplarlo.”

Así estos conversaban. Cuando los demás terminaron la faena y dispusieron el banquete, sentáronse por orden en sillas y sillones. Y así que comenzaban a tomar los manjares, llegó el anciano Dolio con sus hijos —que venían cansados

de tanto trabajar—, pues salió a llamarlos su madre, la vieja sícula, que los había criado y que cuidaba al anciano con gran esmero desde que el mismo llegara a la senectud. Tan pronto como vieron a Odiseo y lo reconocieron en su espíritu, paráronse atónitos dentro de la sala, y Odiseo les habló halagándolos con dulces palabras:

“¡Oh anciano! Siéntate a comer y cese tu asombro, porque mucho ha que, con harto deseo de echar mano a los manjares, os estábamos aguardando en esta sala.”

Así se expresó. Dolio se fue derechamente a él con los brazos abiertos, tomó la mano de Odiseo, se la besó en la muñeca, y le dirigió estas aladas palabras: “¡Amigo! Como quiera que has vuelto a nosotros que anhelábamos tu retorno —aunque ya perdíamos la esperanza— y los mismos dioses te han traído, salve, sé muy dichoso, y las deidades te concedan toda clase de venturas. Dime ahora la verdad de lo que te voy a preguntar, para que me entere: ¿la discreta Penélope sabe ciertamente que te hallas de regreso, o convendrá enviarle un propio?”

Respondióle el ingenioso Odiseo: “¡Oh anciano! Ya lo sabe. ¿Qué necesidad hay de hacer lo que propones?”

Así le habló, y Dolio fue a sentarse en su pulimentada silla. De igual manera se allegaron a Odiseo los hijos de Dolio, le saludaron con palabras, le tomaron las manos y se sentaron por orden cerca de su padre.

Mientras estos comían allá en la casa, fue la Fama anunciando rápidamente por toda la ciudad la horrorosa muerte y la Ker de los pretendientes. Al punto que los ciudadanos la oían, presentábanse todos en la mansión de Odiseo, unos por este y otros por aquel lado, profiriendo voces y gemidos. Sacaron los muertos y, después de enterrar cada cual a los suyos y de entregar los de otras ciudades a los pescadores para que los transportaran en veleras naves, encamináronse al ágora

todos juntos, con el corazón triste. Cuando hubieron acudido y estuvieron congregados, levantóse Eupites a hablar, porque era intolerable la pena que sentía en el alma por su hijo Antínoo, que fue el primero a quien mató el divinal Odiseo. Y, derramando lágrimas, los arengó diciendo:

“¡Oh amigos! Grande fue la obra que ese varón maquinó contra los aqueos: llevóse a muchos y valientes hombres en sus naves y perdió las cóncavas naves y los hombres; y, al volver, ha muerto a los más señalados entre los kefalenos. Mas, ea, marchemos a su encuentro antes que se escape a Pilos o a la divina Elide, donde ejercen su dominio los epeos, para que no nos veamos perpetuamente confundidos. Afrentoso será que lleguen a enterarse de estas cosas los venideros; y si no castigáramos a los matadores de nuestros hijos y de nuestros hermanos, no me fuera grata la vida y ojalá me muriese cuanto antes para estar con los difuntos. Pero vayamos pronto, no sea que nos prevengan con la huída.”

Así les dijo, vertiendo lágrimas, y movió a compasión a los aqueos todos. Mas en aquel punto presentáronse Medón y el divinal aedo, que al despertar habían salido de la morada de Odiseo; pusiéronse en medio, y el asombro se apoderó de los circunstantes. Y el discreto Medón les habló de esta manera:

“Oídme ahora a mí, oh itacences, pues no sin la voluntad de los inmortales dioses ha realizado Odiseo tal hazaña. Yo mismo vi a un dios inmortal que se hallaba cerca de él, y era en un todo semejante a Méntor. Este dios inmortal a las veces aparecía delante de Odiseo, a quien animaba; y a las veces, corriendo furioso por el palacio, tumultuaba a los pretendientes, que caían los unos en pos de los otros.”

Así se expresó, y todos se sintieron poseídos del pálido temor. Seguidamente dirigióles la palabra el anciano héroe



Haliterses Mastórida, el único que conocía lo pasado y lo venidero. Este, pues, les arengó con benevolencia, diciendo:

“Oíd ahora, oh itacenses, lo que os digo. Por vuestra culpable debilidad ocurrieron tales cosas, amigos; que nunca os dejásteis persuadir ni por mí, ni por Méntor, pastor de hombres, cuando os exhortábamos a poner término a las locuras de vuestros hijos y estos, con su pernicioso orgullo, cometieron una gran falta, devorando los bienes y ultrajando a la mujer de un varón eximio, que se figuraban que ya no había de volver. Y al presente, ojalá se haga lo que os voy a decir. Creedme a mí; no vayamos, no sea que alguien halle el mal que se habrá buscado.”

Así les dijo. Levantáronse con gran clamoreo más de la mitad, y los restantes, que se quedaron allí porque no les plugo la arenga y en cambio los persuadió Eupites, corrieron muy pronto a tomar las armas. Apenas se hubieron revestido de luciente bronce, juntáronse en compacto escuadrón fuera de la espaciosa ciudad, y Eupites asumió el mando, dejándose llevar por su simpleza; pensaba vengar la muerte de su hijo y no había de volver a la población, porque estaba dispuesto que allá fuera le alcanzase el hado.

Mientras esto ocurría, dijo Atenea a Zeus Cronida: “¡Padre nuestro, Cronida, el más excelso de los que imperan! Responde a lo que voy a preguntarte. ¿Cuál es el propósito que interiormente has formado? ¿Llevarás a efecto la perniciosa guerra y el horrible combate, o pondrás amistad entre unos y otros?”

Contestóle Zeus, que amontona las nubes: “¡Hija mía! ¿Por qué inquietas y preguntas tales cosas? ¿No formaste tú misma ese proyecto: que Odiseo, al tornar a su tierra, se vengaría de aquellos? Haz ahora cuanto te plazca, mas yo te diré lo que es oportuno. Puesto que el divinal Odiseo se ha vengado de

los pretendientes, inmólese víctimas y préstense juramentos de mutua fidelidad; tenga aquel siempre su reinado en Ítaca; hagamos que se olvide la matanza de los hijos y de los hermanos; ámense los unos a los otros, como anteriormente; y haya paz y riqueza en gran abundancia.”

Con tales palabras instigó a hacer lo que ella deseaba, y Atenea bajó apresurada de las cumbres del Olimpo.

Cuando los de la casa de Laertes hubieron satisfecho el apetito con la agradable comida, el paciente divinal Odiseo rompió el silencio para decirles: “Salga alguno a mirar, no sea que ya estén cerca los que vienen.”

Tal dijo. Salió uno de los hijos de Dolio, cumpliendo lo mandado por Odiseo; detúvose en el umbral y, al verlos a todos ya muy próximos, dirigió al héroe estas aladas palabras: “Ya vienen cerca; armémonos cuanto antes.”

Así les habló. Levantáronse y vistieron la armadura los cuatro con Odiseo, los seis hijos de Dolio y, además, aunque ya estaban canosos, Laertes y Dolio, pues la necesidad les obligó a ser guerreros. Y cuando se hubieron revestido de luciente bronce, abrieron la puerta y salieron de la casa, precedidos por Odiseo.

En aquel instante se les acercó Atenea, hija de Zeus, que había tomado la figura y la voz de Méntor. El paciente y divinal Odiseo se alegró de verla y al punto dijo a Telémaco, su hijo amado:

“¡Telémaco! Ahora que vas a la pelea, donde se señalan los más eximios, procura no deshonorar el linaje de tus mayores, pues en ser esforzados y valientes hemos descollado todos sobre la faz de la tierra.”

Respondióle el prudente Telémaco: “Verás, si quieres, padre amado, que con el ánimo que tengo no deshonoraré tu linaje como dices.”

Así se expresó. Holgóse Laertes y dijo estas palabras: “¡Qué día este para mí, amados dioses! ¡Cuán grande es mi júbilo! ¡Mi hijo y mi nieto rivalizan en ser valientes!”

Entonces Atenea, la de los claros ojos, se detuvo junto a él y hablóle en estos términos: “¡Oh, Arcestiada, el más caro de todos mis amigos! Eleva tus preces a la doncella de los claros ojos y al padre Zeus, y acto continuo blande y arroja la ingente lanza.”

Diciendo así, infundióle gran valor Palas Atenea. Incontinenti, elevó sus preces a la hija del gran Zeus, blandió y arrojó la ingente lanza, e hirió a Eupites a través del casco de bronceas carrilleras, que no logró detener el arma, pues fue atravesado por el bronce. Eupites cayó con estrépito, y sus armas resonaron. Odiseo y su ilustre hijo se habían arrojado a los enemigos que iban delante y heríanlos con espadas y lanzas de doble filo. Y a todos los mataran privándoles de volver a sus hogares, si Atenea, la hija de Zeus que lleva la égida, no hubiese alzado su voz y detenido a todo el pueblo:

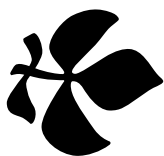
“¡Dejad la terrible pelea, oh itacences, para que os separéis en seguida sin derramar más sangre!”

Así dijo Atenea, y todos se sintieron poseídos del pálido temor. No bien se oyó la voz de la deidad, las armas volaron de las manos y cayeron en tierra, y los itacenses, deseosos de conservar la vida, se volvieron hacia la población. El paciente divinal Odiseo gritó horriblemente y, encogiéndose, lanzóse a perseguirlos como un águila de alto vuelo. Mas el Cronida

despidió un ardiente rayo, que fue a caer ante la diosa de los claros ojos, hija del prepotente Padre. Y entonces Atenea, la de los claros ojos, dijo a Odiseo de esta suerte:

“¡Laertiada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en recursos! Ténte y haz que termine esta lucha, este combate igualmente funesto para todos: no sea que el longividente Zeus Cronida se enoje contigo.”

Así habló Atenea, y Odiseo, muy alegre en su ánimo, cumplió la orden. Y luego hizo que juraran la paz entrambas partes, la propia Palas Atenea, hija de Zeus, que lleva la égida, que había tomado el aspecto y la voz de Méntor.



## Notas

- <sup>1</sup> Hermes había nacido en el monte Cilene de la Arcadia, de donde proviene el epíteto con que aquí le designa Homero. El astuto numen ejerce aquí uno de los cargos de que la mitología grecorromana le creía investido, *el de conductor de las almas*. Como era extraordinario, dentro de aquellas creencias, que las almas descendiesen al infierno, antes de ser enterrados los cuerpos con los que estuvieron unidos, Aristarco, apoyado en esto, entre otras razones, a la verdad poco sólidas, niega que esta rapsodia XXIV sea original de Homero. Objeción a que contestan agudamente otros comentaristas, que bien pudo Hermes, bisabuelo de Odiseo, dispensar a aquellas almas de ciertas formalidades que sabía habían de llenarse en breve, para evitar que las sombras de los insepultos atormentasen a su heroico pariente. Pero sin necesidad de quebrantar consigna alguna de la burocracia, digámoslo así, de ultratumba, ya hemos visto que la sombra de Elpenor, abandonado en la isla de Circe, llegó al Erebo antes de que a su cadáver se tributasen los honores fúnebres, lo que prueba que estos no eran tan de rigor como se supone.
- <sup>2</sup> Al Poniente de Ítaca, frente a la Acarnania, había una roca, célebre por los saltos que de ella daban los amantes desesperados para curarse de una pasión devoradora. Llamábase de Leúcade, a causa de su blancura; y a ella quizá alude Homero en este pasaje.
- <sup>3</sup> Quiere decir el Occidente, donde supone están las puertas por donde el sol, al ponerse, se precipita en las aguas.
- <sup>4</sup> En sentido estricto, el verdadero nombre que Ajax debiera tener, según nuestra manera de transcribir los nombres griegos, sería Ayante. Hermosilla, por necesidades métricas, hizo esto en su traducción de la *Ilíada*.
- <sup>5</sup> Aristarco se indignó porque Homero se atrevió a contar las Musas. El papel de crítico severo que se impuso le llevó aquí demasiado lejos. La tradición había ya fijado su número y sus nombres, y el poeta no hizo más que seguirla, como era su deber en cierto modo, según lo exige la verdadera poesía épica.
- <sup>6</sup> En cumplimiento de la promesa que Aquiles hiciera a la sombra de su adorado amigo (*Ilíada*, XXIII): “Los huesos de los dos

contenga unidos/La urna preciosa de oro que tu augusta/Madre te dio al partir.”

<sup>7</sup> Hoy estrecho de los Dardanelos.

<sup>8</sup> Especie de cabaña donde se alojaban todos los mozos de labranza. Dábase también en el Ática este nombre a un lugar destinado a guardar los bueyes, los arados y otros aperos. Era lo que los romanos llamaron *Stabula*.

<sup>9</sup> El uso de los guantes era conocido de los griegos, según de este pasaje se desprende, desde una antigüedad bastante remota. Nótese, sin embargo, que se usan con un objeto útil, y no como prenda de lujo, cosa corriente entre los persas, al decir de Jenofonte.

<sup>10</sup> Ciudad de situación desconocida, aunque Eustacio supone que era Metaponte, al Sur de Italia, en la después llamada Magna Grecia.

<sup>11</sup> Efecto fisiológico del contenido deseo de llorar, que siente Odiseo a la vista de su padre. Aristóteles no estuvo en lo cierto al atribuirlo a la cólera, que no cuadra en situación semejante.

<sup>12</sup> Antigua ciudad de la isla de Leúcada. Para comprender el pasaje que a ella se refiere, hay que tener en cuenta que en tiempo de Odiseo, Leúcada era una península unida por un estrecho istmo a la Acarnania. Los corintios lo cortaron, cuando mandados por Cipselo y Gergaso se apoderaron de todo aquel país hasta el golfo de Ambracia.

## Explicación de algunos nombres propios

*Afrodita* o *Venus*, diosa del amor, hija de Zeus.

*Ares* o *Marte*, dios de la guerra, hijo de Zeus.

*Argicida*, epíteto de Hermes, Hermeias o Mercurio.

*Artemisa* o *Diana*, diosa de la caza, hija de Zeus.

*Atenea* o *Minerva*, diosa de la sabiduría, hija de Zeus.

*Atlante* o *Atlas*, Cíclope, padre de Calipso, que sostiene las columnas del cielo y de la tierra.

*Calipso*, deidad, hija de Atlante, que habitaba la isla Ogigia.

*Caribdis*, monstruo marino del escollo de ese nombre, en el estrecho de Mesina.

*Circe*, deidad, hija del Sol y de Perse, que moraba en la isla de Eea.

*Cronida*, epíteto de Zeus.

*Cronos*, dios, padre de Zeus, Poseidón, Hados, Hera y Deméter.

*Deméter* o *Ceres*, diosa hija de Cronos y de Rea.

*Egida*, atributo con que los poetas y los artistas representan a Zeus y a Palas Atenea.

*Erinnias*, diosas vengadoras de las acciones que perturban el orden moral.

*Escila* o *Scila*, hija de Crateis, monstruo marino que residía en una gruta sobre el mar y enfrente de Caribdis.

*Esqueria* o *Squeria*, isla fabulosa situada, según Homero, al Occidente.

*Hades* u *Orco*, lugar adonde van los muertos. Se entiende también por este nombre al dios Plutón.

*Helena*, hija de Tíndaro y de Leda, esposa de Menelao.

*Helios*, el Sol, hijo de Hiperión, divinización de la luz.

*Hera* o *Juno*, diosa, hija de Cronos y de Rea, esposa de Zeus.

*Hermes*, *Hermeias* o *Mercurio*, dios, hijo de Zeus.

*Idotea*, deidad hija de Proteo.

*Ker*, *Kera* o *Keres*, el destino, la muerte.



*Leto* o *Latona*, diosa, madre de Apolo y de Artemisa.

*Lesque*, lugar público que por la noche utilizaban como dormitorio los transeúntes y mendigos.

*Mégaron*, concejo o lugar donde se efectuaban las asambleas.

*Moiras*, las Parcas: Clotho, Laquesis y Atropos, hijas del Erebo y de la noche.

*Poseidón*, *Poseidaón* o *Neptuno*, dios del mar, hijo de Cronos y de Rea.

*Proteo*, dios marino, servidor o hijo de Poseidón.

*Selene*, la Luna, hija de Hiperión.

*Temis*, diosa que junta y disuelve las ágoras de los hombres.

*Tritogenia*, epíteto de Atenea. Significa, acaso, “nacida de la cabeza”, o bien “nacida del agua”. Los epítetos de los dioses son de la mayor antigüedad.

*Zeus* o *Júpiter*, dios máximo, hijo de Cronos y de Rea.





# UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

Dr. Luis Felipe Guerrero Agripino  
*Rector General*

Dr. Héctor Efraín Rodríguez de la Rosa  
*Secretario General*

Dr. Raúl Arias Lovillo  
*Secretario Académico*

Dr. Jorge Alberto Romero Hidalgo  
*Secretario de Gestión y Desarrollo*

Dra. Sara Julsrud López  
*Directora de Extensión Cultural*

Dra. Elba Margarita Sánchez Rolón  
*Coordinadora Editorial*

*Odisea*, II, de Homero,  
con notas de Federico Baráibar y Zumárraga,  
terminó su producción en agosto de 2018 en la  
Editorial de la Universidad de Guanajuato,  
Alonso núm. 12, Centro, C.P. 36000, Guanajuato, Gto.  
En su composición se utilizó la fuente tipográfica  
Arno Pro y el cuidado de la edición estuvo a cargo  
de Martín Eduardo Martínez Granados.





UNIVERSIDAD DE  
GUANAJUATO



ISBN: 978-607-441-555-1



9 786074 415551